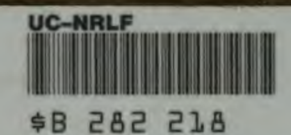
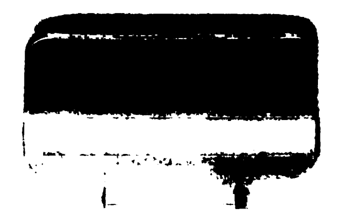
HISTORIA DE NUEVO MÉXICO

DE THOMA









HISTORIA POPULAR

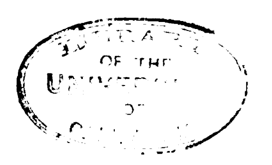
DE

NUEVO MÉXICO

DESDE SU DESCUBRIMIENTO HASTA LA ACTUALIDAD

POR

FRANCISCO DE THOMA



NEW YORK ·:· CINCINNATI ·:· CHICAGO
AMERICAN BOOK COMPANY

Hist. Pop. N. Méx.

W. P. I

DEDICADA

Á

LA ESPOSA DEL ALMA, LA AMIGA DEL CORAZÓN, LA COMPAÑERA

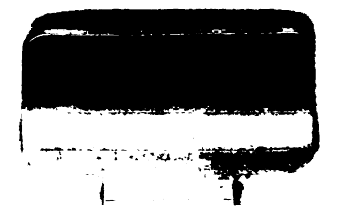
SIEMPRE FIEL

DOÑA MATILDE DE LLAIN DE THOMA

que en sí reune de la Montaña y de Castilla la Vieja la hidalguía, y de las hijas de Sonora y España la belleza; que es en su amor constante, como las rocas de la costa de Santander que en vano asaltan las olas fieras del mar Cantábrico; y, dulce, cuál los aromas de azahar que de la simpática Ures perfuman los verjeles floridos.

Su esposo, amigo y amante,

FRANCISCO DE THOMA.



de formar parte de una de las razas más hidalgas, generosas y valientes del universo, la ESPAÑOLA.

Restáme dar mis más sinceras gracias á los Illmos. Señores Arzobispos, Chapelle y Salpointe por el intéres que Sus Señorias han manifestado en este humilde trabajo, prestántose Monseñor Salpointe bondadosamente á revisar la primera parte hasta el capitulo XI., y á Don Amado Chávez por su valiosa y desinteresada ayuda.

Hasta la fecha ninguna obra de este genero se ha publicado en español ¡ perdonad por lo tanto sus errores y equivocos !

Si en algo es útil, si en algo sirve para enaltecer los corazones de la prole de hidalgos sin temor y reproche y despertar el intéres en la historia patria quedan bien recompensados los trabajos y desvelos de su autor.

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

NUEVO MÉXICO BAJO EL DOMINIO ESPAÑOL.

CAPÍTULO I.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.

CAPÍTULO VI.

CAPÍTULO VII.

CAPÍTULO VIII.

CAPÍTULO IX.

CAPÍTULO X.

SEGUNDA PARTE.

NUEVO MÉXICO: PROVINCIA, DEPARTAMENTO, TERRITORIO.

CAPÍTULO XI.

CAPÍTULO XII.

CAPÍTULO XIII.

PRIMERA PARTE.

NUEVO MÉXICO BAJO EL DOMINIO ESPAÑOL.

1534—1542.

LOS PRIMEROS EXPLORADORES.

ALVAR NUÑEZ.

DON PÁNFILO DE NARVÁEZ desembarcó en las costas de la Florida en 1528. Casi toda su gente pereció en los esfuerzos vanos que emprendió para explorar, por tierra y mar, la costa del Golfo de México, desde Tampa hasta Panuco.

Alvar Nuñez, Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó á Canaria, llamándose su madre Doña Teresa Caluza de Vaco ; Andrés Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gibraleón ; Alonzo del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, hijo del Doctor Castillo y de Doña Aldonza Maldonado ; y un esclavo negro del segundo, llamado Estebánico, negro alárabe, natural de Azomor, fueron en toda probabilidad los únicos que se escaparon con vida de aquella expedición tan desgraciada. Después de años de cautiverio encontraron oportunidad para huirse. Ocuparon casi un año en atravesar el continente desde la costa de Téjas hasta

las playas del mar pacífico, llegando el dia 1° de Abril de 1536 á San Miguél de Culiacán.

Las primeras noticias que los Españoles de la Nueva España ó México tuvieron respecto á los paises septentrionales se deben á Don Alvar Nuñez y á sus compañeros. Es punto discutible si éstos pasaron por lo que es hoy Nuevo México, pero es indudable que cruzaron la parte Norte de los Estados de Chihuahua y Sonora en México, y que debido al intéres que despertaron sus relatos, aunque exagerados, se emprendió la primera expedición á aquellos, hasta entónces desconocidas regiones.

Cabeza de Vaca y sus tres compañeros pasaron de Culiacán á México, donde en 1537, los acogió con grandes honores el virey, Don Antonio de Mendoza. El mismo año, Alvar Nuñez, sé dió á la vela para España, y allí su relación de reinos vastos y riquezas fabulosas, avivaron más, si posible era, el espíritu de aventura, característico de aquel siglo. Á ellos tambien se debe la expedición que al mando de Don Hernan de Soto, se hizo á la vela desde España el 6 de Abril de 1538, y que tuvo un fin tan triste como la de Narváez.

Llegado á la corte, Nuñez escribió los pormenores de su viaje y de sus aventuras, que más tárde, en 1542, se imprimieron. Es éste el primer libro que habla acerca del Nuevo México, refiriéndose el autor á lo que los indios, por cuyos paises pasó, le contaron referente á villas populosas y ricas, á minas de esmeraldas y turquesas, que se encontraban situadas al Norte del camino que los viajeros llevaban. Es más que probable que se referían á los pueblos de los Moquis y Zuñis, pero al mismo tiempo es prueba evidente, que Nuñez no los visitó, por si lo hubiera hecho, indudablemente constaría en el informe que rindió en México, lo que no es el caso.

Ni Cabeza de Vaca, ni Dorantes, ni Castillo se mencionan ya más en los anales de Nuevo México.

Cabeza de Vaca después de descansar en México dos meses

salió para Vera Cruz con objeto de embarcarse para España. En ese viaje padeció tambien nanfragio ; fué atacado el navío en que iba por corsarios franceses, pero los libertó una armada de Portugal, creyendo el capitán que era navío francés al que apresaba. Con esta armada llegó Alvar Nuñez á Lisboa el 9 de Agosto de 1537, habiendo salido de España con Pánfilo de Nárvaez el 17 de Junío de 1527. Más tarde Cabeza de Vaca figuró como Adelantado en la conquista y pacificación de la provincia del Río de La Plata en la América del Sur.

FRAY MÁRCOS DE NIZA.

Impresionado en sumo grado por el informe de Alvar Nuñez, el virey Mendoza no quería perder oportunidad tan magnífica para aumentar los dominios del rey, y al mismo tiempo cubrirse él de fama y gloria. Compró á Dorantes el esclavo negro, Estebánico ; concertó con el recientemente nombrado gobernador de la Nueva Galicia, Don Francisco Vásquez de Coronado, un plan para subyugar aquellos paises. Ésto debía, si posible era, llevarse á cabo más bien por medios pacíficos, que á fuerza de armas. Convinieron, que sería de mucha importancia y provecho adquirir, antes de emprender empresa de tal tamaño, más pormenores de esas provincias, de sus pobladores, fuerzas y recursos. Se requería para este fin un explorador á la vez valiente y prudente ; hombre enérgico, acostumbrado á los viajes penosos y al trato de los naturales, cápaz de inspirarles confianza y respeto. Escogieron para esta misión delicada á un religioso franciscano, el fray Márcos, encargado en aquella época de las misiones establecidas en la Nueva Galicia (Sinaloa).

Fray Márcos de Niza, italiano, originario de la ciúdad de Niza, había llegado á las Américas en 1531, y formado parte de la expedición de Pizarro al Perú en 1532. Sirvió después en Nicaragua, y acompañó á Don Pedro de Alvarado al Norte. De 1540 á 1543 fué provincial de la órden seráfica

en México. Debilidada su salud por sus excesivos trabajos evangélicos, se retiró más tarde á Jalapa, y murió en 1558 en México. Era hombre que disfrutaba de mucha consideración no solo en su órden, sino en toda la Nueva España y estaba dotado de gran energía, de un espíritu emprendedor que no conocía obstáculo, y de un ánimo, que peligro ninguno amedrentaba.

Este religioso en Tonalá, el 2 de Noviembre de 1538, recibió por conductó de Coronado las instrucciones especiales del virey, ordenándosele penetrase al interior llevando como guia á Estebánico. Debía informar á todos los indios que encontraba de las órdenes terminantes dadas por el virey, que prohibian extrictamente hacer de ellos esclavos ; y, asegurarles que Mendoza únicamente deseaba su bienestar temporal y espiritual. "Si á Dios, Nuestro Señor, le place," dice Mendoza en sus instrucciones á fray Márcos, "que encontreis alguna villa grande que os paresca oportuna para fundar un convento, y enviar alla frailes para la propagación de la Santa Fé, me lo avisareis por correo ó os devolverais en persona á Culiacán. Me avisareis con todo sigilo, para que así y sin tardanza pueden dictarse los medios necesarios ; siendo el objeto de todo lo que se descubre la pacificación, el servicio de Nuestro Señor, y el bienestar de la gente de aquellas tierras."

Después de varias tentativas inútiles para tomar el camino de Topitzin, como se le indicó y ordenó el gobernador, fray Márcos emprendió definativamente su viaje desde San Miguél de Culiacán, el día 7 de Marzo de 1539. Acompañaránle el fraile Onorato, el negro Estebánico y una cuadrilla de naturales Sinaloenses. Habiéndose Onorato enfermado, se quedó en el pueblo de Petatlán, y fray Márcos prosiguió solo su marcha siguiendo la costa por unas treinta leguas, y bien recibido por los indios. Después de cuatro jornados por un país despoplado se encontró con indios que nunca habían visto á un español, y éstos le dieron el nombre de "Sayota,"

hombre del cielo, dándole también noticias de unas rancherías considerables, situadas á treinta leguas de distancia, tierra adentro, usando sus pobladores vestidos de telas de algodón y adornos de oro. Caminó durante tres días por entre esta gente hasta llegar á Vacapa, población bastante grande, con abundantes recursos naturales, y distante cuarenta leguas de la playa del mar. Pasó nueve días ó toda la semana santa en dicho lugar, aprovechando este tiempo para mandar mensajeros á la costa, que volvieron, traiéndole además de la noticia de treinta y cuatro islas abundantes en perlas, escudos hechos de la piél de un animal grande, y acompañarónles algunos isleños. En Vacapa tambien fué donde encontró indios forasteros, llamados "pintados," que le contaron de la esplendidez de las "siete villas." De este punto envió hácia el norte, como explorador, á Estebánico con varios indios. Dió al negro instrucciones de adelantarse, y que si encontraba alguna población importante, devolviere un indio con una cruz de tamaño proporcionado á la importancia del pueblo descubierto. Á los cuatro días llegó el primer correo del negro, anunciando que á distancia de treinta jornadas del punto donde se hallaba la vanguardia, existía el reino riquísimo de Cíbola, en que había, bajo el dominio de un solo señor, siete villas populosas con casas hechas de cal y canto, de tres á cuatro pisos de alto, habitadas por gente bien vestida, y que era un país donde abundaban las turquesas. Era tán fantástico el informe recibido que hasta el bueno del fray dudaba de su exactidud. El día 6 de Abril, ó sea el mártes que sigue al domingo de pascua florida, salió fray Márcos, incitado por nuevos correos, de Vaçapa, habiéndose aumentado su comitiva con dos isleños y tres "pintados." Á los tres días llegó al pueblo donde Estebánico habia adquirido sus informes. Los habitantes le contaron mil maravillas de Cíbola, primera de las siete villas, y de donde se surtían de cueros de cíbolo y de turquesas. Habiendo caminado durante cinco días por en medio de un país bien poblado, llegó á una

ranchería extensa con muchos terrenos cultivados, situada en los confines de un desierto. Este pueblo muy probablemente se encontraba en el Norte de Sonora ó tal vez en algun punto de lo que es hoy en el día la frontera entre aquel estado y el territorio de Arizona. La travesía del desierto ocupó cuatro días, y durante los siguientes cinco pasaron por un hermoso valle, lleno de campos fértiles y habitado por una gente superior á lá que hasta entónces habian encontrado, que se adornaba con turquesas, tenia relaciones comerciales con Cíbola, y usaba vestidos de telas de algodón. Allí le referian á fray Márcos, que en Totonac, cerca de Cíbola, tejían telas de lana parecidas á su hábito, y contestándoles él que sin duda se referian á algodón, insistieron en que bien conocían la diferencia entre las dos materías; que la primera provenia de un arbusto y la segunda de un pequeño animal. En una de las numerosas rancherias vivía un originario de Cíbola, que suministró al religioso muchas noticias referente al reino de las "siete villas," siendo la más grande de éstas "Ahacus." Decía además, que al Sureste de Cíbola había los reinos de Marata y de Totonteac (el más rico y poderoso de todos), y aquel de Acus; todos indudablemente en Nuevo México. Así, todo parecía confirmar los informes de Estebánico, que siempre de avanzada mandaba las noticias más halagüeñas. Por otros tres días continuó el franciscano su marcha por aquel valle delicioso. El día 9 de Mayo entraron al último despoplado ó desierto que los separaba de Cíbola. Caminaron doce días por él hasta Mayo 21, día en que se presentó un correo, lleno de terror y exhausto de fuerzas, traiendo la fatal nueva de la muerte de Estebánico. El negro al llegar á una jornada de Cíbola había enviado, en señal de su próxima llegada, un indio con regalos para el cacique; pero este en lugar de aceptarlos, no solamente los rehusó, sino que bajo pena de muerte le prohibia acercarse al pueblo. Sin embargo de estas amenazas Estebánico insistió en su empeño de presentarse alla, y llegado al fin á Cíbola, no se les permitía la

entrada ni á él, ni á su comitiva, viéndose obligados á alojarse fuera del recinto de la ciúdad, y fuerónles al mismo tiempo secuestrados todos los regalos que habian recibido. En la mañana del día siguiente á su llegada, al ir á bañarse en un arroyo cercano, los indios atacaron y mataron al negro y á tres indios. Según todos los historiadores contemporáneos, Estebánico bien merecía la muerte por su conducta poca moral. Se presentó en Cíbola en demanda de contribuciones excesivas. Y habiendo ya llegado á los oidos del cacique las infamías cometidas y las exacciones practicadas por el negro en otras partes visitadas, ordenó su muerte, negándole la calidad de embajador, y tratándole como espia de una fuerza invasora, enemiga, que penetraba á sus dominios con el fin de sojuzgar la nación. Toda la comititiva de Estebánico, con excepción de algunos pocos muchachos, fué puesto más tarde en libertad. Gran consternación causó, entre los que acompañaron á fray Márcos, este acontecimiento. Se rehusaron á seguirle más adelante, y no faltaba quien lo quería hacer responsable de la muerte de sus amigos. Al fin los regalos y promesas del religioso mezclados con amenazas, calmaron los ánimos exaltados, y acompañado de dos cabecillas avanzó hasta una loma, desde cuya cumbre vió á Cíbola, situada en una llanura al pié de una loma redonda, exactamente como los indios se lo habian contado. Sobre un montón de piedras se erigió una cruz, y fray Márcos, en nombre del virey Mendoza, tomó posesión formal de todas aquellas tierras para el Rey de España, dándoles el nombre del reino de San Francisco. Concluida esta ceremonia, fray Márcos, sobresaltado y llenó de temor emprendió apresuradamente la retirada, "con harto mas temor que comida," según dice en su "descubrimiento de las siete villas." Desde Compostela mandó en Julio del mismo año su informe á Vásquez de Coronado, á quien después en Agosto acompaño á México, donde el dos de Septiembre de 1539, ratificó solemnemente la exactitud del mencionado relato, y se la entregó personal-

mente al virey Mendoza en presencia del oidor Francisco Ceynos, de Francisco Vásquez de Coronado, y ante los escribanos Juan Baeza de Herrera, de la Real Audiencia, y de Antonio Tursios, escribano real.

De lo que antecede, es muy difícil fijar con certeza los lugares por donde pasó el religioso, y por tal razón hay casi tantos caminos como historiadores.

Durante los primeros veinticinco ó treinta leguas desde Petatlán, y siguiendo la costa, cruzó indudablemente la desembocadura del río Fuerte. Los cuatro ó cinco días siguientes atravesó las tierras entre aquel río y los del Mayo y Yaqui. Por tres días sin duda caminó hácia el Este ó Noreste, pues se fué tierra adentró hasta llegar á Vacapa. ¿Cuál es el lugar moderno que le corresponde? No creo sea, como algunos afirman, San Luís de Vacapa, por hallarse demasiado al Norte, más bien me inclino á lo que en el día se llama Huepaca, situada á las orillas del río de Sonora. Es verdad que esta suposición tiene en su contra que Huepaca dista algo más de cuarenta leguas de la costa; pero á la vez es también absolutamente imposible que un hombre á pié llegué de Petatlán, y siguiendo la costa, en diez dias á San Luís de Vacapa, y mucho más imposible aún á Quitovaquito, como otros historiadores asientan. Tomando á Huepaca como el lugar que ocupó Vacapa, también es más facil trazar y más verosímil la jornada por un país fértil, que no ofrece dificultad en identificar con los terrenos situados á lo largo y entre los ríos Sonora, Magdalena y algunos de sus confluentes. Llegó tal vez cerca ó un poco al oeste de lo que es en la actualidad la villa de Nogales. Los cuatro días siguientes ocupó en atravesar la distancia que separa á la frontera de Arizona y Sonora del río Gila, y los siguientes cinco los pasó en el valle del dicho río, y otros tres más en el valle del río Salado. Desde allá se internó en el despoplado, no desierto como lo tienen algunos autores norte-americanos, que formén las sierras y mesas altas que se extienden entre el río Salado y Zuñi ó, como entónces

lo llamaron los primeros exploradores, Cíbola. Por supuesto que éstos no son más que conjeturas, cuyas probabilidades no permite el espacio limitado de la presente obra explayar.

Parece fuera de duda que fray Márcos de Niza llegó á Zuñi y hay que admirar la intrépidez, el zelo religioso, y el valor tanto moral como físico de este franciscano, de "un fraile descalzó," como escribió el virey Mendoza, "que por sí sólo había alcanzado más que las tropas españolas, bien disciplinadàs y armadas." Muchos de los autores dán demasiado mérito á aquella parte del itinerario de Niza, en que pretende haber seguido la costa ó cerca de ella al Norte de Vacapa. Sabemos que en aquella época existía una especie de excitación febril, que rayaba casi en locura para descubrir el tan soñado estrecho que divide la América de la Asia, y que era el, desde Colón, anhelado camino para las Indias. Fray Márcos en toda probabilidad recibió noticias bastante exactas de la configuración de la costa del golfo de Cortéz y de la peninsula de la Baja California, por los indios Yaquis, Mayas é isleños, y queriendo estimular el zelo del virey para la conquista, los incorporó en su informe. Dejando á un lado esta parte de su "descubrimiento," el derrotero de fray Márcos ofrecerá menos dificultades y más probabilidades.

1540—1542.

DON FRANCISCO VÁSQUEZ DE CORONADO.

Coronado acompañado de fray Márcos de Niza llegó en el otoño de 1539 á México para dar cuenta al virey, y concertar con éste una expedición formal. En toda la capital se es-

cucharon con entusiasmo los relatos del fraile, aumentando esta excitación el aire misterioso que Coronado siempre observaba al hablar del Norte. Mendoza se prometió los más felices resultados del descubrimiento, y prestó todo su apoyo, tanto moral como material. Con su permiso se procedió á reclutar gente para la expedición. México estaba casi loco; todos querían tomar parte en la busca de aquel Eldorado. Un testigo ocular, Suárez de Peralta, escribe: "Fué de manera la grita que ya no se trataba de otra cosa. Era tanta la codicia que á todos puso la nueva de las siete ciúdades que no sólo el virey y marqués (Cortéz) levantaron los piés para ir á ella, sino á toda la tierra y tanto, que por favor se negociaba el ir de los soldados y sacar licencia; y era de manera que se vendian y no pensaba él que la tenía, sino que ya era título por lo ménos, porque la encarecia el fraile que había venido de allá, de suerte que decia ser la mejor cosa que había en el mundo. Según él lo pintaba debia ser el paraiso terrestral."

Cortéz, el marqués, protestó enérgicamente de que otro sino él emprendiese la expedición, siendo de su derecho y privilegio como conquistador, conforme á cédula real toda exploración en esta Nueva España. Pero el virey Mendoza negó sus prentenciones, estableciéndose el cuartel general en Compostela.

Los Franciscanos, habiéndose nombrado á fray Márcos, vice-comisario en las Indias de la órden de San Francisco, eran partidarios calorosos de la expedición, que con tanta gloria debía cubrir á su superior y engrandezer á su órden.

Trescientos españoles y ochocientes auxiliares indígenas formaron el ejercito del que en Febrero de 1540 se despidió en Compostela el virey Mendoza. Todos los oficiales eran Castellanos de sangre pura y nobles, siento los principales: Don Pedro de Tobar, alférez; Tristan de Arellano; Pedro de Quevara; García López de Cardenas; Juan de Zaldivar; Francisco de Obando; Alonzo Manrique de Lara; Gómez

Suárez de Sigueiros; Juan de Sotomayor; Juan de Jaramillo; Rodrigo Maldonado; Diego López; Diego Gutierrez; Pablo Melgosa de Burgos, al mando de los infantes; Hernando de Alvarado, maestro de la artillería; Francisco de Barrio Nuevo; Melchor Díaz, Juan Gallegos, Lope de Urrea, Luís Ramirez de Vargas, Francisco Gabaldón; Rivero; y Villega.

Acompañaron la expedición á las òrdenes del provincial, fray Márcos, los franciscanos: P. P. Juan de Padilla, andaluz y anteriormente guardian de los conventos de Tulancingo y Zapotlán en México; Daniel y Luís de Ubeta; más, los legos de la misma órden Luís de Escalona y Juan de la Cruz.

En 14 de Abril de 1540, Don Francisco Vásquez de Coronado, á la cabeza de la vanguardia, compuesta de cincuenta ginetes, algunos infantes y un cuerpo de auxiliares indígenas, y acompañado por los cinco misioneros, emprendió la marcha. El grueso del ejercito al mando de Don Tristan de Arellano le siguió el día veintidos del mismo mes y año.

Coronado antes de salir de Culiacán para México había dado ordenes á sus oficiales, Díaz y Zaldivar, de verificar en lo que les fuere posible los aciertos de fray Márcos. Salieron éstos con una pequeña fuerza en Noviembre de 1539 y llegaron tal vez hasta el valle del río Gila. Zaldivar se reunió más tarde con el ejercito en Chametla, y dió noticias nada gratas de su encomienda al general.

Tenemos de esta expedición tres relatos: él de Don Juan de Jaramillo, que acompaño á la vanguardia; él de Don Pedro Castañeda de Nagera, que formó parte del grueso del ejercito, y él del gobernador Coronado mismo. Sí la relación de fray Márcos de Niza era algo fantástico, exagerado y envuelto en misterio, las de estos historiadores son claras y precisas.

Parece qui ni la vanguardia, ni el ejercito encontró grandes obstaculos ó dificultades durante la marcha.

Según Jaramillo la avanzada necesitó cuatro días al río de

Petatlán, tres de allá al de Sonora, cinco días al río de San Pedro ó Yaquí, y dos al pueblo de Corazones, que distaba diez leguas de aquel de Sonora. La fuerza allá ocupó un día en cruzar un río que había entre aquel lugar y otra población, llamada Ispa; las dos cerca del moderno Arispe. Atravesaron después por cuatro días un despoplado hasta llegar al arroyo de Nexpa, que muy probablemente es el río de San Pedro, y cuyo curso siguieron, río abajo, por dos días. Entónces dejándolo á un lado, tomaron rumbo á mano derecho hácia una serranía á la que llegaron en dos jornadas.

Castañeda nos informa que en este punto encontraron unas ruinas, llamadas Chichilticale, y que allí empezaba el desierto. Coronado se afligió mucho al ver que este Chichilticale, del que tanto se había hablado, se reducía á una casa arruinada sin techos. El general se quejó amargamente de las inexactitudes de fray Márcos, que insistía en que estas ruinas distaban únicamente cinco leguas de la playa del mar, cuando en realidad había más de diez jornadas forzadas. No obstante del estado deplorable de los edificios, demostraban éstos ser obra de gente civilizada, y el lugar ha sido identificado por la mayoría de los arquéologos con las Casas Grandes de Arizona.

La vanguardía descansó dos días en Chichilticale, emprendiendo la marcha y entrando al desierto el día 21 de Junio. En tres días llegaron á un río, al que por ser día de la fiesta de San Juan, dieron el nombre de este santo, y en dos días más á otro, al que llamaron el de las Balsas, por tener que cruzarlo de este modo. Dos jornadas cortas ocuparon en caminar al arroyo de la Barranca, un día al río Frio, hicieron una jornada por entre un monte de pinos á otro arroyo, donde tres de los soldados, habiendo comido alguna fruta silvestre, murieron envenenados. De allí necesitaban dos días al río Vermejo, nombrado así á causa del color de sus aguas y márgenes; y en dos jornadas más llegaron á la provincía de Cíbola.

Castañeda, refiriéndose al grueso del ejercíto dice, que de Chichilticale caminó en quínce días hasta el río Vermejo, dis-

tante ocho leguas de Cíbola, y que de ésta última había ochenta leguas á las ruinas.

Al primer pueblo de Cíbola, adonde llegaron el 7 de Julio de 1540, dieron los españoles el nombre de Granada. Se encontraba en la mesa de un peñasco y corresponde á las actuales ruinas de Zuñi viejo. La población divisada en el llano por fray Márcos, si acaso la vió, era tal vez el Zuñi actual. Tenía Granada, casas de tres y cuatro pisos de alto, y la defendían arriba de doscientos guerreros.

En diez de Julio, Coronado se presentó á corta distancia de sus murallas. Envió á uno de los oficiales, García López de Cárdenas, y á los francíscanos, Daníel y Luís, para dar á conocer á sus habitantes las buenas intencíones del general é intimidarles rendiesen la plaza. Pero los indios, lanzándose al campo, contestaron sus argumentos con una lluvia de flechas, atravesando una el hábito de fray Daníel, y otra á un caballo, que cayó muerto. Los españoles con el gríto de batalla "¡Santiago!" cargaron sobre los enemigos, matando algunos y refugiándose el resto detrás de las murallas. Los clarines Castellanos tocaron á asalto. Una lucha encarnizada se emprendió, varios españoles salieron heridos, el mismo Coronado fué derribado de su caballo, y uno de sus piés traspasado de un flechazo. En fin las armas de fuego y acero vencieron á los arcos y macanas; la villa se rindió, abondonándola en el acto sus vecinos, que huyeron á los montes cercanos.

Pocos días más tarde, los otros pueblos se sometieron formalmente, y en el trascurso de algunas semanas empezaron á establecerse relacíones entre los españoles é indios, devolviéndose muchos de éstos á sus pueblos.

Y, ahora que el objeto principal de la expedición, la conquista de las fabulosas siete villas se había llevado á cabo, el disgusto más supremo imperó en el campamento español, desde el general hasta el último de los indios auxiliares. Tanto sueño dorado se había desvanecido, tanto castillo edificado en el aire rodaba por el suelo. La gran monarquía, el reino

riquísimo se reducía á algunos pueblos, que sí tenían casas de adobes y habitantes semi-civilizados é industriosos, distaban muy léjos de parecerse á aquellas ciúdades tan ponderadas por el monje franciscano explorador. Los otros tres reinos, además de Cíbola, también se convertían en humo. Á Marata los indios ni siquiera conocían; Totoneac era un ojo de agua caliente rodeado de tres ó cuatro casas; la provincia de Acus, un nombre desconocido, tal vez un pueblo llamado Aculco. Nada de estraño pues tenía que maldiciones sin número cayeran sobre el desgraciado religioso, que aprovechando la oportunidad de enviarse dos comisionados, los capitánes Díaz y Gallego á la Nueva España, dió el último adios á Nuevo México el 3 de Agosto de 1540, regresando primero á Sonora y de alla á la capital del reino, para jamas volver al país cuyo descubrimiento y conquista se le debe en gran parte.

Coronado se quedó en Zuñi desde Julio hasta Noviembre. Sin embargo del desengaño sufrido no quería abandonar la empresa sin convencerse ántes positivamente de la falsedad de todos los rumores; y con este fin mandó exploradores á varias partes.

El alférez Pedro de Tobar, con diez y siete hombres de á caballo, algunos infantes y auxiliares indios fué destacado para explorar y someter la provincía de Tusayán, hoy en el día conocida por los pueblos de los Moquis. Acompañábale en esta expedición el franciscano fray Juan de Padilla, una de las figuras más simpáticas en los anales del Nuevo México. Dotado de la misma energía y del mismo zelo religioso de fray Márcos, carecía por completo del grave defecto de ese, la exageración. Caminó el destacamento con mucha cautela durante cinco días hácia el Noroeste y por un país despoplado; entró sin ser descubierto á la provincia y se apronto de noche ante uno de los pueblos. Grande fué la sorpresa de los vecinos al ver á la mañana siguiente á aquel grupo de aventureros, que por su número reducido ningun ó poco temor les inspiraba. Después de larga plática, los indios negaron á los forasteros la entrada al pueblo, poniendo con yeso un raya en el

suelo que ningun español so pena de muerte debía pasar. Fray Juan, que en su juventud había portado con honor las armas del Rey, viendo lo inútil de argumentos, y como todo buen Castellano zeloso del honor patrio, exclamó impacientado: "De veras no sé porque hemos venido aquí." Con ésto bastaba. La tropa cargó sobre los indios, que sin embargo de defenderse con mucho valor y después de sufrir grandes bajas, se vieron obligados á rendirse, y á entregar sus plazas, que eran un poco más grandes que las de Cíbola. Pagaron un tributo en víveres, telas de algodón, cueros y hasta de algunas turquesas. Allá supieron los españoles de un gran río distante algunas jornadas, y en cuyos márgenes habitaba una raza de estatura muy alta. Concluido su encargo, Don Pedro de Tobar, fray Juan y los soldados volvieron á Zuñi, para dar cuenta al general.

Entónces García López de Cárdenas recibió órden de ir en busca de aquel río. Le acompañaron doce hombres de armas, sirviéndole algunos indios Moquis de guias. Después de un viaje de veinte días ó cincuenta leguas por un país despoplado llegaron á un río que les parecía tan grande como lo es el hermoso Guadalquivir donde baña las floridas vegas de Sevilla, la sin par preciosa, en la bella España. Los indios les aseguraban que tenía más de media legua de ancho, pero era tan profunda la barranca en que tenía su lecho, que mejor se parecía á un arroyuelo desde la altura donde se encontraban los exploradores. Siguió Cárdenas por seís jornadas aquel torrente sín que le fuera posible encontrar una bajada. En vano intentaron los oficiales Melgosa y Galeras por un día entero, y en el lugar más á proposito descender á aquel abismo, pero fué en vano su empeño, pues no llegaron ní á la tercera parte de la profundidad de la barranca. Así fué descubierto una de las maravillas naturales de este planeta, la barranca ó el cañon del Río Colorado. Sabedor por sus guias de que era imposible seguir más adelante hácia el Oeste, por la falta absoluta de agua, Cárdenas regresó al cuartel general.

Salió en aquellos días una tercera expedición de Cíbola ó Granada. Componíanla veinte hombres al mando de Hernando de Alvarado á quien acompañaba fray Juan de Padílla. Era el objeto indagar la verdad de los diceres de un indio, á quien los españoles á causa de sus enormes mostachos habían puesto el apodo de "Bígotes." Había venido este indio á Cíbola á una visita, traiendo consigo regalos de su tribu para los Zuñis. Refería mil maravillas de su país y de la enorme cantidad de "vacas" (cíbolos) que en ella pasteaban, asegurando á la vez á Coronado de la buena acogido que allá le esperaba á él ó á sus oficiales, si se dignaban visitar á sus pueblos. Emprendieron la marcha el día 29 de Agosto de 1540 desde Zuñi hácia Acuco, que es el actual Ácoma, y al que llegaron á los cinco días. En este camino pasaron por varias fortalezas abandonadas, la uno á dos, y la segunda y tercera á tres leguas de distancia de Granada. Después llegaron á una ciúdad abandonada y en ruinas con casas de seis pisos de alto, de que distaba otro pueblo, también en escombros, una legua.

Acuco, lo mismo que Cíbola, estaba edificada en la planície superior de un enorme peñasco. Unos hoyos cortados en la roca viva formaban una especie de escalera, único camino que había para llegar á aquel verdadero nido de aguilas.

Al principio los indios se demostraron poco amigables, pero temiendo las consecuencias de un sitio y asalto, se presentaron á hacer los paces y á abastecer la expedición con víveres. Habiendo reducido á Ácoma, la fuerza pasó á una laguna, "muy buena," según dice Castañeda, era ésta tal vez el lugar donde se encuentra hoy el pueblo de Laguna. El día siguiente, que fué el siete de Septiembre, llegaron á un río caudaloso, que llamaron el río de Nuestra Señora, y que es el Río Grande de Nosotros. Allá principiaba la provincia de Tiguex, que se extendía aproximatamente desde el hoy Bernalillo hasta un poco más abajo de Alburquerque. Había en ella, conforme al historiador mencionado, doce pueblos habitados, cuatro al pié de la Sierra, y tres en las mesas altas de ella. La

villa principal era Tiguex, cerca del lugar que ocupa la actual población de Bernalillo. De Tiguex, río abajo, había otros cuatro pueblos.

Esta provincia muy poco después llegó á ser el centro de las operaciones militares, estableciendo en ella Coronado su cuartel general.

Después de descansar á su tropa en Tiguex, Alvarado acompañó á "Bigotes" á Cicuyé, distante cinco jornadas y situado (contiguo á unos llanos) en la cumbre de una peña cuadrada, con casas de cuatro pisos de alto y custodiado por quinientos guerreros. Cicuyé en la actualidad es el pueblo de Pecos.

Los indios, según lo había prometido "Bigotes" recibieron bíen á los españoles, colmándolos de regales, que consistían en cueros de cíbolo, telas de algodón y turquesas. Pero lo que sobre todo llamó la atención del capitán Alvarado y de fray Juan, fueron los cuentos de un indio forastero, que se decía ser originario de Haralé, una provincia distante trescientas leguas al Sureste. Á causa de su aspecto singular los soldados le dieron el nombre de "Turco." Hablaba un idioma diferente al de la gente de Cicuyé, y se refería constantemente á las grandes ciúdades, y á la abundancía de oro y plata en su país. Estas nuevas interesantísimas fueron trasmitidas por correo especial al general.

Á Alvarado ya muy poco interesaban los cíbolos, pero como buen soldado español cumplió con su encargo de exploración, y llegó, sirviéndole de guia el "Turco," á los llanos, donde encontró manadas inmensas de cíbolos.

Volvió á Tiguex, donde á las ordenes de Cárdenas se hacían los preparativos para acantonar el ejercito durante el próximo invierno. Esperó en este punto la llegado de Coronado, con quien á fines de Noviembre ó principios de Diciembre, se había reunido en Zuñi el grueso del ejercito, llegado de Sonora, al mando de Arellano. Dióles el general algun descanso, y ordenes de seguirle en veinte días. El mismo salió entónces para Tiguex con treinta hombres. En lugar de tomar el

camino ya conocido, se dirigió por otro más al Sur, en la esperanza de hacer algun nuevo descubrimiento. En este viaje él y su escolta sufrían mucho á causa de la escasez del agua y del frio rudo que se hácia sentir en la sierra, donde tenían que ir en busca del tan necesario liquido. Sin embargo á las once días llegaron á la provincia de Tutahaca, que es la región en donde se encuentra Isleta, y distaba esta provincia de la de Tiguex cuatro leguas.

Establecido en su nuevo cuartel general en los alrededores de Tiguex, Coronado escuchó con un entusiasmo y una credulidad aún no curado por los cuentos de fray Márcos, los relatos fantásticos del "Turco." La perspectiva de glorias y riquezas le hizó indudablemente olvidar sus deberes de pacificador y caballero, despreciando á aquellos indios pobres y humildes, y desobedeciendo las instrucciones estrictas del virey Mendoza, que tanto le había encomendado é insistido sobre el buen trato de los indios. Apropió las casas para sus soldados, exigió sin retribución ropas para éstos, y al pedir los indios espera, permitió que las tomaran á fuerza bruta hasta tal grado de dejar en carnes vivas á algunos de los indios más pobres. Aprisionó y cargó de cadenas, debido á una calumnia del "Turco," al amigo de los españoles, "Bigote," uno de los caciques de Cicuyé.

Un pueblo, por una desavenencia insignificante, fué entregado á las llamas. El capitán Cárdenas mandó incendiar á otro, valerosamente defendido por los indios durante dos días y una noche. Después de rendirse sus habitantes fueron conducidos á la tienda de campaña de este gefe, quien condenó á aquellos desgraciados, cien en número, á perecer en la hoguera. Los infelices se resistieron á tan horrendo castigo y fueron entónces acuchillados como un rebaño de ovejas. Algunos pocos se escaparon con vida de esta matanza y difundieron por todo el país, la crueldad y atrocidad de aquellos á quienes habían recibido como amigos. Tan poco Cárdenas no se libró del bien merecido castigo, pues de vuelta á México fué encausado

por la conducta atroz é infame que había observada en la expedición, y sentenciado á prisión.

Desde entónces desapareció la confianza en aquella provincia, y todos los indios se refugiaron en el pueblo de Tiguex. Coronado queriéndolo tomar por asalto fué rechazado, cayendo heridos gravemente veinte soldados. Sitió la plaza durante cincuenta días, muriendo en este sitió más de doscientos indios, y teniendo que lamentar los españoles la muerte del capitán Obando y lá de varios soldados. Los sitiados, faltándoles el agua, excavaron un pozo que se hundió, enterando vivos treinta de sus compañeros. Algun tiempo después se permitió la salida de la plaza á cosa de cien mugeres y niños. Dos Semanas más tarde, y reducidos los sitiados á la última miseria, intentaron una noche romper el sitió, pero fueron descubiertos y después de una defensa heróica ó acuchillados ó obligados á buscar la muerte en las aguas heladas del Río Bravo.

En vano se opusieron á estas crueldades é infamias los frailes franciscanos y muchos de los hidalgos y oficiales españoles. La soldadesca no quiso escucharlos, y Coronado soñando en conquistas futuras deseaba tener á sus espaldas un país completamente dominado y subyugado. La misma suerte de Tiguex, tocó á los demás pueblos de la provincia; fueron tomados por asalto y saqueados; sus habitantes, no obstante las protestas enérgicas de los misioneros y nobles, esclavizados ó desterrados.

De este modo tan deplorable pasó el invierno de 1540 á 1541.

El pueblo de Chía ó Zía, lo mismo como la provincia de los Querés, con sus pueblos—después llamados San Felipe, Santo Domingo, Santa Ana y Cochití—se sometieron á los españoles. Zía voluntariamente, por cuya causa, Coronado confió á este pueblo, como honor especial, el custodio de cuatro inútiles culebrinas de bronze.

En fin, el día 5 de Mayo de 1541, Coronado, á la cabeza del ejercito, salió en busca de la fabulosa Quivira, llevando como

guia á un indio orginario de aquellos regiones, Habe, y acompañándole fray Juan de Padilla. Con anterioridad el "Turco" había perdido en mucho la confianza de los españoles, que en poca tenían ahora su veracidad, habiendo descubierto mil contradicciones en sus diceres. Pero como el nuevo guia, Habe, confirmaba hasta cierto grado los cuentos del "Turco," referente á oro y plata, en nada se disminuía el entusiasmo de la tropa, la que no quería escuchar á otro indio, también de Quivira—Sopete—que en voz alta acusaba de mentirosos y embusteros al "Turco" y á Habe, insistiendo en que ni oro, ni plata, ni ciúdades populosas, ni siguiera villas había en su país de ellos—Quivira.

La expedición fué bien recibida en Cicuyé ó Pecos, donde Coronado, cumpliendo con su palabra empeñada con anterioridad, dió la libertad á "Bigotes." Á los tres días siguientes, atravesanda sierras, llegó la expedición á un río, que llamaron de Cicuyé, y que es en toda probabilidad el río de las Gallinas, uno de los confluentes del río Pecos.

De allí en seis jornadas, tomando un rumbo Noreste, entraron á los llaños de los cíbolos. En diez y siete días más llegaron al país de los Quereches, y en otros cinco al de los Teyas, siguiendo desde los llanos, según Jaramillo, un rumbo Este. Tanto los Quereches como Teyas eran nomádes, que vivían en tiendas de campaña, hechas de cueros de cíbolo, y se mantenían de la caza. No obstante de sus diceres contradictorios, parecía que más allá existía en realidad un país rico. Entre estas naciones encontraron los españoles en una de las rancherías á un indio anciano, que por señas les dió á entender haber visto hácia el sur á Alvar Nuñez, Cabeza de Vaca, y sus compañeros.

Á mediados de Junio habiéndose escaseado mucho los víveres y viéndose precisado la tropa á aliméntarse exclusivamente de carne de cíbolo, se decidió en un consejo de guerra, que Coronado con una escolta de treinta y seis hombres escogidos debía ir en busca de Quivira, y el grueso del ejercito, al mando de Arellano, regresar á Tiguex. Éste último después de cazar

cíbolos por otros dos semanas volvió por un camino más corto en veintiseis días á Tiguex.

Coronado con quien íba fray Juan de Padilla, caminó rumbo al Norte por treinta y cuatro días, atravesandó llanuras inmensas. El 29 de Junio llegó á un río, que en honor de estos santos Apóstoles, cuya fiesta se celebra aquel día, llamó el río de San Pedro y San Pablo. De allí pasó á otro río, al que dió el nombre del río de Quivira. Siguiendo su corriente por abajo, rumbo Noreste por siete ú ocho días, llegó á Quivira, habiendo andado sesenta y siete días y recorrido más de trescientas leguas desde Tiguex á Quivira.

Cuál Cíbola, Quivira era un mito. Algunas rancherías de indios con sus chozas hechas de paja, situadas á las orillas de un gran río; sus habitantes, algo superiores á los nomádes Quereches y Teyas, cultivaban algunas pequeñas milpas de maíz, pero ni siquiera tenían conocimiento de los metales y piedras preciosas; éste era el soñado imperio opulento y populoso. De los informes suministrados por los indios de tribus lejanos inferían los exploradores, que tampoco estos tenían plata ú oro—además el "Turco" confesó, que todos sus relatos habían sido mentiras é invenciones suyas. Disculpó su conducta, diciendo que los indios de Cicuyé le habían obligado á este engaño, esperanzados en que los invasores perecesiesen en la exploración ó volviesen en número tan reducido, que les fuera fácil aniquilarlos. El "Turco" fué sentenciado á muerte y ajusticiado.

Coronado, después de levantar en los márgenes del río una cruz con esta inscripción: "Francisco Vásquez de Coronado, general de una expedición, llegó á este lugar," emprendió la retirada. Pasó por Cicuyé donde encontró á Arellano con cuarenta ginetes, quien acababa de tener una escaramuza con aquellos indios, y pasó de allá á Tiguex, habiendo empleado cuarenta días en el viaje de vuelta.

Coronado en su carta de veinte de Octubre dice, que Quivira se encontraba á novecientos cincuenta leguas de México, en

latidud Norte 40°. Pero las investigaciones modernas han probado lo errónea de la latidud, debido tal vez á los instrumentos astronómicos, poco exactos de aquella época. Lo más probable es que Quivira se encontraba en el Sureste del hoy estado de Kansas, y que el río de San Pedro y San Pablo es el río de Misuri, y el río de Quivira él de Arkansas.

Aqui es preciso anotar un error grave en que han incurrido algunos historiadores anglo-americanos, equivocando el país de Quivira con las ruinas de un pueblo de los Xumanes, dedicado por los misioneros á San Isidro, y llamado hoy en el día "La Gran Quivira." Estas ruinas se encuentran en el actual condado de Socorro, Nuevo México.

Miéntras Coronado se encontraba en la expedición á Quivira, Arellanos, ya de vuelta á Tiguex, se ocupó en los preparativos para pasar un segundo invierno en Nuevo México, y en practicar nuevos reconocimientos en el país. Debido al mal trato recibido, los indios no prestaron su ayuda á los preparativos, ofreciéndose por lo tanto mil dificultades y obstáculos. Se llevaron á cabo dos reconocimientos.

El capitán Barrio Nuevo visitó primero la provincia de Xeméz, y sus siete pueblos, uno de los cuales todavía existe; pero en aquella epoca fué la población principal, lo que son hoy las ruinas de San Diego, trece millas al Norte del actual pueblo de Xeméz. Tuvo buena acogida en dicha provincia, abasteciéndole los habitantes con víveres. Más al Norte en la provincia de Yunque (Yunque con los pueblos llamados después San Ildefonso, San Juan, Santa Clara, Pujuaque, Nambé y Tesuque, estaba situado en el ahora condado de Santa Fé) su acogida distaba muy léjos de serle grato. Los indios al saber la llegado de la tropa abandonaron sus dos pueblos en el valle, refugiándose en otros cuatro, bien fortificados y de difícil acceso, que tenían en la sierra. Los españoles sin embargo encontraron en los pueblos abandonados abundancia de provisiones y utensilios de barro, llamándoles estos últimos mucho la atención por su esmalte, que les parecía indicar la existencia

de metales argentiferas en la vecindad. Siguiendo el curso del río, veinte leguas por arriba, llegaron á una gran población construida á los dos lados del río y que se comunicaba por medio de puentes de madera. Su nombre era Braba ó Yuraba. Según la "Relación del Succeso," escrita por el mismo Coronado, tenía quince mil habitantes, sus casas eran de una construcción diferente á las de Tiguex, Cicuyé, Zuñi y Ácoma. Los españoles le dieron el nombre de Valladolid, y es el Taos actual.

Otro oficial fué enviado por Arellano á reconcer el Bravo, río por abajo. Avanzó cosa de ochenta leguas al Sur, hasta llegar á un punto donde desapareció debajo de la tierra el río. Este punto muy probablemente era cerca del actual "Paso," Texas, habiéndose verificado allí, en el siglo pasado, varias veces el fenómeno á que se refiere el explorador español. Esta expedición pasó por cuatro pueblos grandes, que sin mucha dificultad pueden identificarse con los pueblos de los Piros, situados en la región del moderno Socorro.

Estas son todas las exploraciones llevadas á cabo por Coronado y sus oficiales.

Como ya quedá dicho, el general había vuelto á Tiguex, donde el mal éxito de su expedición causó gran descontento entre la tropa. Por alguna razón que no consta, el guia Habe en lugar de acompañar á Coronado, lo que hubiera sido lo más natural, se quedó con el grueso del ejercito, y volvió con él á Tiguex. Insistió durante todo el tiempo de la ausencia de Coronado, en la verdad de lo que había dicho, y en lo rico que era Quivira. Al saber que estaba próximo á llegar el general, manifestó el mayor contento y alegría, alegando que ahora se convencerían absolutamente de lo que él decía, viendo las pruebas palpables. Fácil es imaginar, que inflamada de tal modo la codicia de la tropa, no se prestase con muy buena voluntad á creer y aceptar los desengaños sufridos por su gefe. No faltaban oficiales y soldados que mucho dudaban haber recorrido Coronado la distancia que decía, ó haber buscado con tanto

empeño y entusiasmo el soñado Eldorado. Para complacer á los descontentos, y aún no muerta toda esperanza en el mismo Coronado y sus compañeros de exploración de encontrar aquel país fabuloso, se convinó en emprender una nueva expedición en la primavera del año siguiente de 1542.

En el otoño de 1541 regresó de Soñora, para donde le había enviado el general desde Cíbola, el capitán Tobar, traiendo consigo cartas para Cárdenas, que á este obligaron volver á España. En breve se despidió del campamento, llevando del general para el Rey una carta, fechada en Octubre veinte, y que contenía lo ocurrido en la expedición hasta aquella fecha.

El segundo invierno de la ocupación de Nuevo México pasó sin mayor novedad, pero debido á la conducta inhumana de algunos oficiales y soldados, según se ha dicho, los indios se negaron á abastecer á la tropa de víveres y ropa. En consecuencia se hizó sentir mucho la escasez de estos artículos de primera necesidad, y frecuentes fueron las riñas que siempre ocurrieron al repartirse algunos de los pocos que aún quedaron almacenados. Los preparativos para otra expedición á Quivira estaban casí concluidos, cuando á principios de la primavera de 1542, en un torneo que tuvo lugar en un día festivo, Coronado cayó de su caballo y fué pateado por él de Maldonado, recibiendo una contusión grave. Ésto le obligó á guardar cama por muchos días, y á duras penas algo restablicida su salud, recibió la triste nueva de haber sido asesinados por los indios unos colonos en San Geronimo de Sonora, postrándole esta noticia otra vez en el lecho de dolor.

Durante la prolongada enfermedad del general se relajó la disciplina de la tropa y empezaron á fomentarse disenciones y disgustos, que culminaron en una solicitud presentada por la tropa pídiendo se abandonase, como infructuoso, todo proyecto de otra expedición á Quivira.

Coronado con gusto acedió á esta petición, que tal vez él mismo había inspirado; pues temiendo que le sobreviniése la muerte deseaba morir en brazos de su esposa, hija del Tesorero

de la Nueva España, Alonzo de Estrada; además veía lo poco productivo que sería una nueva exploración. Sí los soldados y el general deseaban volver á Sinaloa y México, los oficiales é hidalgos, por su parte, insistieron en que se llevará á cabo el descubrimiento, avanzando de nuevo sobre Quivira. No obstante sus protestas de ellos se emprendió la retirada en Abril de 1542, después de haberse puesto en libertad á todos los indios neo-mexicanos, por el temor que los originarios del país se vengasen en aquellos religiosos franciscanos que se habían resuelto á quedarse en estas regiones. Muchos de los indios Sinaloenses también determinaron permanecer en Nuevo México. En su retirada encontró el ejercito en Chilchilticale al capitán Gallegos, que venía con resfuerzos y munición de boca y guerra. Grande fué el disgusto de este oficial y de sus compañeros al hallar en lugar de un ejercito triunfador, cargado de rico botin de guerra, á una tropa vestida de harapos y falta de lo más necesario. De nuevo intentaron los oficiales y nobles inducir á Coronado á que regresase, pero el general y la tropa se negaron positivamente. En Junio entraron á Culiacán, donde la mayor parte de los soldados se dispersó, llegando Coronado apénas con cien hombres á México. Recibióle el virey con mucha frialdad, pero convenció á Mendoza de lo falso y exagerado de los cuentos de fray Márcos con tan buen fin, que se le permitió volver á su gobierno de Nueva Galicia, sin quedar manchado su honor en lo más minímo.

Asi concluyó la primera exploración formal del Nuevo México y Arizona. Sí los españoles no encontraron las soñadas sierras, llenas de metal de oro, ni las ciúdades con murallas y paredes tapizadas con planchas de plata, encrustadas con turquesas, hallaron unos pueblos agrícolos, bastante adelantados en la civilización y las industrias, terrenos fértiles y un clíma sano. Sí la mente de los exploradores no hubiera estado viciada y preocupada por las exageraciones, engendradas por los relatos fantásticos del religioso italiano, fray Márcos, hubieran podido apreciar el valor verdadero de la provincia descubierta

por ellos, y desde entónces se hubieran establecido colonias permanentes; cosa que no se hizó sino hasta sesenta años más tarde, como veremos.

No debe pasar desapercibido en este capítulo el gran y noble papel que desempeñaron los religiosos franciscanos, sobre todo dos, en esta expedición y en la historia del Nuevo México.

El siglo XVI. es en los anales de las Américas, el siglo de oro de la órden seráfica. Los indígenas del nuevo continente nunca sabrán apreciar en lo bastante, todo lo que deben á estos frailes pobres y descalzos, que sin más poder que su fé y amor á la humanidad, sin ninguna mira egoista, dotados del verdadero zelo evangélico y de un espiritu humanitario, que no tiene igual, sin temor ni recelo, opusieron un dique impasable, una muralla impenetrable á la crueldad de los conquistadores y á la avaricia y codicia de los mercaderes y aventureros europeos. Con un valor heroíco lucharon sin censar por el bienestar del indio y desvalido. Levantaron sus quejas y solicitudes al Papa y al Rey, y desde allende de los mares, gracias á estos defensores valientes é incansables, la noble y siempre justa España, á la vez de imponer castigos fuertes á los que mancharon su pabellón puro, dictó leyes sabias y equitativas para sus nuevos hijos en el mundo descubierto por Colón y los Pinzon.

¡ Lóor, lóor eterno, merecen por lo tanto, en el siglo XVI. los santos varones de burdo hábito azul ! *

Fray Juan de Padilla, según hemos dicho, acompañó la expedición á Quivira. Allí se impresionó favorablemente por el índole bueno de aquellos indios, y habiendo ya con anterioridad recibido el permiso de sus superiores, se resolvió á permanecer

* Al poco tiempo de haber llegado los primeros religiosos franciscanos con los conquistadores á la Nueva España, se deterioraron sus hábitos. No había lana en el país; así los frailes destejieron su viejos trajes reformándolos en nuevos, y á falta de otra tinta, los teñieron con añil. Desde aquella época usaban los franciscanos de la Nueva España hábitos de color azul.

en el país, regresar á Quivira y catequizar sus naturales. Con él se quedó otro religioso franciscano, á quien Torquemada, Vetancourt y Mota Padilla, llaman el lego Juan de la Cruz; y Jaramillo, el fray Luís de Escalona. Es tal vez posible que Luís de Escalona y Juan de la Cruz sean una y la misma persona, siendo el primer nombre él que adoptó Escalona al tomar el hábito. Una cosa es fuera de duda, y es: que dos religiosos franciscanos se quedaron como misioneros. Nosotros haremos uso del nombre que Jaramillo, testigo ocular é historiador de la expedición, nos conserva. Al padre Luís de Escalona, Jaramillo había regalado un muchacho esclavo, Cristóbal. Además se quedaron dos donados de Zapotlán en Michoacán, Lúcas y Sebastián; un indio Tarrasco, Andrés; dos negros, pertenecientes el uno á Jaramillo y el otro á Melchor Pérez; un portugués, Andrés del Campo, y varios indios de Sinaloa.

El lego Luís, varón santo y capaz, se radicó en Cicuyé ó sea Pecos, con la esperanza de atraer sus habitantes al cristianismo é inculcarles los preceptos de la religión católica. Ya próximo á marcharse Coronado envió un pequeño rebaño de ovejas al misionero, que le dió las gracias, manifestando al mismo tiempo al encargado del general, la fé que tenía en hacer bíen entre los indios, no obstante del temor de sufrir á sus manos la muerte, debido á que muchos de los caudillos y sacerdotes le odiaban.

No se sabe nada positivo de su suerte final, pero en toda probalídad fué asesinado.

Fray Juan de Padilla, acompañado del portugués, Andrés del Campo, de uno de los negros, y de los dos donados, Lúcas y Andrés, todos portando hábitos, emprendieron él viaje fatigoso. Llevaron consigo ornamentos y vestiduario sacerdotal, diferentes regalos para los indios, algunas ovejas y mulas, y un caballo.

Parece que llegaron á Quivira, pero en una de las visitas que hizo fray Juan frecuentemente á los pueblos vecinos, fué atacado por los bárbaros de los llanos. Viéndo imposible que todos se salvasen, resolvió el religioso sacrificarse. Ordenó á

sus compañeros que emprendieren la fuga. Después se arrodilló, esperando con corazón serena la muerte que no tardo en llegar, cayendo inánime al suelo, atravesado su cuerpo por innumerables flechas.

Los dos donados, escondidos entre la yerba, presenciaron aquel hecho y después de haberse retirado los salvajes, dieron sepultura á los restos de áquel santo varón, protomártir de estos régiones septentrionales, que son actualmente casí el centro geógrafico de estos Estados Unidos de Norte América. Cumplido este deber sagrado de respeto y cariño, los dos indios Michoacanenses se juntaron con el portugués, que cobardemente había buscado su salvación en fuga vergonzosa, alejándose á galope tendido en el único caballo. Después de sufrimientos sin número, los tres llegaron al presidio español de Panuco en lo que es hoy el estado de Tamaulipas, México, donde dieron cuenta del triste fin del misionero, fray Juan de Padilla. Más tarde los tres pasaron á Michoacán donde entraron en un convento franciscano y tomaron el habito, afilándose en la órden seráfica.

1581—1583.

LA CONQUISTA ESPIRITUAL.

Don Luís de Velasco, virey de la Nueva España, por órden del Rey Cárlos I. de España y V. de Alemania, determinó explorar las provincias descubiertas por Francisco Vásquez de Coronado. Se nombró como capitán de esa expedición á Francisco Ybarra, hombre valeroso, prudente y honrado, de grandes riquezas, y sobrino de Don Diego de Ybarra, yerno que era del virey. Organizóse la tropa en Zacatecas, y salió de

allá el año de 1554. Recorrió y conquistó el Norte de Zacatecas, Durango, Sinaloa y el Sur de Chihuahua. No existen pruebas fé hacientes que haya llegado á Nuevo México. Sin embargo en su entrada de 1563 parece que pasó, según el mismo afirma, por los pueblos de los Moquis, pero de positivo nada se sabe. Debido á desavenencias que surgieron entre la Nueva Vizcaya (de la cual era gobernador, Ybarra), y la Nueva Galicia, no se proseguieron las exploraciones del Norte, y quedaron aquellos regiones olvidados hasta el año de 1581.

FRAY AGUSTÍN RODRÍGUEZ.

Lentamente se extendió el dominio español en los países septentrionales de México. Todavía en 1575 no habían atravesado los conquistadores el río de Conchos en la Nueva Galicia, de la cual era parte el hoy estado de Durango. Las expediciones de fray Márcos de Niza y Coronado habían pasado á la tradición, que consigo trae lo fabuloso y semi-mitológico.

Los únicos que se atrevían á pasar los confines de estas regiones misteriosas y despopladas eran los religiosos franciscanos en busca de almas que salvar, y los mineros ansiosos de apoderarse de los metales codiciados, que según fama pública, abundaban en ellos.

La gloria de la tercera expedición al país de los indios Pueblos, una expedición que se llevó á cabo sin derramarse una sola gota de sangre indígena, en que por parte de los conquistadores no se cometió ni un acto de crueldad, ni una sola exacción, pertenece á un humilde y noble religioso franciscano, fray Agustín Rodríguez, originario de Niebla en España.

Era fray Agustín Rodríguez uno de los misioneros establecidos en las minas de Santa Bárbola ó Santa Bárbara, lugar como de treinte vecinos, ocho leguas más adelante de río Florida, población del hoy estado de Chihuahua. Dotado de un zelo religioso que llegaba por su fervor á lo sublime, no se contentó con enseñar la doctrina á los indios trabajadores de las

minas, sino que hizo frecuentes visitas evangélicas á las tribus aún no conquistadas, donde adquirió informes de pueblos civilizados que habitaban en casas y villas en el lejano Norte. Desde entónces todo su anhelo se reducía á atraer áquellos indios al catolicismo. Con este fin dirigió en Noviembre de 1580 atenta solicitud á México para que se le expidíera la licencia necesaria.

Fué entónces virey de la Nueva España, Don Lorenzo Suárez de Mendoza, conde de la Coruña; y Rey de España, Don Felipe II. Concedióle el virey y el padre provincial de los franciscanos, el permiso solicitado, dándose además licencia á los padres, fray Juan de Santa María, andaluz, y fray Francisco López, catalán, para que acompañasen á fray Agustín Rodríguez. Como Felipe II. había prohibido toda entrada al Nuevo México sin su licencia real, el conde de Mendoza tomó sobre sí la responsabilidad, pero con la condición precisa, que la escolta no había de pasar de veinte hombres de armas.

Ya obtenida la licencia invitaron los franciscanos á varios vecinos de Santa Bárbara á tomar parte, y formóse una escolta reducida de ocho españoles, que eran: Pedro Bustamante, Hernan Gallegos, Felipe Escalante, Hernando Barrundo, Pedro Sánchez de Chávez, Juan Sánchez, Herrera y Fuensalida. Se reconoció por ellos como capitán de la expedición á Francisco Sánchez Chamuscado. Cada español llevó un criado indio; y los tres religiosos, siete sirvientes, naturales de las minas de Santa Bárbola y entre los cuáles iba un mestizo. Componíase por lo tanto toda la expedición, cuando más, de veintiocho personas, de los cuales nueve únicamente portaban armas. Valor y fé se necitaba para emprender empresa de tal tamaño con tan corto número de gente.

Salió aquel pequeño grupo de valientes el día 6 de Junio de 1581 de Santa Bárbara. Llegaron á las márgenes del río Conchos y siguieron por muchos días la corriente hasta donde se juntaba con un río caudaloso, al que dieron el nombre de Guadalquivir, y que es el Río Grande. Caminaron entónces

río arriba por veinte días, llegando el 21 de Agosto al primer pueblo de los Piros, en el actual condado de Socorro. Supieron allí de muchos otros, visitaron á varios, y divisaron aún más. Después llegaron á una provincia, donde la gente tenía una habla diferente y otro modo de vestirse, y que era la de Tigua; siendo su pueblo principal Puaray ó Puará, que si no era el Tiguex, donde tenía su cuartel general Coronado, distaba muy poco de allí. Á dicho lugar escogieron los misioneros por centro de sus trabajos evangélicos. Los pueblos se dieron de paz sin dificultad y los religiosas quedaron prendados de la docilidad, benevolencia y acertados costumbres de aquellos indios, que con muy buena voluntad se prestaron á escuchar las pláticas y consejos de los franciscanos.

Chamuscado, después de dejar establecido á los religiosos en Puará, ó sea cerca del moderno Bernalillo, emprendió varios exploraciones en busca de minerales. Visitó en toda probabilidad á Zía, Pecos, los llanos de los cíbolos que principiaron allí, y las salinas cerca de la mesa de los Xumanas al Este del actual Chililí, de donde llevó para México muestras de sal, artículo muy apreciado y escaso en los minerales de la Nueva Viscaya (Zacatecas, Durango y parte de Chihuahua) donde era de mucha estima por su necesidad en el beneficio de la plata. También parece que encontró minerales de mucha riqueza, pues en Mayo de 1582 en el "Testimonio" tomado "en México" ante el virey, "sobre el descubrimiento de doscientas leguas adelante de las minas de Santa Bárbola, gobernación de Diego de Ybarra, cuyo descubrimiento se hizó en virtud de cierta licencia que pidió fray Agustín Rodríguez y otros religiosos franciscanos" dicen los compañeros de Chamuscado, Felipe Escalante y Hernando Barrundo, lo que á la letra sigue: "Así mismo descubrimos en la dicha tierra once descubrimientos de minas con vetas muy poderosas, todas ellas de metales de plata, que de los tres dellos se truxo el metal á esta ciúdad (México) y se dió á Su Excelencia; él lo mandó ensayar al ensayador de la casa de la moneda, el cual los ensayó y les

halló, al un metal dellos á la mitad de plata; al otro halló á veinte marcos por quintal, y al otro cinco marcos."

De vuelta á Puará de sus exploraciones, Chamuscado convencido de la seguridad aparente que aquel país ofrecía para los misioneros, emprendió con su gente á principios de Enero de 1582 el regreso para Santa Bárbara. Más tarde se dirigió á México con varios de sus compañeros, pero murió en el canimo.

Después de la retirada de Chamuscado prosperó por algun tiempo la misión. Los religiosos López y Rodríguez permanecieron en la provincia de los Teguas catequizando los indios, y fray Juan de Santa María se encargó de la conversión de los Tanos, estableciéndose en el actual Galisteo. Fué tanto el entusiasmo que los indios manifestaron hácia el cristianismo, que los misioneros resolvieron, ir uno de ellos á México en busca de más compañeros. Se escogió para esta misión, á causa de sus conocimientos astrónomicos á fray Juan de Santa María. Tomó éste un camino nuevo, pasando por las salinas, y dirigiéndose en línea recta al Río Grande. Al tercer día después de cruzar la Sierra de Sandía, se acostó para descansar á la sombra de un árbol. Rendido por el cansancio se quedó dormido. Algunos indios Teguas de un pueblo cercano, que más tarde se llamó San Pedro y San Pablo, lo descubrieron y no se sabe por que razón, resolvieron asesinarlo. Aplastáronle con una piedra enorme la cabeza, y para que no se descubriese su crímen infame, quemarón los restos de aquel santo varón, segundo mártir del Nuevo México.

Los religiosos Rodríguez y López, que junto con los tres indios : Francisco, Andrés y Geronimo, y el mestizo (quienes desde Santa Bárbara fueron sus compañeros) se habían quedado en Puará, ignoraban la triste suerte de su hermano espiritual. Prospero por algun tiempo su misión, pero se principiaba ya á notar la influencia contraria de los sacerdotes indígenas, que no perdían ocasión para inflamar los espiritus de los indios

en contra de los religiosos estrangeros. Un día llegó á Puará una partida de indios forasteros, poco atentos, que por desavenencias ligeras empezaron á reñir con los vecinos. Fray López les reconvinó su mala conducta; ellos enfurecidos é instigados por algunos descontentos se volvieron sobre el religioso haciéndolo el blanco de sus flechas. Así concluyó su existencia fray Francisco López, siendo el tercer mártir de este territorio.

El religioso, fray Agustín Rodríguez enterró en el pueblo de Puará los restos de su desgraciado compañero, y seguía sin temer las consecuencias fátales, su obra santa. No así los tres indios y el mestizo, que emprendieron la fuga. Referente al fin que tuvo el iniciador de esta entrada, dice fray Zárate de Salmerón, escribiendo en 1626, que fray Rodríguez, sin embargo de la protección que un jefe Tegua le dispensaba, fué poco después asesinado por los indios, para deshacerse éstos de un amonestador inoportuno. Cuenta el referido historiador, que los indios de Puará, entre los cuáles vivían aún muchos de los participantes del crímen de aquella época, cuando hizo su entrada Oñate, confesaron el asesinato cometido por los de su pueblo, enseñando el lugar donde había sido enterrado, que era junto á la tumba que el mismo fray Rodríguez había escavado para su co-religioso López. Al abrirse la fosa se encontraba en el cráneo del primero dos señales de golpes de macana, arma que había causadó su muerte.

De este modo terminó la vida del tercero de los religiosos y del cuarto mártir del país de las siete villas.

FRAY BERNARDINO BELTRÁN.

De los tres indios que habían huido del Nuevo México después de la muerte de fray Francisco López, Andrés fué asesinado en el camino, pero Francisco llegó á San Bartolomé y Gregorio hasta las minas del Real de Zacatecas.

Gran consternación producía entre los españoles y sobre

todo entre los franciscanos de la Nueva Viscaya, la nueva, traida por estos indios, del martirio de los religiosos Santa María y López; y aún con más cuidado tenía á todos la suerte que corría fray Agustín Rodríguez.

Á fines del año de 1582, fray Bernardino Beltrán, que vivía en el convento de franciscanos de la villa de Durango, pidió licencia á su superior de ir en busca de fray Agustín Rodríguez, y de sus compañeros, no creyendo que fueran ya muertos; concediósele la licencia, y no habiendo tiempo de consultar al virey, conde de Coruna, el alcade mayor de Cuatro Ciénegas, Juan de Ontiveros, tomó sobre sí la responsabilidad de expedir la licencia necesaria. Comprometióse á acompañar la expedición en calidad de capitán, un vecino acaudalado de la ciúdad de México, natural de Cordoba, Antonio Espejo, á quien auxilió Ontiveros, dándole mandamiento y comisión para aquel descubrimiento. Salió la expedición el día 10 de Noviembre de 1582 de San Bartolomé, lugar á nueve leguas de Santa Bárbola, y componíanla: el religioso fray Bernardino Beltrán, su iniciador; el capitán Antonio Espejo; catorce soldados españoles que eran: Juan López de Ybarra, Diego Pérez de Luján, Gaspar de Luján, Cristóbal Sánchez, Gregorio Hernandez, Juan Hernandez, Miguél Sánchez Valenciano (con su mujer y dos hijos), Lazaro Sánchez, Miguél Sánchez Nevado, Pedro Hernandez de Almansa, Francisco Barrero, Bernardo de Lima, Juan de Frias, y Alonzo Miranda; iban además algunos sirvientes indios, y llevaba ciento quince animales de silla, entre caballos y mulas, armamento, municiones y bastimentos. Esta expedición avanzó por el mismo camino siguiendo la corriente del río Conchos, llegando á los quince días al punto donde se junta con el Río Grande, y que es en el actual Presidio, estado de Téxas.

El informe rendido por Espejo es mucho más vago que aquel dado per Chamuscado y sus compañeros. Pasó por en medio de las tribus, entónces amistosos, de los Conchos, Pazaguates y Tobosos. Del Presidio por adelante caminó por doce días

entre la nación de los Jumanas ó Patarabueyes, tribu superior á los de más al Sur, que vivía en casas con azoteas, bajas y con buena traza de pueblos. De la provincia de los Xumanas, ó Hermanos como también se escribe (nombre tal vez dado á estos indios por los españoles para diferenciarlos de las tribus casí salvajes de los Tobosos), siguió Espejo el curso de la corriente del Río Grande por arriba. Es tan confuso su relato que es imposible fijar el tiempo que ocupó y mucho ménos los lugares por donde pasó, hasta llegar al grupo de los pueblos más al Sur, ya visitados por Coronado y fray Rodríguez, situados en latidud 34°, y que seguramente se encontraban entre Frá Diavolo y la boca del río Puerco.

Á media legua distante de los límites de la primera provincia, entraron á la ya conocida de los Teguas y no tardaron en llegar á Paola, que es el Puará de fray Rodríguez y el Tiguex de Coronado, cerca del actual Bernalillo. Allí se averiguó definitivamente el asesinato cometido en las personas de los misioneros, fray Agustín Rodríguez y fray Francisco López. Los indios temiendo la venganza de los españoles se habían refugiado en la sierra, y no valía promesa para inducirlos á volver, pero afortunadamente habían dejado en Paola abundandes víveres.

Pero no únicamente se supó de la suerte de los religiosos, sino también se recibieron pruebas corroborativas de la presencia de Coronado en aquel lugar. Escribe Espejo "hallamos informes muy fidedignos que Francisco Vásquez de Coronado había estado en esta provincia, y que aqui le habían matado nueve de sus soldados y cuarenta caballos ; y que por esta razón había destruido un pueblo de esta provincia, y de esto los naturales de estos pueblos nos dieron cuenta." Queda pues clara y positivamente establecido el hecho importante, que el Tiguex de Coronado y el Paola es un mismo pueblo, situado á los márgenes del Río Grande arriba del actual Alburquerque.

Cumplido el objeto principal de la entrada, fray Beltrán,

y Espejo aprovechando la buena oportunidad resolvieron á explorar más el país. El capitán con dos compañeros yendo rumbo Este llegó á la provincia de los Maguas ó Maguías, donde el religioso Santa María había catequizado á los indios ; esta provincia corresponde á los regiones del Galisteo actual. De vuelta á Puará, toda la expedición caminó en un día, cosa de 6 leguas á la provincia de los Querés, con sus cinco pueblos y quince mil habitantes, ya visitada por Coronado, que le llama Quirix. De allá en dos días llegaron á la provincia de los Pumamos (también Pumames y Cunames) con sus cinco pueblos, siendo la cabecera Zía. De allá visitaron á la provincia de Xeméz, que según Espejo, tenía siete pueblos con treinta mil habitantes, lo que es indudablemente una exageración. De Jeméz los españoles se dirigieron á Ácoma y de aquel punto á Zuñi. En este último pueblo encontraron á tres indios de Culiacán, Andrés, Gaspar y Antonio que habían venido en la expedición de Coronado. Fueron ellos quienes dieron los primeros imformes sobre el lago Salado en el actual estado de Utah.

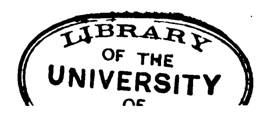
Con nueve soldados, los tres indios Sinaloenses y ciento cincuenta Zuñis, Espejo visitó la provincia de los Moquis, donde supo de minas riquísimas situadas al Poniente. Acompañado de cuatro de sus soldados y algunas guias Moquis, y después de caminar cuarenta y cinco leguas por un país montañoso encontró estas minas, y recogió con sus propias manos ricas muestras de metal de plata. En los márgenes de los arroyos de aquellas sierras había en abundancia uva silvestre, nueces, lino, magueyes y tunas. Los indios de esa sierra le informaron de un gran río más allá de la sierra, el Colorado. Las minas visitadas por Espejo deben estar á cosa de 40 ó 50 millas al norte del actual Prescott, Arizona. De allí Espejo regresó por un camino más corto, sesenta leguas, directamente á Zuñi, donde encontró á fray Beltrán, á quien había dejado en dicho lugar con cinco soldados.

Á poco tiempo se despidió el religioso del capitán, y escol-

tado por seis soldados emprendió el viaje de regreso á la Nueva Viscaya.

Espejo con los restantes ocho soldados marchó en diez días á la provincia de los Queres; de allí en dos días á la de los Ubátes ó Tehuas al Norte de Santa Fé, con veinte mil indios en cinco pueblos; de esta provincia, donde pasó dos días en examinar minas, se dirigió á la de Tamos, con 40,000 habitantes en tres pueblos grandes, siento el principal Cicuiqué, ó sea Pecos, situada á distancia de media legna del río de las Vacas. Fué bien recibido en todas, con excepción de la de los Tamos ó Tanos (Pecos) donde los naturales se rehusaron á abastecerlo de víveres. No creyéndolo Espejo conveniente tomarlos por fuerza é incurrir así la enemistad y el odio de aquellos indios, y habiendósele enférmado además varios de sus soldados, emprendió en Julio de 1583 la retirada. Un indio de Pecos le guió por un camino más corto. Siguieron la corriente del río de las Vacas ó Pecos por ciento veinte leguas, después tres indios Jumanas les guiaron en doce días al río Conchos y de allá Espejo llegó el día 20 Septiembre á San Pedro, donde escribió su informe, fechado á fines de Octubre, habiéndole precedido con mucha anterioridad fray Beltrán, que ya se hallaba en su convento en Durango. Fué Espejo el que usa ya el nombre de Nuevo México; pues en su relación de viaje dice: "Relacion de viage que yo Antonio Espejo, etc., etc., hizo á las provincias y poblaciones dela Nueva México, á quien pusé por nombre la Nueva Andalusía, á contemplación de mi patria," etc., etc.

Así dos frailes humildes y un particular, disponiendo de medios muy moderados, llevaron á cabo dos expediciones de exploración con resultados prácticos mucho mayores, que las afamadas entradas de fray Márcos de Niza y Coronado. Espejo, hombre de negocios y minero, era el primero de formarse una idea exacta de los recursos del país; y fray Beltrán disipó por completo las ideas erronéas referente á las monarquías fabulosas. Sí Espejo en algo exageró el número de los



habitantes y pueblos de la provincia, se debe, á que quería exitar el ánimo del virey y de los demás españoles para una pronta ocupación del país, cuyas ventajas él había sido el primero en descubrir.

1584—1592.

TENTATIVAS VANAS DE ENTRADAS.

En 1584 Antonio Espejo, llamándose ya descubridor del reino de Nuevo México, pidió auxilio al virey, conde de Coruna, para asegurar la pacificación de los pueblos por él descubiertos ; pero según parece no alcanzó nada. La misma suerte tuvieron, antes de Espejo, Cristóbal Martín, acaudalado vecino de la ciúdad de México ; y más tarde, Francisco Díaz de Vargas, alguacil mayor y régidor de la ciúdad de Puebla. Este último, fundándose en que era hijo de conquistador, solicitó apoyo para ir á la conquista de la Nueva México. El virey pidió informe al çapitán Rodrigo de río de Loza de la Nueva Galicia (Sinaloa y Jalisco) "sobre lo que seria necesario disponer para la jornada del descubrimiento del Nuevo México y provincia de San Felipe ;" extendió Rodrigo de río su parecer. Pero nada indudablemente se hizo, porque en 1589, estando de Virey Don Alvaro Manrique de Zuñiga, marqués de Villa Manrique, y en 1592 gobernando Don Luís de Velasco, el segundo, pretendía la conquista y población de Nuevo México, Juan Bautista Lomas, "vecino y minero de las minas de Nuestra Señora de las Nieves." Á pesar de tantas expediciones pretendidas, las conquistas de los españoles en aquellas fronteras se conservaban como las dejó el conquistador de la

Nueva Vizcaya, Don Diego de Ybarra y no había aún población española en ninguna de las márgenes del Conchos, pues dice la capitulación que presentó Lomas y aprobaron Villa Manrique y Velasco : " Ytem : que por cuanto lo poblado y conquistado de la provincia de Nueva Vizcaya por la derrota de Nuevo México se acaba en Santa Bárbola e minas de todos Santos, se a de entender desde el río Ebro, que llaman de las Conchas ; en el auto que esta, pasada la población de Santa Bárbola, se entienda ser de mi jurisdicción y conquista y pacificación ; y todo lo que de allí adelante yo poblare y conquistare, descubriere y pacificare, y poblare esté á mi cargo, e yo lo haya de poblar, e conquistar e pacificar e descubrir, e poblar desde el dicho río Ebro, en adelante, aya de ir tomando la posesión de la tierra para Su Magestad y en su real nombre, y poblando en ella, en las partes y lugares que me pareciere, conviene, ciúdades, villas y lugares y asientos de minas, y poner en ellas justicias de mi mano y otros oficiales de la república." Estas propuestas de capitulación presentadas por Juan Bautista de Lomas, se entendían para la "jornada y conquista del Nuevo México," que se tenía por tal desde el río Conchos, que recibió el nombre de Ebro. Fueron aceptados por el marqués de Villa Manrique en 11 de Marzo de 1589, y por Don Luís de Velasco en 22 de Febrero de 1592, Ambos vireyes no quisieron por sí despachar las autorizaciones y consultaron al Rey, pero la respuesta nunca llegó á la Nueva España.

Por otro rumbo, el 27 de Julio de 1590, salió una tropa en jornada para descubrir el Nuevo México; mandábala Gaspar Castaño de Sosa, teniente gobernador del nuevo reino de León, del que era descubridor, poblador y pacificador Luís de Carvajal, nombrado gobernador por Felipe II. Castaño de Sosa emprendió el descubrimiento de Nuevo México, en virtud de autorizaciones que dijó haberle dado el Rey, y salió de la villa del Almadén, una de las que había fundado Luís de Carvajal en el Nuevo León, y en esta jornada tomó al Norte, hasta

llegar al río Bravo, al que llama ya con este nombre, y no pudiendo vadearlo, siguió por la márgen derecha, río arriba, según parece del contexto de su relación. Apartóse después de él y se internó seguramente por el Bolsón de Mapimí, hasta el estado de Chihuahua y el Nuevo México, encontrando muchas y grandes poblaciones, de las que tomó posesión en nombre del Rey de España. Poca resistencia hicieron las tribus que halló á su paso y la mayor parte de ellas se dieron de paz. Sosa anduvo explorando el país hasta el 14 de Marzo de 1591, día en que encontró, ya de regreso para Nuevo León, al capitán Juan Morlete, que de órden del virey, Don Luís de Velasco, el segundo, le aprehendió y le hizo poner grillos. Sosa no supo la causa de esa prisión, ni se encuentra tampoco noticia en el expediente que dé luz en este punto, siendo de presumirse, que ó fué por haber emprendido aquella expedición sin permiso del virey, ó por habérsele juzgado reo en el proceso que la Inquisición seguía contra su superior y amigo, el gobernador de la Nuevo León, Luís de Carvajal y su familia por judaizantes.

No enumera con tanto cuidado Castaño de Sosa, como lo hace Espejo, las tribus que encontró en su expedición. Sin embargo menciona los Cacuares, los Tespescuanes y los Queres. En cuanto á nombres de lugares, montañas, ríos y lagos, nada hay en su larga relación que pueda dar la menor idea exacta del rumbo que siguió la expedición, pues todas las indicaciones son muy vagas, y no se encuentran en ella ni los nombres que daban á los puntos los naturales de la tierra, ni los que les aplicaron los españoles. Es probable que siguió el curso del Pecos, á quien llama Salado, por arriba hácia al Norte. Se refiere á varios pueblos con casas de cuatro y cinco pisos y muchos habitantes, pero es imposible identificarlos con alguna certeza. Hay indicios ligeros que en su viaje de vuelta pasó por la provincia de Tiguex, pero todas son conjeturas, de positivo nada se puede afirmar, y hasta hay historiadores que ponen en duda que Sosa haya entrado en el

actual territorio de Nuevo México, y que lo que descubrió fué la parte Norte de Coahuila y la parte Noreste de Chihuahua.

Más tarde, según fray Salmerón, tuvo lugar una tentiva de apoderarse de Quivira. Es difícil conocer á fondo la verdad de aquel hecho. Parece que el gobernador de la Nueva Vizcaya comisionó á Francisco Leiva Bonilla, portugués, y á Juan de Humaña, allá por los años de 1594–1596, á castigar algunas tribus de indios bárbaros. Bonilla alucinado por los cuentos de oro en Quivira, extendía sus operaciones hasta aquella provincia. Allá en una riña Humaña mató á Bonilla y asumió el mando. De vuelta de aquella fabulosa Quivira ó Tindan, cargados de oro, fueron acechados por numerosos indios en un lugar, que desde entónces se llama la Matanza, y con excepción de dos, todos fueron muertos. Las dos personas que se escaparon eran : un español, Alonzo Sánchez, y una muchacha mulata. Sánchez después llegó á figurar como un gran caudillo de los indios. Como esta expedición, si acaso se llevó á efecto, fué de contrabando, es decir sin licencia de autoridad, los datos sobre ella son sumamente escasos. Sólo se sabe de positivo, que en 1598 se presentó á Oñate un indio, José, que decía haberse desertado de Bonilla, y que dió informes sobre esa expedición.

Fuera de esta aventura lo que sea, el hecho es, que hasta por el año de 1595, bajo el gobierno del Virey Velasco, se fundó la expedición mandada por Oñate, que fué la que realmente conquistó y pacificó el Nuevo México, por que todas esas anteriores nada estable habían dejado, y el monarca español constantamente encargaba se hicieran descubrimientos por ese rumbo.

Nuestro siglo en que el materialismo seca el corazón y alma, no puede entender aquella época llena de animo y fé, en la cual el noble abandonaba su castillo solariego para ir en busca de gloria, el filósofo tomaba humilde hábito de fraile descalso, y la bella doncella cubría sus encantos angélicos con negro velo. Todo para satisfacer esa intensidad sublime, inata en toda almas nobles.

1595—1598.

LA CONQUISTA.

JUAN DE OÑATE.

Á PESAR de las exploraciones de Sánchez Chamuscado, de Antonio de Espejo, y de Gaspar Castaño de Sosa, las conquistas de los españoles no pasaron, como ya se ha dicho en el capítulo anterior de las minas de Santa Bárbara.

Nada por fin se había realizado hasta que en 21 de Septiembre de 1595, Don Juan de Oñate, hijo del famoso Cristóbal de Oñate, fundador del Real de Zacatecas, y hombre que gozaba de buena fama y de crecido caudal, casado con Doña Isabel, hija de Juan de Tolosa, nieta de Hernan Cortés y bisnieta de Moctezuma, se presentó al virey, Don Luís de Velasco, solicitando capitulaciones para descubrir, conquistar y poblar el reino de Nuevo México, ofreciendo llevar á esta empresa más de doscientos hombres "aderezados de todo lo necesario y bastimentos, hasta haber llegado á las poblaciones, todo á su costa y de los dichos soldados, sin que Su Magestad diese sueldo á ninguno, más del que Don Juan de Oñate quisiere darles de en voluntad de su hacienda; y asi mismo llevaría, bastimentos, armas, pertrechos y municiones, caballos, mulas, carretas, carros y otras cosas." Aceptó el virey estas condiciones en 15 de Octubre de 1595, y firmáronse las capitulaciones para aquel descubrimiento el 21 del mismo mes y año en México, apareciendo como apoderados representantes y fiadores de Don Juan de Oñate, el tesorero Luís Pérez Nuñez y Don Cristóbal de Oñate. Pero en los momentos en que se determinaba este arreglo, llegó á Nueva España, Don Gaspar de Zuñiga y Acevedo, conde de Monterey, nombrado

en sustitución de Don Luís de Velasco, segundo, que fué promovido al vireinato del Perú. Sabiendo el conde de Monterey el negocio de que en México se trataba respecto á la conquista del Nuevo México, escribió desde Vera Cruz, donde se había desembarcado, á Velasco, suplicándole detuviese el despacho de aquel asunto hasta que él lo viese. Así se hizo é impuesto el nuevo virey de las cualidades de Oñate y de las condiciones del asiento, corrieron sin dificultad las capitulaciones.

La conquista y pacificación de Nuevo México, á pesar de que estaban las capitulaciones perfectamente dispuestas y aprobadas, preparados todos los elementos, cumplidos por Oñate los compromisos que contrajo y satisfecho de todo ello el nuevo virey, no pudo emprenderse desde el año de 1595, como estaba acordado, porque una circunstancia inesperada vino á presentarle obstáculo, muy difícil de superar, y que no dependía ni de la voluntad del virey, ni de la de Oñate, ni de la de sus compañeros y soldados.

Concertada ya la marcha de la expedición de Oñate, había salido la gente de éste de algunas de las poblaciones de Nueva Vizcaya, reuniéndose en las minas de Caxco en el mes de Junio de 1596. En estos días el virey dió comisión á Don Lope de Ulloa y Lemos para que pasase visita á la gente, caballos, armas, municiones y pertrechos que Oñate había reunido y tenía dispuestos para aquella entrada, y para que sacase la gente fuera de poblado para que no hiciese daño. Ulloa nombró en representación suya, para este último encargo, á Francisco de Esquibel, y él comenzó á practicar la visita en 29 de Julio de 1596.

Don Lope de Ulloa encontró conformes á la capitulación todos los preparativos, y sólo dió auto para que llevase quinientos escudos de medicinas, en lo que convino Oñate sin dificultad. Parece que el visitador regresó á Zacatecas y emprendió su marcha la expedición. Pero el 12 de Agosto comisionó al mismo Ulloa para que alcanzase á Oñate y le

notificase que se suspendía la expedición en virtud de una cédula real que así lo disponía, fecha el 8 de Mayo de 1596.

Detúvose Oñate, y á pesar de que representó los grandes perjuicios que se le seguían, porque la gente podía desertar, huirse la caballada y los bueyes, y perderse los bastimentos y otras muchas cosas que llevaba, no consiguió permiso para continuar su marcha hasta diez y seis meses después, tiempo en que tanto había perdido que tuvo necesidad de pedir refuerzos al virey, obligandósele á reponer lo que faltaba para cubrir su compromiso. Salió por fin el día 26 de Enero de 1598 con doscientos y un hombres, pasó buscando y llevando siempre camino de carretas, por San Juan del Río, Nazas, Caxco, la Zarca, Cerro Gordo, la Parida, Río Florido, Pilar de Conchos, San Pedro, Nombre de Dios (cerca del actual Chihuahua), San Buenaventura, el lago de Patos, los Médanos, llegando al fin al día 20 de Abril al Río Bravo del Norte. Desde allí comenzó á extender sus conquistas, á llamar de paz á los indios, á procurar reducirlos al cristianismo y á enviar exploradores por aquellas tierras del Nuevo México. Seis meses tardó aquella expedición en atravesar desde las minas del Caxco hasta Paso del Norte, haciendo altos que duraron algunos quince días y aún un mes.

El día 30 de Abril de 1598 (según consta de la autoridad mejor, los documentos inéditos de la India, tomo XVI.), tomó Oñate, sentados ya sus reales del otro lado del Río Bravo ó Grande, posesión formal y con solemne aparato del Nuevo México.

Celebróse gran misa por fray Alonzo Martinez "un religioso de virtud especial y con dones nobles" como se expresa el poeta de la expedición, el capitán Villagrá. Ayudáronle los P. P. franciscanos: Francisco de San Miguél, Francisco de Zamora, Juan de Rosas, Alonzo de Lugo, Andrés Corchado, Juan Claros, Cristóbal de Salazar (primo de Oñate), y dos legos, Pedro Vergara y Juan de San Buenaventura. Eran éstos los diez religiosos á quienes, con fray Alonzo de Martinez por

Comisario Apostólico, habían sidos encargadas las misiones del Nuevo México, y que se habían incorporado á la expedición el tres de Marzo, en San Pedro.

Después de misa á que asistieron todos los españoles y muchos indios, hubo sermón pronunciado por el Padre Comisario y se procedió con gran ceremonia y algazara á la toma de posesión.

Un acta que de ella se extendió dice en su parte más importante y curiosa: " . . . y por tanto, fundado en el sólido fundamento sobre dicho, se tome la sobredicha posesión; y así lo haciendo, en presencia del Reverendísimo Padre Fray Alonzo Martinez, Comisario Apostólico con *plenitudine potestatis* desta jornada del Nuevo México y sus provincias y de los reverendos padres de la órden del Señor Sant Francisco sus compañeros predicadores del Santo Evangelio que son, Fray Francisco de Sant Miguél, Fray Francisco de Zamora, Fray Juan de Rosas, Fray Alonzo de Lugo, Fray Andrés Corchado, Fray Joan Claros y Fray Cristóbal de Salazar; y de los amados Padres y hermanos Fray Joan de San Buenaventura y Fray Pedro de Vergara, frayles legos religiosos que van en esta jornada y conversión; y del maese de campo General Don Joan Zaldívar Oñate, y de los oficiales mayores, y de la mayor parte de los demás capitánes y oficiales del campo y gente de paz y guerra del digo: que en voz y nombre del cristianisímo Rey Don Phelipe nuestro Señor, único defensor y amparo de la Santa Madre Yglesia y su verdadero hijo, y para la corona de Castilla y Reyes que de gloriosa estirpe reynaran en ellas, y por la dicha y para la dicha de mi Gobernación, tomo y aprehendo, una y dos y tres vezes, una y dos y tres vezes, una y dos y tres vezes, y todas las que de derecho puedo y debo, la Tenencia y posesión real y actual, civil é natural en este dicho Río del Norte, sin exceptuar cosa alguna y sin alguna limitación, con los montes, riberas, vegas, cañadas, y sus pastos y abrevaderos; y esta dicha posesión tomo y aprehendo, en voz y en nombre de

las demas tierras, pueblos, Cibdades, Villas, Castillos y casas fuertes y llanas, que agora estan fundadas en los dichos Reynos y provincias de la Nuevo México, y las ellas circunvecinas y comarcanas, y adelante, por tiempo se fundaren en ellos, con sus montes, ríos y viveros, aguas, pastos, vegas, cañadas, abrevaderas, y minerales de oro, plata cobre, azogues, estaño, hierro, piedras preciosas, sal, morales, alumbres, y todas los veneros de cualesquier suerte, calidad ó condición que sean ó ser puedan, con todos los Yndios naturales que en ellas y en cada una dellas se incluyeren, y con jurisdicción civil y criminal, alta y baja, horca y cuchillo, mero mixto imperio, desde la oja del arbol y monte, hasta la piedra y arenas del río, y desde la piedra y arenas del río, hasta la oja del monte; e yo el dicho Yoan Pérez de Donis, escribano de Su Magestad y secretario susodicho, certifico y doy fee; que el dicho Señor Gobernador, Capitán General y Adelantado de los dichos Reynos y provincias, en señal de verdadera y pacífica posesión, y continuando los antos della, puso y clavo con sus propias manos, en un arbol fijo que para dicho efecto se aderezó, la Santa Cruz de Nuestro Redemptor Jesucristo y bolviendose á ella de rodillas por el suelo, dijo: Cruz ✠ santa, que soys, divina puerta del cielo, altar del unico y esencial sacrificio del cuerpo y sangre del hijo de Dios, camino de los Santos y posesión de su gloria, abrid la puerta del cielo á estos ynfieles, fundad la iglesia y altares en que se ofrescan el cuerpo y sangre del hijo de Dios, abridnos camino de seguridad y paz para la conservación dellos y conservación nuestra, y dad á nuestro Rey y ansí en su Real nombre, pacifica posesión destos Reynos y provincias para su Santisima gloria, amen, y luego yncontinenti, pendió y fixó así mismo con sus propias manos el estandarte Real con las armas del Cristianisímo Rey Don Phelipe, Nuestro Señor, que estaban bordadas de la una parte las Ymperiales, y de la otra las Reales; y al mismo tiempo y cuando se hizo lo susodicho, se tocó el clarin y disparó la arcabuceria con grandísima demostración de alegria, á lo que

notoriamente pareció, y su Señoria, el dicho Señor Gobernador, Capitán General y Adelantado para perpetua memoria, mandó se autorize y selle y con el sello mayor de su oficio, y signado y firmado de mi nombre y signo, se guarde con los papeles de la jornada y gobernación, y se saquen de este original, uno dos ó mas testimonios con la dicha autoridad, asentandose en el libro de la Gobernación ante todas cosas."

Acabado las ceremonias de posesión y firmada la acta que antecede, concluyó aquel día memorable con una comedia, escrita expresamente para la ocasion, por el capitán Farfán.

Siendo de sumo interes para todo neo-méxicano conocer los nombres de los primeros pobladores de su país, se inserta la lista tal como lo anota el escrupuloso historiador Bancroft:

Capitán Pablo de Aguilar.
Aranjo.
Ascencio de Archuleta.
Ayarde.
Alfonso Dionisio de Banuelos.
Bartol.
Juan Benitez.
Bibero.
Capitán Juan Gutierrez de Bocanegra.
Juan Pérez de Bustillo.
César Ortiz Cadimo.
Juan Camacho.
Estéban Carabajal.
Carrera.
Alférez Bernabé de las Casas.
Juan de Caso.
Castillo.
Juan Catalán.
Cavanillas.
Capitán Gregorio César.
Cordero.
Alférez Juan Cortéz.
Márcos Cortéz.
Pedro Sánchez Damiero.
Juan Díaz.
Escribano Juan Pérez de Donis.
Capitán Felipe Escalante.
Juan Escarramal.
Capitán Marcelo de Espinosa.
Capitán Márcos Farfán de los Godos.
Juan Fernández.
Manuel Francisco.
Álvaro García.
Francisco García.
Márcos García.
Simón García.
Luís Gascón.
Bartolomé Gonzales.
Juan Gonzales.
Juan Griego.
Guevara.
Francisco Guillén.
Antonio Gutierrez.
Alférez Gerónimo de Heredia.
Antonio Hernández.
Francisco Hernández.
Gonzalo Hernández.
Pedro Hernández.

Antonio Conde de Herrera.
Cristóbal de Herrera.
Juan de Herrera.
Alonso Nuñez de Hinojosa.
León de Ysasti.
Jimenez.
Capitán Diego Landin.
Francisco de Ledesma.
Alférez Juan de León.
Domingo de Lizana.
Cristóbal López.
Juan López.
Alonso Lucas.
Lucio.
Mallea.
Francisco Márquez.
Capitán Gerónimo Márquez.
Hernan Martín.
Juan Martinez.
Juan Medel.
Medina.
Monroy.
Alonso Gómez Montesinos.
Baltasar de Monsón.
Morales.
Juan Morán
Munuera.
Naranjo.
Capitán Diego Nuñez.
Juan de Olague.
Teniente General Cristóbal de Oñate.
Capitán General Don Juan de Oñate.
Juan de Ortega.
Ortiz.
Segundo Paladín.
Simón de Paz.
Juan de Pedraza.
Alférez Pereyra.
Simón Pérez.
Capitán Juan Piñero.
Alférez Francisco de Posa y Peñalosa.
Capitán Alonso de Quesada.
Francisco Guillén de Quesada.
Martín Ramirez.
Juan Rangel.
Rascón.
Pedro de los Reyes.
Alonso del Río.
Pedro de Rivera.
Diego Robledo.
Francisco Robledo.
Pedro Robledo.
Pedro Rodríguez.
Bartolomé Romeros.
Capitán Moreno de la Rua.
Capitán Ruiz.
Juan Ruiz.
Lorenzo Salado.
Juan de Salas.
Alonso Sánchez.
Cristóbal Sánchez.
Francisco Sánchez.
Antonio Sariñana.
Juan de Segura.
Serrano.
Sosa.
Capitán Tabora.
Capitán Francisco Vaca.
Varela.
Francisco Vásquez.
Jorge de la Vega.
Escribano Juan Velarde.
Francisco Vido.
Juan de Victoria Vido.
Capitán Caspar de Villagrá.
Villalba.
Villaviciosa.
Capitán Juan de Zaldívar.
Capitán Vicente de Zaldívar.
Alférez León Zapata.
Provencio Zubía.
Zumaia.

El día 4 de Mayo de 1598 cruzó toda la fuerza el Río Grande, por un vado que existe frente á la actual Ciúdad Juárez (Paso del Norte) y siguió despaciosamente por la márgen izquierda del Bravo, río arriba, hasta el día 20 del mismo mes.

El 22 de Mayo, Oñate acompañado de los dos Zaldívares, de Villagrá y de los religiosos Salazar y Martinez, y escoltada por cincuenta hombres de guerra salió de avanzada.

Después de caminar de veintidos á veintiseis leguas, hicieron en medio de una tempestad, acompañada de rayos y truenos, su entrada en la provincia de los Piros. En uno de los pueblos, Teipana, fueron muy bien recibidos regalándoles el cacique gran cantidad de maíz, dándole Oñate por auxilio tan oportuno el nombre de Socorro á aquel pueblo.

Á las siete leguas de allá había un pueblo pequeño, no lejos de donde se junta con el Bravo, el río Puerco, al que llamaron la Nueva Sevilla y descansó allí la tropa una semana. El día 22 de Junio tomaron de nuevo el camino para un pueblo abandonado, San Juan Bautista y el 25 del mismo mes, después de una jornada de diez y seis leguas llegaron al pueblo de Puarai, al que dieron el nombre de San Antonio. Allí se les fueron presentados, dos indios méxicanos, Tomás y Cristóbal, dejados por Castañón, y que en adelante les prestaron grandes servicios como interprétes.

Los franciscanos fueron alojados en Puarai en una casa, cuyas paredes recientemente blanqueadas con un esmero especial despertaron su curiosidad. Removieron la delgada capa de yeso, y grande fué su sorpresa á descubrir un cuadro no mal ejecutado, representando en todos sus pormenores el martirio de los religiosos fray Santa María, fray López y fray Agustín Rodríguez.

Hácia fines de Junio la avanzada marchó sobre Zía, que llamaron San Pedro y San Pablo, de allí se dirigió á San Felipe, y de este punto á Guipui ó sea Santo Domingo, escogiéndose interinamente este último lugar por centro de las operaciones evangélicas y militares.

En Santo Domingo tuvo lugar el 7 de Julio 1598, la primera Junta de cosa de siete caciques indios, representando 34 pueblos, que reconoció el dominio del Rey de España sobre aquellos tierras.

De este lugar la vanguardia se cambio á San Ildefonso y de allí en dos días á Caypa á San Juan de los Caballeros, situado á corta distancia del punto donde desemboca el río Chama en el Bravo.

Oñate salió el día 13 del mismo mes para Picuríes ó San Buenaventura, distante seis leguas, y de allá hizo igual jornada á Taos ó San Miguél, también llamado Tayberón.

De vuelta á San Juan de los Caballeros visitó á San Ildefonso el día veinte de Julio, el día siguiente á San Márcos que distaba 5 leguas, y el tercer día á San Cristóbal; formando estos dos últimos muy probablemente parte del grupo de los pueblos de Nambé y Tesuque, existentes entónces al Norte de Santa Fé.

Del 24 al 26 de Julio, tomando el camino de Galisteo ó Santa Ana, pasó por Pecos ó Santiago, regresando á San Cristóbal y San Márcos el mismo dia 26. En 27 de Julio llegó de vuelta á Santo Domingo, encontrando allí la mayor parte del grueso de la expedición que había llegadó aquel día á los órdenes del capitán Juan de Zaldívar, á quien había despachado con este objeto desde dicha población, el día 4 del mismo mes, llegando el resto de los colonos el 18 de Agosto.

El tiempo desde el 2 hasta el 7 de Agosto ocupó Oñate en explorar la provincia de Xeméz, tomando el camino de Zía. Visitó allí el pueblo principal, Jeméz, y algunos otros de los once, descubriendo además los ojos de aguas calientes sulfurosos. De regresó en Santo Domingo, pasó á San Ildefonso el día 9 y llegó en Agosto 10 á San Juan de los Caballeros.

El día siguiente ó sea el 11 de Agosto de 1598 se empezó á fundar cerca del referido San Juan de los Caballeros, la primera población española en el Nuevo México, á la que se dió el nombre, de la "Ciúdad de Nuestro Padre San Francisco"

pero á la que los españoles nombraron la villa de San Gabriel y algunas veces, San Juan Bautista. El primer trabajo que se hizo fué principiar la saca del agua, habiéndose presentado voluntariamente 1500 indios para tomar parte en esta obra. En 23 del mismo mes se dió principio á la construcción de una iglesia, quedando concluido el primer templo católico del Nuevo México en Septiembre 7 de 1598.

Con grandes ceremonias eclesiásticas y civiles fué dedicada el día signiente, 8 de Septiembre, esta iglesia á San Juan Bautista, bendiciéndola el Comisario Apostólico, fray Alonzo Martinez, que también consagró los altares y cálices. Fray Cristóbal de Salazar predicó el sermón y el día concluyó en medio de un recocijo general y con un combate fingido entre Moros, montados á caballo, armados con lanzas y escudos, y cristianos á pié con armas de fuego. Duraron las fiestas por una semana entera, hubo torneos, danzas y juegos de toda clase. Millares de indios vinieron de los cuatro vientos para presenciar aquellos expectáculos extraños y aquella novedad nunca jamas vista. Escogieron entónces también los indios para su patrón á San Pablo.

Varios historiadores han incurrido en el error de creer que fué Santa Fé, la que se edificó en aquella fecha, pero no es así como claramente lo prueba el texto del historiador Vetancourt en su "Crónica" pag. 101 que dice: "De San Juan de los Caballeros están á la vista (años de 1680–1691) los edificios de la villa de San Gabriel, primera fundación que se pasó á Santa Fé á la otra parte del río."

Llamó Oñate de paz á los capitanes ó caciques del Nuevo México, y en la villa de San Gabriel el 9 de Septiembre, ó sea durante las fiestas mencionadas, se verificó una "universal junta de toda la tierra" á la que ocurrieron muchos cabecillas de los naturales y después de exigirles el gobernador juramento de obediencia y vasallaje al Rey de España, él que prestaron, dividió á esos pueblos para su conversión entre los religiosos que iban en la expedición. Los caciques volvieron á jurar y

prometer, bajo graves penas, que cuidarían y respetarían á los religiosos y éstos salieron del campamento á predicar cada uno en las tribus que le habían tocado, y fueron así:

Á *Fray Francisco de San Miguél* los pecos y los que tenían ganados de cíbolos hasta la sierra madre.

Á *Fray Francisco de Zamora* los Cicurio y Apachés, también la provincia de Taos y la parte arriba del valle del Río Grande.

Á *Fray Juan de Rosas* los cheros ó queros y los pueblos Castixes, estando en su distrito los pueblos de Santa Ana, Santo Domingo, San Felipe, Cochití, Ciénega de Caravajal, San Cristóbal y Pueblo Quemado.

Á *Fray Alonso de Lugo* los Jemés, Apades y Cocoyes, teniendo entre otros muchos los pueblos de Jeméz, Zía, y Aguas Calientes.

Á *Fray Andrés Corchado* los Trías, Ácomas, Tumí y Mohón con sus muchos pueblos.

Á *Fray Juan Claros* las Tiguas ó Chiguas y á *fray Cristóbal de Salazar* los tepúas. Tenía este religioso, ayudado por el lego Juan de San Buenaventura, á su cargo la recien construida iglesa de San Francisco, que durante su administración fué enriquecida con una reliquia, que llenó de consolación piadosa á los misioneros. Era la patena de fray López, que había sufrido la muerte en Puaray; recogióse este adorno sacerdotal de un cacique de Jeméz, á quien los españoles vieron usandolo de aderezo.

Durante todo aquel verano seguían los caciques de muchos pueblos prestando sus juramentos de obediencia, todo el país disfrutaba de una tranquilidad aparente, y los soldados y misioneros caminaron sin recelo por todos partes. Zaldívar y Oñate hicieron varias exploraciones sin encontrar la menor resistencia, llegando este último hasta el actual Arizona, donde fué recibido con gran regocijo, celebrándose fiestas y cacerias en su honor. Las capitánes Farfán y Quesada visitaron las minas ya exploradas por Espejo, y que se encontraron en un

país fértil, con aguas abundantes, y á treinta leguas al Poniente de Zuñi.

Los religiosos siguieron con zelo su obra de conversión. Cada pueblo recibió el nombre de algun santo ó santo misterio dedicándose á éste la iglesia ó el convento de aquél. Así Puaray fué puesto bajo el patriocinio de San Antonio de Padua; el nuevo convento de Sante Domingo se dedicó á Nuestra Señora de la Ascensión; Picuríes á San Buenaventura y Galisteo á Santa Ana.

Pero este sueño de paz y tranquilidad no era de larga duración. El cacique de Ácoma, Zutucapán, desde el principio sino enemigo á lo menos muy indiferente hácia los españoles, fué uno de los últimos que prestó el juramento de obediencia, siendo la fecha el 27 de Octubre. Temiendo la influencia que los españoles adquirían y queriendo libertar el país, incitó su gente á la revolución.

El día 4 de Diciembre pasó el capitán Don Juan de Zaldívar por Ácoma, con el objeto de unirse en Arizona con Oñate, quien intentaba explorar todo la tierra hasta el océano Pacífico. Acampó la fuerza al pié del peñol, á donde iban á recibirlo los indios, ofreciéndoles víveres, y pastura para sus animales. Los españoles confiados y sin temor alguno treparon en pequeños grupos el peñol para recoger en los diferentes partes del pueblo los bastimentos prometidos. Á una señal concertada, los indios se lanzaron sobre los soldados dispersos. Una lucha encarnizada, horrible, cuerpo á cuerpo se emprendió. Duró tres horas, los españoles hicieron milagros de valor; pero todo fué en vano, los números de los indios aplastaban á aquellos valientes. Juan de Zaldívar recibió de Zucatapán un macanazo que lo privó de la vida; los capitánes Diego Nuñez y Felipe de Escalante; el Alférez Pereira; los soldados Aranjo, Juan Camacho, Martín Ramirez, Juan de Segura, Pedro Robledo, Martín de Riveros, Sebastián Rodríguez; dos sirvientes, un mulato, y un indio, perecieron en las callejones estrechos de aquel pueblo. Cinco de los espa-

ñoles saltaron de la peña al llano, salvándose cuatro, y matándose sólo uno; otros tres también se escaparon con vida, reuniéndose todos con la corta fuerza que custodiaba la caballada y el equipaje.

Inmediatemente se mandó avisar por correo especial á Oñate, y el pequeño grupo emprendió la retirada á San Gabriel, donde la triste nueva causó gran consternación. Celebráronse solemnes honras fúnebres para los muertos y esperábase con ansía la llegada de Oñate que al fin se presentó en la ciúdad el día 21 de Diciembre.

En un consejo de guerra que tuvo lugar poco después se decidió á atacar, tomar y asolar el pueblo de Ácoma. Confióse la empresa al capitán Vicente de Zaldívar, que acompañado de los capitánes Zubía, Romero, Aguilar, Farfán, Villagrá y Márquez, del Alférez Juan Cortéz, y del, para este caso nombrado secretario, Juan Velarde, y de setenta hombres escogidos, se presentó el 21 de Enero de 1599 ante Ácoma, pidiéndo la rendición de la plaza. El 22 de la mañana empezó el asalto y combate, que duró sin cesar durante dos días y una noche hasta la tarde del día 23 en que el pueblo se rindió, ocupándolo los españoles el 24 de Enero. De tres mil indios que al principiarse el asalto vivían en Ácoma, sólo 600 quedaron con vida, pero tuvieron que abandonar el peñol y colonizar el llano. Los casas fueron destruidas y los fortificaciones arrasadas.

La descripción dada por Oñate no es aplicable al lugar actual de Ácoma, y puede ser que el pueblo de entónces se encontraba en el Moro ó en algun otro peñol al norte del pueblo actual.

Al principio de la primavera (Marzo 2 de 1599) las capitánes Villagrá, Farfán y Pinero fueron enviados por Oñate á México; llevaban el informe sobre lo conquistado consigo, debían dar cuenta de todo lo acontecido, y traer más refuerzos.

Al mismo tiempo, escoltado por el Alférez Casas, salieron para el Sur, también en busca de auxiliares, los religiosos:

fray Martinez, fray Salazar y fray Vergara. Fray Salazar murió en el camino, y aúnque el comisario llegó hasta México, su salud estaba tan debilitada por los sufrimientos y fatigas del viaje, que cayó gravemente enfermo. Viéndose la imposibilidad que volviera á Nuevo México, fué nombrado para sustituirlo como Comisario Apostólico, fray Juan de Escalona; acompañáronle seis ú ocho religiosos nuevos, escoltando la comitiva, el Alférez Casas con setentiun hombres de armas, enviados por cuenta del virey, conde de la Coruna, á Oñate, y llegaron todos á principios de 1600 á la villa de San Gabriel.

Los años de 1599 y 1600 pasaron en exploraciones á las tierras vecinas y en la busca de minas. El castigo impuesto á Ácoma había atemorizado á los indios; y, naturales y españoles vivian en paz y tranquilidad. No obstante se hicieron ya notar las desavenencias, que con los años aumentaron, entre los soldados, ávidos de riquezas y aventuras, y los colonos cuyo ambición se cifraba en poseer en paz y poder cultivar en tranquilidad sus tierras y siembras. Los religiosos, intentos en la conversión y el bienestar de los indígenas, tomaron la parte de los segundos en contra de los oficiales, cuyo único anhelo se reducía á querer usar los indios pueblos como medio de abastecerse de víveres y ropas para sus expediciones militares.

En Junio de 1601, después de largos y cuantiosos preparativos, salió Don Juan de Oñate, los religiosos, fray Velasco y fray Vergara, con ochenta hombres de guerra en el derrotero para Quivira. El camino seguido, parece haber sido el mismo de Oñate, pues según los historiadores de aquella época, la distancia recorrida hasta Quivira era de dos á trescientas leguas, rumbo noreste. En los llanos de la Mantanza tuvo lugar una batalla entre los españoles é indios Escanjaques, pereciendo más de mil de estos últimos. No existen datos positivos si Oñate llegó hasta Quivira, pero en toda probabilidad no pasó más allá del grado 40 de latitud. Encontraron algunas poblaciones nómades considerables, pero nada de oro ni de plata. Sin embargo llegaron á sus oídos

rumores de un país muy rico más al Este, pero creiéndolo imprudente avanzar con tan corta fuerza, Oñate regresó, estando de vuelta en San Gabriel muy probablemente en Junio del mismo año de 1601.

Gran fué la consternación y el enojo de Oñate al encontrar á San Gabriel abandonado y casi desierto. De los colonos pocos quedaban, de los religiosos únicamente el padre Comisario. De situación tan deplorable el gobernador mismo tenía la culpa. Antes de emprender la expedición á Quivira había dado órden de sacquear los pueblos, y recoger de los graneros de reserva todo el maíz, teniendo los naturales la costumbre de guardar de cada cosecha una parte para prevenirse del hambre durante uno ó dos años secos. Apropióse al mismo tiempo todas las "mantas" y otra ropa para el uso de su tropa. No contento con haber recogido de los naturales, los ahorros de maíz de seis años, prohibió la siembra en comunidad. Por mayor desgracia hubo gran escasez de lluvias en aquel año, y muchos de los indios y españoles se vieron obligados á subsistir de frutas y semillas del campo. Viéndose cara á cara con el hambre más espantoso, los colonos, apoyados por los religiosos, resolvieron abandonar el país, retirarse á la Nueva Vizcaya y esperar allá las ordenes del virey.

Furioso Oñate en contra de los que él llamaba desertores, encausó á los ausentes, y un consejo de guerra, compuesto de partidarios suyos, condenó á varios á muerte. Vicente de Zaldívar recibió comisión de ejecutar las sentencias pronunciadas, de devolver los desertores de la Nueva Vizcaya, y cumplidos estos encargos, marcharse á México y España. Parece que se obligó á los colonos á volver á Nuevo México, pero no se llevó á efecto ninguna sentencia de muerte, oponiéndose enérgicamente los religiosos. Llegó á México á principios de 1602 y de allí pasó á España, de donde volvió á Nuevo México en 1604, sin haber obtenido en la Corte los privilegios y fueros que pidió en nombre de Oñate, á quien se dió en recompensa de sus servicios, por cédula real de 7 de Febrero de 1602, el título

heredidario de Adelantado, confirmándose por otra cédula, de fecha 8 de Julio, la hidalguía ó nobleza de seis de sus compañeros conquistadores.

En 7 de Octubre de 1604 salió Oñate acompañado del nuevo Comisario Apostólico fray Francisco Escobar (habiendo renunciado fray Escalona), del religioso franciscano, fray San Buenaventura, y escoltado por treinta hombres, para su expedición á las playas del océano Pacífico. Pasaron por los pueblos de los Zuñi, y Moqui, por cerca del moderno Prescott, y llegaron al Yuma, donde se junta el Gila con el río Colorado, siguiendo la corriente de éste hasta el golfo de Cortéz. Llegados á la desembocadura el día 25 de Enero de 1605, encontraron allí un buen puerto al que dieron en honor del santo que se celebraba aquel día, el nombre de: Puerto de la Conversión de San Pablo. Tomóse posesión, con las formalidades y ceremonías de costumbre, de aquellas tierras en nombre del Rey. En el viaje de regreso sufrieron hasta tal grado de falta de bastimentos, que se vieron precisados á matar sus caballos para no morirse de hambre. Hicieron su entrada de vuelta en San Gabriel el día 25 de Abril de 1605.

Esta parece haber sido la última expedición importante emprendida por Don Juan de Oñate. Nada definitivamente se sabe después de él, pero es probable que siguió gobernando la Nuevo México hasta los años de 1607 ó 1608.

EL SIGLO XVI.

REVISTA.

No eran los siglos XVI. y XVII. los siglos de la tolerancia ni política, ni religiosa. Y ahora que entramos de pleno en la historia nuestra, preciso es pasar una mirada rápida á aquella

época; pues si no conocemos el entónces, mal podemos entender su historia y peor aún juzgarla.

Las innovaciones religiosas de ambos siglos encontraron en los Pirineos una barrera insuperable para sentar sus reales y poner en conmoción los ánimos de Castilla.

El español tenía por su lema: "Dios, Rey, Honor y Dama." El Rey era la personificación de Dios; la Dama, la del Honor.

Si errores, y crímenes se cometieron, culpable sólo es el siglo, y nó los individuos que en él vivían. Los extrangeros que con rojos colores de sangre pintan la dominación española en las Américas, olvidan que España, cual otra nación ninguna, protegía á su naturales de este continente vírgen; olvidan los horrores cometidos por los ingleses en la India; por las Holandeses en sus conquistas asiáticas. "¡Inquisición! ¡inquisición!" gritan en voz alta, sin hacer constar que la inquisición como el "Star Chamber" de los Estuardos de Inglaterra, era más bien una arma política, que un medio de persecución religioso, que sus golpes los asestaba al noble y pocas veces al plebeyo.

Que abusos y crímenes se cometieran, nadie lo niega, pero la justicia y equidad reclaman se reconozcan á la vez los grandes bienes, con que en aquellos dos siglos, colmaron los nobles hijos de España á las provincias remotas de su vasto imperio, donde el sol jamás se ponía.

Ciúdades se fundaron; universidades, academias y colegios ricamente se dotaron; iglesias y palacios, de soberbia arquitectura y gusto exquisito, se levantaron; al natural del país, en lugar de exterminarlo, cazarlo cual fierra, se protegía con mano firme, se trataba con cariño, se educaba con amor. Si hubo excepciones, raras eran y nada significan; el hecho es, que bajo las coronas de Castilla y Aragón progresó la Nueva España, aúnque les pesa á los que ciegamente niegan verdad tan positiva, maravillosamente. Jamás ha habido gobierno que con mayor cariño y justicia tratase á los conquistados que España, ni nunca jamás disfrutaban de mayor garantías los

indios que bajo el dominio ibérico; tenían por defensores zelosos á las ordenes religiosas; por jueces rectos, imparciales, y protectores poderosos al Muy Noble Consejo de Indias en Sevilla.

Negras páginas encontramos en los anales del Nuevo México, pero también muchísimas esplendorosas y bellas.

Para entender con más facilidad la historia del Nuevo México es necesario conocer en algo la de la Nueva España al fin del siglo XVI. Comprendía este vireinato entónces establecido en aquel territorio dos audiencias, ó sean tribunal essuperiores con absoluta jurisdicción é independientes en cierto grado del virey, la de México y la de Nueva Galicia.

Comprendía la audiencia de la Nueva Galicia toda la parte que forma hoy el extenso estado de Jalisco, además el estado de Aguas Calientes, gran parte del de Zacatecas, y una parte del de Durango.

El gobierno de la Nueva Vizcaya, sujeto directamente al virey, ocupababa desde la villa de Nombre de Dios hasta las tierras desconocidas, que estaban del otro lado del Conchos, y por el occidente á Culiacán y al territorio que se extendía entre los ríos Mayo y Yaqui. Debe tenerse presente que en 1600 apénas se habían recibido noticias en México del adelantado, ó jefe de conquista, Oñate.

La autoridad suprema eclesiástica era el arzobispo de México, que tenía como sufragáneos á los obispos de Tlaxcala, Oaxaca, Michoacán, Nuevo Galicia, Chiapas y Yucatán.

La Inquisición de Nueva España extendía su jurisdicción al arzobispado de México, y á todos los obispados sufragáneos de éste.

La capital de la Nueva Galicia era primero la Ciúdad de Compostela y después Guadalajara; y la de la Nueva Vizcaya, Durango ó Guadiana.

La población de la Nueva España en el siglo diez y seis se componía de razas y castas. Razas se llamaba á los de orígen puro; castas á los cruzamientos de las razas. Por mencio-

narse muchas veces las castas en la historia se apuntarán aquí los nombres que recibían según su procedencia:

Los hijos de español y Española nacidos en las Américas, eran llamados *criollos.*

El hijo de español é indio se llamaba *mestizo ó coyote.*

De mestizo y española *castizo.*

De castizo con española *español.*

De español con negra *mulato.*

De mulato con española *morisco.*

El *salta atrás* era el que tenia caractéres de negro, naciendo de una familia blanca.

Del salta atrás ó torna atrás casado con india, nacía un hijo á quien se llamaba *chino.*

Del chino con una mulata salía el *lobo.*

Del lobo con mulata el *gíbaro.*

Del gíbaro con india el *albarrazado.*

Del albarrazado con negra el *cambujo.*

Del cambujo con india el *Zambo ó Zambaygo.*

Del negro con zamba el *zambo prieto.*

Del zambo con mulata el *calpán mulata.*

Del calpán mulata con zamba el *tente en el aire.*

De tente en el aire con mulata el *no te entiendo.*

Del no te entiendo con india el *ahí te estás.*

Ninguna revista del siglo XVI., por más ligera que sea, puede pasar desapercibido el noble y gran papel desempeñado por fray Bartolomé de las Casas; y aúnque este bienhechor de la humanidad pertenece propiamente al Sur de la Nueva España, los beneficios que de él emanaron como fuente principal, todos los naturales de las Américas los recogieron, y los misioneros en cierto grado sólo seguían la senda trazada por el ilustre obispo de Chiapas. Por tal razón dedicaremos unas pocas líneas al defensor del desvalido y al enemigo del soberbio.

Era Bartolomé de las Casas ó Casaus, descendiente de un caballero francés que en el sitio de Sevilla prestó grandes ser-

vicios al Rey Don Fernando el Santo, y que mereció por eso, que después, de ganada la ciúdad, le señálase el monarca por uno de los veinticuatro caballeros que allí quedaban gobernando.

Francisco de Casaus, padre de Bartolomé, pasó á las Indias en compañia de Cristóbal Colón ; hízose rico en ellas y volvió á Sevilla, su patria, llevando como una curiosidad un jóven indio en calidad de esclavo, que regaló á su hijo nacido en 1474 y entónces estudiante y mozo de dieziocho años. Por esos días Isabel la Católica llegó á saber que esclavos de las Indias entraban á España como regalo ó como mercancía, y entónces fué cuando exclamó indignada : "*¿ Quién dió licencia á Colón para repatir mis vasallos ?*"

Los pregoneros reales anuciaron en Sevilla que todos los que tuviesen indios esclavos venidos de manos del almirante los entregasen para que volviesen á su tierra, " So pena de la vida," y perdió con esto su paje el jóven Bartolomé Casaus, pues tuvo que devolverle para que fuese repatriado.

Pasó por primera vez á las Indias, ya con el título de licenciado, Bartolomé de las Casas, como se le apellida generalmente, siguiendo á fray Nicolás de Ovando, del hábito de Alcántara, nombrado por el Rey gobernador de la Española en el año de 1502, y en 1510 tomó las ordenes sacerdotales celebrando su primera misa en la ciúdad de la Vega de la misma isla.

Cincuenta y un años de vida empleó Las Casas, á quien con razón se ha dado el nombre de " Apóstol de las Indias," en continuos trabajos y en constantes sufrimientos por proteger y favorecer á los desgraciados americanos. Como protector de ellos nombrado oficialmente por el Rey y sin más investidura que la que le prestaban su ardiente caridad y el traje sacerdotal del presbítero, el hábito religioso del domínico ó la pobre pontifical y el báculo de madera de su obispado de Chiapas, ni un momento desmayó en la santa empresa que había tomado á su cargo.

Blanco y centro del odio de los encomenderos y del que participaban también muchos de los españoles residentes en las Indias, sufría mil desengaños é ingratitudes sin número.

Débense principalmente á sus esfuerzos la promulgación de las llamadas "*Nuevas Leyes*" que pusieron un dique á la codicia de los conquistadores y bajo penas severas prohibían hacer de los indios esclavos.

Consagróse las Casas como obispo de Chiapas en la iglesia mayor de Sevilla y partió para su obispado en 1544, donde sin embargo de obstáculos numerosos hizo obedecer las recientamente promulgadas "Leyes Nuevas," renunciando éste su sede en 1551.

Después de exponerse por doce veces á los peligros y fatigas de cruzar el océano, murió en Madrid en 1566.

De las muchas obras interesantísimas que escribió, la más importante es su *De unico vocationis modo.* Las Casas proclamaba en este libro, que causa fué para él de muchas amarguras, que el único y solo modo que la Providencia Divina instituye y aprueba para la conversión de infieles, sin diferencia de erores ó sectas, era persuadir al entendimiento con la razón y atraer suavemente la voluntad por el cariño y buen tratamiento. Reprueba enérgica y duramente el medio de la guerra empleado por los conquistadores para alcanzar la conversión de los indios, declara esa guerra temeraria, injusta, perversa y tiránica, y no vacila en protestar contra el atentado que en nombre de la religión cristiana se cometía, despojando de sus tierras y vasallos á los reyes y señores de las islas y del continente del nuevo mundo.

Pensamientos son estos, nobles, grandes y sublimes.

Estos dos siglos son la época del alma, del corazón, de los grandes poetas, pintores, filósofos y oradores, de los cuales nuestro siglo ha plagiado las ideas sublimes, los grandes principios descubiertos, *utilizando y metalizándolos.*

1605–1680.

LAS MISIONES.

PARTE PRIMERA—CIVIL.

Tarea dificilísima es escribir de esta época la historia; documentos auténticos, ningunos, perdiéndose ó destruyéndose en la sublevación de aquel tiempo; relatos de misioneros, algunos, ocupándose desgraciadamente, como bien dice un historiador moderno (Hubert H. Bancroft), más del pasado y futuro que de sus tiempos; número grande de nombres confusos de pueblos, debidos á la costumbre de dedicar varias y distintas poblaciones al mismo santo; sacar de este cáos de apuntes y notas (dispersas en cartas, relaciones é historias de entónces), algo en claro, poniéndolas en algun órden, trabajo hercúleo, ingrato es y de recompensa pobrísima.

Empieza la incertidumbre y confusión en los anales neomexicanos desde la vuelta de Oñate de su expedición al golfo de Cortéz. Es desconocido la fecha en que renunció ó fué destituido de la gobernación de su conquista, y están dudosos por catorce años los que sucediérónle en el mando. Imposible es hacer una lista exacta de los que gobernaron durante estos setenta y cinco años al Nuevo México, ó fijar con certeza el tiempo que duró su autoridad; es también imposible conocer á fondo las razones y la justicia de las desavenencias entre los religiosos y conquistadores, que ya desarrolladas á mediados del siglo, fueron la causa primordial de la sublevación de los indios, que arrasó con la civilización, sumergiendo el país en salvajismo horrendo durante diez años.

Para poder presentar los hechos en algun órden nos ocuparemos primero de la historia civil, escasa de datos, y después

de la eclesiástica, que es en realidad la historia del Nuevo México de aquella época. Usaremos la lista de los gobernadores recopilada con mucho trabajo y escrupulosidad por el historiador Bancroft, por ser sin duda la más probable y exacta.

Según queda dicho, no consta de fijo quién fué el sucesor de Oñate, pero parece que fué Don Pedro de Peralta, y que éste gobernó hasta por el año de 1614, más ó ménos.

Es probable que durante su gobierno se fundó la ciúdad de Santa Fé y se pasaron á ella las tropas y autoridades españoles. Es desconocida la fecha exacta de su fundación; y el primer instrumento público del que se tiene conocimiento, es un acta levantada por el cabildo de Santa Fé en Enero 3 de 1617, solicitándose del Rey, auxilio para la *"nueva población."*

Durante su gobierno ó él de sus sucesores se edificó muy probablemente el palacio que aún existe en Santa Fé; más tarde una parroquia, que como después veremos fué destruida en el tiempo de la sublevación por los indios, y la afamada iglesia de San Miguél. Algunos autores ponen la fundación de esta última en 1543, error que nace como se explicó en el capítulo II. de poner á Tiguex, cuartel general de Coronado, en el sitio que hoy ocupa Santa Fé, cuando como está claramente probado Tiguex se encontraba entre el actual Bernalillo y Sandía. Indudablemente había allí durante la ocupación española una capilla improvisada, y ésta fué el primer templo de la Fé en el Nuevo México.

Ni fray Gerónimo de Zárate de Salmerón, ni el primer custos, fray Alonso Benavidez se refieren á la iglesia de San Miguél, que si hubiera sido un templo establecido constaría en sus obras. Fray Benavidez en su informe al Rey en 1630 dice, que su primer cuidado fué construir una iglesia en Santa Fé, donde había según su libro impreso en aquel año entre soldados y colonos, doscientos cincuenta españoles; y siendo su llegada á este país en 1622 y su vuelta á España en 1630, la iglesia se habá construida entre los años de 1622 á 1624.

Pero tampoco no es probable que los pobladores estuvieran

sin iglesia desde la fundación de Santa Fé, tal vez por el año 1615, hasta 1622 ó 1623, y durante este tiempo se construyó como parroquia temporario á San Miguél, y más lo indica esto el nombre que después se vé en varios historiadores, "de los Tlascaltecas."

En aquella época estaba aún en todo su vigor un decreto real que prohibía estrictamente que españoles y naturales vivieran en el mismo barrio. Al poblarse Santa Fé era imposible dar cumplimiento á esta ley, obligados los pobladores á agruparse por su mútua defensa. El lugar llamado después "de los Tlascaltecas" ofrecía ventajas como punto estratégico, y allí sentaron al principio todos sus reales, y en consecuencia allí debe haberse construida la primera capilla, que es la actual iglesia de San Miguél.

Al crecer la ciúdad, los españoles se apartaron de los naturales, y como era regla general en toda la Nueva España construir las parroquias y los templos principales en los centros de la población española, esta costumbre también se siguió en Santa Fé.

Difícil es decir con certeza de dónde proviene el nombre que algunos historiadores le han dado "de los Tlascaltecas." Tanto los adelantados de la Nueva Galicia como de la Nueva Vizcaya, habían traido entre sus auxiliares naturales Tlascaltecas ; que gozaban de mucha fama como buenos guerreros é incansables cargadores, y es más que probable que algunos ó descendientes inmediatos de ellos acompañasen la expedición de Oñate, y por el gran valimiento que tenían entre los indios de la Nueva Vizcaya, mucho menos civilizados que ellos, se diera su nombre al barrio de los naturales y á la iglesia que en él había.

Es indudable que San Miguél es la iglesia más antigua de Santa Fé, sin embargo de no haberse construido en 1543.

Durante la sublevación sufrió bastantes deterioros, Vargas empezó á reconstruirla pero sin completar la obra, y el marqués de la Peñuela mandó levantar á sus costa en 1710 la torre.

En nuestro siglo fué techado de nuevo, quedando aún algunas de las vigas antiguas.

Hoy en el día es capilla del afamado plantel de instrucción, el Colegio de San Miguél, y los hermanos profesores justo orgullo tienen en que su magnífico instituto ocupa el lugar donde primeramente se establecieron los españoles, y que su templo es á la vez el primero y más antiguo de la metrópolis de Nuevo México.

Desde 1616 hasta 1640 se ignora casi absolutomente los nombres de los gobernadores. La colonia española estaba muy decaída, pues conforme á la arriba citada acta únicamente había cuarentiocho soldados y colonos en la provincia. De 1621 á 1629 aparecen como gobernadores Felipe Sotilo y Manuel de Silva. Fernando de Argüello tiene este cargo en 1640; siendo su sucesor Luís de Rosa, quien fué asesinado en 1641 ó 1642. Vinó en seguida Váldez, al cual reemplazó Alonzo Pacheco de Heredía. De nuevo aparace Argüellos en 1640, y antes de 1650 ejercía la autoridad gubernativa Luís de Ugarte. Después de esta fecha eran gobernadores Hernando de Ugarte, y un hidalgo apellidado de la Concha. Fué nombrado para este cargo por el virey en 1653, Juan de Samaniego. Tenía ocupado su puesto de ese en 1656, Enrique de Ávila y Pacheco. En 1660 Luís de Mendizabal renunció ó fué destituido de su empleo de gobernador.

Diego Dioniso de Peñalosa y Briceño, natural del Perú, fué nombrado en 1660 y gobernó al Nuevo México desde 1661–1664. Dejó muy mala fama en el país por codicioso y embustero. Volvió en 1665 á México, donde poco después fué encerrado en las cárceles del Santo Oficio, encausado y sentenciado á hacer penitencia en el auto de fé, que se verificó en Febrero de 1668. Pasó de la Nueva España á la Corte, y de allí á Londres y París in 1671 á 1673; queriendo interesar á todos estos gobiernos para que emprendiesen expediciones á un lugar faluloso, imaginario, inventado por él, el Cerro Azul, rico en metales de oro y plata. Murió pobre en 1687.

Durante el tiempo de este gobernador y él de su predecesor empezaron á tomar serias proporciones las desavenencias entre el poder civil y el eclesiástico, quejas y recriminaciones se cruzaron, ambos elevaron sus solicitudes al virey y hasta al Rey mismo. Los religiosos acusaron á los oficiales de la corona de mal tratamiento de indios, de exacciones injustas, de trabajos forzados en las minas y campos. Las autoridades civiles por su parte, se quejaron amargamente que los franciscanos se ingerían demasiado en las cosas mundanas, que ellos sólo querían gobernar é inducían á los indios á la desobediencia y falta de respeto hácia los españoles.

Como era de suponerse, los indios no tardaron mucho en apercibirse de la desunión entre las dos potestades, ni faltó tampoco cabeza atolondrada entre ellos que creía favorable la oportunidad para romper el yugo. Ya en 1620 había tenido lugar un levantamiento en Zuñi, en 1629 otro en Ácoma; uno de bastante consideración ocurió en 1645. Poco después se alzaron los Jeméz ayundándoles los Apachés, pero fueron reducidos á la obediencia, y veintinueve de sus principales condenados á la horca y ajusticiados. En 1650 se tramó una conspiración con el fin de matar á todos los españoles en la noche del Juéves Santo, pero fué afortunadamente descubierta á tiempo, y nueve de los cabecillas ahorcados. Á mediados del siglo también tuvieron lugar motines serios en Taos. Muchos de los indios abandonaron el pueblo, fortificándose en unos llanos que quedan al Este, en un lugar llamado Cuartalejo; fué necesario enviar fuerza armada al mando de Juan de Archuleta, obligándolos á que volvieran á su población.

Sucedieron á Peñalosa en el gobierno durante 1664 á 1675, Fernando de Villa Nueva, Juan de Medrano y Juan de Miranda, no sabiéndose ni el año en que tomaron posesión de su empleo, ni el tiempo que duraron en él.

En 1672 se declararon en guerra los Apachés, invadiendo el país, y saqueando á Aguías, pueblo de los Zuñis, donde fué asesinado por ellos, en Octubre 7 de 1672, fray Pedro de

Ayala; á los pueblos de los Tehuas: Chililí, Tajique y Cuarac; y á tres pueblos de los Tompiros: Abó, Jumancas y Tabiro. Pope, el caudillo de la revolución siguiente, aparece implicado en el movimiento de 1675, para libertar á muchos indios, presos por revoltosos. En Enero 23 del mismo año había sido asesinado por los indios en Senecú, el misionero, fray Alonzo Gil de Ávila.

En 1675 se encargó, según parece, del gobierno Don Juan Francisco Treviño, reemplazándolo el año siguiente Don Antonio Otermín que gobernó de 1676 á 1683.

Ya en 1676 la inquietud de los indios pueblos y las incursiones frecuentes de los Apaches pusieron en gran alarma á los pobladores del Nuevo México, imposible como le era á la reducida fuerza armada dominarlos. Elevóse solicitud á México pidiéndose un refuerzo de cuarenta á cincuenta soldados y un auxilio de dinero, pertrechos de guerra, ropas y bastimentos. Encargóse de esta petición el custos fray Francisco de Benavidez, que había llegado á la metrópoli procedente del Nuevo México. Aprobóse en México en 9 Septiembre del mismo año un auxilio de cincuenta hombres y 1000 caballos, que debían acompañar el tren de carros, haciéndose éste á costo de 14,700 pesos, que sufragaron las cajas reales; el virey dió cuenta al Rey en Enero 13 de 1678, aprobandolo éste en Junio 18, pero por dilaciones inexplicables el refuerzo no salió de México sino hasta el día 30 de Septiembre 1679, llegando ya demasiado tarde al auxilio de la provincia.

PARTE SEGUNDA—ECLESIÁSTICO.

Después de las juras de Obediencia y vasallaje, que como hemos dicho en el capítulo anterior, tuvieron lugar en Septiembre de 1595, se repartió la provincia entre los religiosos, y cada uno salió á su misión destinada, á predicar el evangelio. No llevaban ni escoltas, ni armas; todos sus pertrechos de guerra consistían en una cruz pequeña, un breviario, un misal

y un cáliz. Pero hinchada el alma de fé, y lleno el corazón de valor se internaban en aquellas tierras desconocidas, sufriendo sed y hambre, y expuestos cada momento á perecer, á dejar su vida.

Lucharon cual heroes que eran; difícil fué el principio, lentamente maduró la semilla, pero no desmayaron en su empresa aquellos apóstoles de la religión y humanidad. Durante más de diez años no alcanzaron los hijos de San Francisco mayor éxito, pero sí sistematizaron sus trabajos evángelicos, cimentaron los fundamentos sólidos, levantándose sobre ellos de allí en adelante el edificio glorioso de la civilización. Ya en 1608 habían recibido más de ocho mil indios las aguas del bautismo.

El Comisario Apóstolico fray Juan de Escalona, sucumbió á las fatigas y trabajos rudos en 1607, y fueron sus restos mortales depositados en la iglesia de Santo Domingo.

La nación de los Querés, cuatro leguas arriba de las Tiguas, y que se extendía á una distancia de diez leguas desde San Felipe, fué uno de los primeros en recibir los beneficios del cristianismo. Ya por los años de 1607 á 1608, fray Cristóbal Quiñones, á cuyo cargo estaba la provincia, había fundado en San Felipe una iglesia, un convento y un hospital. Encontró, en el templo construido por él, descanso su cadáver, falleciendo este santo varón en 1609, y junto á su tumba algunos años después se abrió otra para él que en vida fué fray Geronimo Pedraza.

Siendo arzobispo de México fray García Carerra, fué nombrado Comisario Apostólico el padre Alonzo Peinado, que llegó á San Gabriel en 1608 á 1609, acompañado de nueve religiosos franciscanos, y sustituyendo al padre Francisco Escobar.

Rigió desde 1613 á 1626 los destinos de la iglesia en la Nueva España, Don Juan Pérez de la Serna, uno de los prelados mas enérgicos y sabios que ocuparon la sede de México. Bajo su administración fué enviado al Nuevo México en

calidad de Comisario, fray Estéban de Perea, que en 1614 reemplazó al padre Peinado. Extendíase en su tiempo mucho la iglesia, aumentándose, si ésto posible era, el zelo de los misioneros, pues en la solicitud presentada por el cabildo de Santa Fé al Rey en Enero 3 de 1617, consta que los religiosos habían construido once iglesias y bautizado más de catorce mil naturales. En toda probalidad fué la iglesia primera en el Nuevo México, fundada por indios, la de San Ildefonso, á dos leguas de Jacona. En la época de fray Perea tuvo lugar una ceremonia muy grata. Treintitres años habían pasado desde que el mártir fray Juan de López había fructificado el suelo neo-méxicano con su noble sangre. Presentóse entónces un testigo ocular de aquel triste suceso, un indio de Puaray, y dió á conocer al comisario el lugar donde descansaban los restos mortales de este Apóstol de la Fé. Dirigióse allí solemne comititiva de todos los religiosos, españoles y naturales, y abrióse la tumba hallándose en ella las reliquias preciosas, que puestas en rico ataúd, fueron llevadas en procesión y sobre los hombros de religiosos, seguidos de neófitos y vecinos, á la capilla de Sandía, donde aún se veneran.

En 1618 llegó á esta provincia el varón preclaro, y religioso entusiasta, fray Gerónimo de Zárate de Salmerón, que durante ocho años se sacrificó en la viña del Señor. Catequizó á los Jeméz, y dotado además del zelo evángelico, de no despreciables conocimientos literarios, escribió en el idioma de aquellos indios un catecismo y varias otras obras, que consideraba de utilidad para sus sucesores. Bautizó 6566 naturales de la nación de los Jeméz, y á muchos otros en los pueblos de los Querés, Zía y Santa Ana, construyendo iglesias y conventos en todos las misiones que sucesivamente tenía á su cargo. Á su zelo se rindió el pueblo de Ácoma que más de una vez había desafiado á las armas españolas. Su fervor venció todos los obstáculos y cifraba él su mayor gloria en llevar entre las tribus bárbaras, las verdades sublimes de su religión. Para llevar á cabo esta empresa colosal, volvió en

1625 á México, donde escribió sus *Relaciones,* obra preciosa sobre la historia de esta provincia.

En el sínodo provincial de la órden de Franciscanos de la Nueva España, que se verificó en el año de 1621, las misiones del Nuevo México, que hasta entónces habían estado á cargo de un Comisario Apostólico, fueron erigidas en una custodia, titulándose : Custodia de la Conversión de San Pablo. Nombróse como primer custos á fray Alonso Benavides, llegando este religioso, acompañado de otros veintisiste, al Nuevo México en 1622. Concedióle para esto permiso el virey, Don Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, Marqués de Gelves y Conde de Priego, que además ordenó se sufragasen los gastos de viaje y manutención de estos religiosos por las cajas reales. Entre los misioneros que llegaron con el padre Benavides había, fray Martín de Arvide, natural del Puerto de San Sebastián de Cantabría que profesó en México en 2 de Junio de 1612, y que después de servir entre los Picuríes y Zuñi encontró la corona de mártir en el hoy territorio de Arizona, el día 28 de Febrero de 1630.

Fray Juan de Salas fundó en 1623 una misión en Chililí, pueblo principal de los Tompiros ; y el padre López en 1629 otra entre la nación de los Jumanas, que dedicó a San Isidro, siendo sus ruinas, según las pesquicias de arqueólogos modernos, la afamada Gran Quivira. Cuenta fray Benavides en el informe rendido al Rey, Felipe IV., una historia estraña del establecimiento de la misión entre los Jumanas. Dice, que el misionero encontróse muy sorprendido al observar que aquellos indios ya conocían la doctrina cristiana, y más cuando éstos aseguraron haber sido catequizados por una muger. Afirmaban, que era una dama lá que los visitaba, de hermosura esplendente, jóven y llena de gracia, que con magestad portaba hábito negro y largo velo. Enseñóles el religioso, un retrato de sor Luisa de la Ascención, monja de un convento de Carrión, y altamente estimada en España por su santidad y sus virtudes excelsas, pero ya anciana.

Contestaron los indios que la que les visitaba, aunque usaba el mismo traje era jóven y bella. De vuelta en España, fray Benavides, supo que la monja á que los Jumanas se referían, era sor María de Jesús, abadesa del convento de Agreda, que según voz y fama pública, en sus éxtasis había visitado desde 1620 en espíritu varias veces al Nuevo México.

Las fatigas de los religiosos eran tan grandes y los trabajos tan arduos que muchísimos sucumbieron á sus rigores, y el custos pidió al vicario general de los franciscanos, refuerzos para poder seguir su obra ; éste informó al Rey, y en 1627, Felipe IV., mandó al virey de la Nüeva España, Don Rodrigo Pacheco y Osorio, Marqués de Cerralvo, envíase con todo despacho al Nuevo México treinta padres y un número considerable de legos, ordenando al mismo tiempo se díera en la futuro todo el auxilio necesario. Despachó conforme á lo dispuesto, en 4 de Septiembre de 1628, la provincia del Santo Evangelio en México estos religiosos, manteniendo ella por su cuenta una tercera parte, sufragándose los gastos de los otros dos por cuenta del Rey. Iba en cabeza de dichos misioneros, fray Estéban de Perea, custos que ya había sido del Nuevo México en 1614. Llegó en esta expedición fray Tomás Manso, que después de veinticinco años en las misiones de esta provincia, fué en 1655 vicario general de la órden seráfica en la Nueva España, y más tarde obispo de Nicaragua, en la América Central, donde murió. Entre los otros religiosos que vinieron se menciona : á fray García de San Francisco y Zúñiga que fundó á Nuestra Señora del Socorro, y muerto en 1673 fué enterrado en el pueblo de Senecú, fundado por su compañero Antonio de Arteaga en 1630 ; á fray Francisco Letrado, que como ya consta en la parte civil, fué asesinado en 1632 ; á fray Francisco Acevedo, que construyó las iglesias de San Gregorio de Abó, Tenabo y Tabiro y murió en 1644 ; á fray Francisco Porras, varón de mucha santidad y estimación, que dejó de existir envenenado en el pueblo de Moqui el día 28 de Junio de 1633 ; á

fray Geronimo de la Llana, que entregó su alma á Dios en el pueblo de Cuarac en 1659; á fray Tomás de San Diego, que después de muchos años en las misiones volvió á México y de allí á Oaxaca, donde falleció el mismo año de su llegada, 1659; á fray Juan Ramirez, que después de muchos años de catequizar en el pueblo de Ácoma, donde más de una vez se escapó maravillosamente de la muerte, volvió á México donde expiró en 1664; y, á Juan de la Torre, que más tarde fué vicario general de la Nueva España y en años posteriores obispo de Nicaragua, llorando aquel pueblo centro-americano su perdida en 1663.

Por los pocos nombres que anteceden se nota que hombres de inteligencia privilegiada, de grandes virtudes honraron con su presencia el suelo neo-méxicano; indudablemente deben haber sido varones esclarecidos, los que ocuparon puestos tan elevados como vicario general y obispados.

En 1630 la propaganda religiosa había alcanzado tan grandes proporciones que el vicario general de los franciscanos en la Nueva España elevó atenta súplica á Felipe IV. para que se erigiese á Nuevo México en obispado. Apoyó esta solicitud el obispo de Durango, sede establecida por Pablo V. en 1620, por estar comprendida en su jurisdicción eclesiástica, fundándose en que le era imposible visitarla en persona, mandar clérigos seculares, y superiores para que los dirigiesen y vigilasen, á causa de los tribus salvajes que medían entre la capital de su mitra y aquella región apartada, no obstante requerirlo el número ya crecido de españoles avecindados allá, y no siendo obligación de los franciscanos encargarse de curatos de europeos, por ser su única misión, conforme á cédulas reales y bulas de papas, la conversión de los indios. Mandábase por el Rey levantar informe, hiciéronse pesquisas, se presentó dificultad tras dificultad; y, al fin nada se hizo.

El mismo año de 1630 fray Benavides fué enviado por sus superiores á España, á dar cuenta en persona al Rey de las misiones del Nuevo México; cumplida su misión no volvió á

la Nueva España, pues fué elevado al arzobispado de Goa, colonia portuguesa en el Asía.

Dice fray Benavides en su informe rendido al Rey que había en Nuevo México 60,000 naturales bautizados, los cuales vivían en noventa pueblos, divididos en veinticinco misiones á cargo de cincuenta religiosos ; habiendo además doscientos cincuenta españoles, cuya mayoría se hallaba avecindada en Santa Fé, y el resto disperso por el campo y las minas de la provincia. Habla en términos muy favorables de los naturales, diciendo que son de una índole dócil, y se queja poco de los Apachés que divide, en Apachés de Xila, de Navajó y Apachés vaqueros.

Á este informe se deben datos preciosos que unidos á los que fray Agustín Betancourt ha conservado en su crónica de la provincia del Santo Evangelio de México constituyen el relato más preciso de lá historia y geografía del Nuevo México por los años de 1630–1680, y por ser de sumo interés y alta importancia se insertan en seguida.

La nación de los Piros es la más al Sur del Nuevo México, extendiéndose por quince leguas á ambos lados del Río Grande, desde Senecú á Sevilleta ; tiene quince pueblos con 6000 indios bautizados, y cuatro misiones : San Antonio de Senecú, 70 leguas al Norte de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe del Paso, fué fundado en 1630 por fray Antonio Arteaga, que construyó allí una iglesia y un convento, y plantó una viña ; Nuestra Señora del Socorro de Pilaba, 7 leguas al Norte de Senecú, fundada por fray García de Zúñiga ; Santa Ana del Alamillo, tres leguas al Norte de Socorro con trescientos indios Piros ; y, Sevilleta, distante cinco leguas del Alamillo al otro lado del Río Grande.

La nación de los Tiguas principia siete leguas arriba de los Piros, tenía quince ó dieziseis pueblos con 7000 naturales bautizados en 1630. Fueron en 1680 sus misiones : San Antonio de Isleta con 2000 naturales, con una iglesia y convento construido por fray Juan de Salas. De allí á ocho leguas se en-

contraba Santa Ana de la Alameda con trescientos habitantes, llamábase así por los álamos, que grata sombra ofrecían en el camino por más de cuatro leguas; seguíale el publo importante de San Francisco de Sandía con 3000 Tiguas, un convento y una iglesia, donde se veneraban las reliquias de fray Rodríguez, y descansaba fray Estéban de Perea, su fundador.

Principiaba la tierra de los Querés, á cuatro leguas arriba de lá de los Teguas, y se extendía diez leguas desde San Felipe al Poniente incluyendo á Santa Ana, y constaba en 1630 de siete pueblos habitados por cuatro mil indios, todos bautizados y agregados á tres misiones. En 1680 San Felipe, situado á la márgen Este del río, tenía 600 habitantes; su convento é iglesia lo fundó fray Cristóbal Quiniones, estando su tumba y lá de fray Gerónimo Pedraza en ella. Á poca distancia había el pequeño pueblo de Santa Ana, el antiguo cuartel de Oñate, donde se había fundado el primer convento de Nuevo México en 1598, dedicado á Nuestra Señora de la Ascención, y donde existían los archivos y estaba dos leguas arriba de San Felipe. En este lugar se celebró en 1660 por mandamiento del Santo Oficio de México un auto de fé. En su iglesia encontró descanso él que en vida fué Comisario Apostólico de la provincia, fray Juan de Escalona.

En tiempo de fray Benavides la nación de los Tompiros empezaba diez leguas al Este de los Teguas y Piros, extendiéndose quince leguas más allá de Chililí; componiáse de 14 ó 15 pueblos con casí todos sus pobladores bautizados y tenía seis misiones, siendo una San Isidro de los Jumanas.

La nación de los Tanos, diez leguas al Norte de los Tompiros, tenía en 1630, cinco pueblos con 4000 indios bautizados y una misión; al norte de Tanos existía el pueblo de Pecos, de la nación Jeméz, con dos mil indios á quienes auxilió una misión.

Extendíase la nación Tehua al Poniente de Santa Fé hácia el río por diez ó doce leguas. Durante la administración de fray Benavides vivían en sus ocho pueblos, divididos en tres

misiones, seis mil indios. En 1680, según la crónica de fray Betancourt, Tesuque, en medio de un monte de pino y distante dos leguas de Santa Fé, tenía doscientos Tehuas; San Francisco de Nambé, tres leguas al Este del anterior y cinco leguas distante del Río Grande, tenía junto con las rancherías de Jacona y Cuya Mungué seiscientos naturales; San Ildefonso á dos leguas de Jacona y cerca del Río Grande, tenía en sus terrenos fértiles más de veinte siembras, 800 naturales y tres misioneros; Santa Clara, situada en una altura cerca del río, tenía su convento y trescientos habitantes, pero ningún misionero por pertenecer en calidad de visita á San Ildefonso; otra visita de la misma misión era el pueblo de San Juan de los Caballeros con trescientos habitantes, y desde donde se distinguían las casas de San Gabriel, primera capital de la Provincia.

Mal se expresa fray Benavides del pueblo de Picurí, parte de la nación Tehua, diez leguas río arriba de San Juan, con 2000 indios bautizados, pero muy malévolos y alevosos, los más bárbaros de la provincia, que en muchas ocasiones intentaron asesinar á los religiosos encargados de la misión. La crónica llama á este pueblo San Lorenzo de Picurí, y lo coloca á distancia de 6 leguas de San Juan de los Caballeros, dándole 3000 naturales. En la iglesia está la tumba de fray Ascensio de Zárate.

Era también pueblo de los Tehua, San Gerónimo de Tahus ó Taos, distante siete leguas de la población ya mencionada de Picurí y cinco del río, situada en un valle delicioso y fértil. En este pueblo, informa el franciscano al Rey, se presentaron al padre misionero mil quinientos indios para que les instruyerá en los misterios del sacramento del matrimonio. Debióse tan repentina conversión á un hecho extraordinaro. Una muger, oposicionista ruda al enlace por la iglesia, vociferaba á gritos en contra de esta institución, cuando del cielo, sereno y azul sin ni una nube, se desprendió un rayo cayendo sobre la desgraciada, dándole muerte en el acto. Asustada y ate-

morizada por fenómeno tan extraordinario corría la gente en tropel á la iglesia, rogando al religioso celebráse los ritos matrimonales entre ellos. En 28 de Diciembre 1631 fué asesinado villanamente en dicho pueblo fray Pedro Miranda de Ávila, junto con dos soldados que le servían de escolta.

En 1680 Ácoma tenía 1500 habitantes.

Al separarse fray Benavides del Nuevo México tenía la nación Zuñi, cuyas tierras principiaban 20 leguas al Poniente de Ácoma, extendiéndose por otras nueve ó diez, doce pueblos habitados por diez mil indios conversos y dos misiones. La Purísima de Aloma, 24 leguas de Ácoma, con sus dos visitas Mazquía y Caquima, lo asistió en 1680 fray Juan de Jesús, teniendo á cargo sus mil quinientos habitantes. El pueblo de Concepción de Aginco 3 leguas, rumbo Oeste de Aloma con otros varios pueblos tenía en el mismo año mil habitantes, y es el lugar donde encontró el martirio, fray Francisco Letrado.

Tenía la provincia de Moqui, las misiones siguientes: San Bernardino de Aguatobi distaba veintiseis leguas de Zuñi, y había allí muchas vetas de piedra pómuz, y tivólo á su cuidado en 1680 fray José de Figueroa ó Concepción, que muy querido fué de los ochocientos naturales. San Bartolomé de Xongopabi, distante siete leguas del pueblo anterior, junto con su visita Moxainabi, y sus quinientos habitantes tenía por misionero en el año fatal de 1680 á fray José Trujillo. El pueblo más lejano de los Moqui era San Francisco ó San Miguél de Oraybi, distaba setenta leguas de Santa Fé y todos sus vecinos eran paganos, pero una epidemia terrible arrasó con la mayor parte; pertenecía á esta misión en calidad de visita, Gualpi.

San Diego de Jeméz, era un gran pueblo formado de cinco pequeños y contaba cinco mil habitantes.

Cochití á tres leguas de Santo Domingo tenía por vecinos 300 indios Querés, y Santa Cruz de Galisteo á distancia de seis leguas contenía una populación de ochocientos Tanos.

Porciúncula de Pecos, á la frontera Este de Quivira, estaba construido en un país bello, y rodeado de bosques hermosos.

Tenía Pecos la iglesia más magnífica de todo el Nuevo México, ostentando seis torres, y fué el orgullo de su párroco, fray Fernando de Velasco.

Á cinco leguas, hácia el Norte de Santo Domingo se encontraba el pueblo de San Márcos con sus dos visitas, San Lazaro y Ciénega, tenía 600 Querés.

Tres leguas distante de San Lazaro y habitado por quinientos Piros estaba situado el pueblo de Chililí, y descansaban en su iglesia los restos mortales de fray Alonzo Peinado, su fundador.

La Concepción de Cuarác á tres leguas de distancia era pueblo de 600 Teguas que hablaban el ídioma Piro.

Á corta distancia de Cuarác, apénas dos leguas, levantábase la iglesia de San Miguél de Taxique, que contaba con doscientos fieles.

En San Gregorio Abbo en el valle de las Salinas, que tiene diez leguas de circunferencia y era afamado por la excelencia de su sal, habitaban ochocientos naturales, y dependían de esta misión las dos visitas : Tenabo y Tabira.

Siendo virey de la Nueva España, fray Payo Enriquez de Rivera Ayeda, arzobispo de México, llegó en 1674 como custodio al Nuevo México, fray Francisco de Ayeta acompañándo de varios religiosos, destinados para estas misiones. Dicho padre, como ya consta, volvió en busca de socorros á México en 1676.

Había en 1660 en el Nuevo México cosa de veinticuatro mil católicos, de los cuales en 1680, dos mil cuatrocientos eran españoles, y el resto indios. Es preciso hacer constar aqui, que entónces se hácia una distinción entre los indios dividiéndolos en néofitos ó recien convertidos que habían recibido el bautismo, y en católicos que eran los que vivían en las misiones y asistitían con regularidad al culto. Teniendo esta división presente es fácil esplicarse la aparente diferencia entre el número de indios bautizados, que dá fray Benavides y el padrón levantado en 1680.

Los religiosos franciscanos no consiguieron estos bellos resultados sino á fuerza de un trabajo constante; no vieron con el mismo abandono como los gobernadores de la provincia, la empresa de convertir los indios, sino atravesando, descalzos y á pié, sierras y llanos, lucharon constantemente; apoyabánlos en lo posible los vireyes, pero este auxilio debido á circunstancias que más en adelante se darán á conocer, eran cortos y escasos para obra tan inmensa.

El primer cuidado del misionero al establecerse en un pueblo fué construir, siendo él arquitecto y maestro de obra, una iglesia y convento, que este nombre se daba á su casa habitación. Y ahora preciso es decirlo en honor de la india neomexicana, que todas las iglesias de aquella época en los pueblos son obra exclusiva de sus manos, auxiliándolos en este trabajo, poco propio de su sexo, únicamente los niños que aún no habían llegado á su pubertad. El indio varón neoméxicano iba á la guerra, á la caza, hilaba y tejía, pero despreciaba el trabajo del campo y la construcción de casas, considerábanse esos trabajos indignos de un hombre. Ni ruegos, ni mandos de los primeros misioneros podían cambiar tal estado de cosas, los indios se rehusaron absolutamente y tenían que ocurrir los religiosos á las mujeres que con gusto se prestaban á esta tarea, batiendo lodo, moldando, secando y colocando adobes.

Pero no únicamente instruían los franciscanos á sus neófitos en la doctrina, sino también les enseñaron artes y oficios, propagaban la cría de ovejas y el cultivo de la uva, eran ellos en realidad los verdaderos padres de los indios. Llevaban á sus misiones caballos, ganado vacuno y lanar, cerdos; inducían á los naturales á la cría y cuidado de los animales domésticos, mejoraron sus telares de hilar y tejer, establecieron escuelas donde se enseñaba á los niños leer, escribir y contar; les daban instrucciones de música vocal, y les enseñaron á tocar algun instrumento; fundaron talleres de carpintería, herrería, aprendiendo en ellos sus catecumenes el manejo de los herra-

mientos; salían de sus manos, indios que eran buenos oficiales de albañilería, cantería y hasta escultores. Prestaban gran auxilio á la agricultura introduciendo mejor beneficio de cultivo, y muchas semillas y granos nuevos. ¡Fueron bienhechores de la humanidad!

1680—1692.

LA SUBLEVACIÓN Y RECONQUISTA.

NEGRAS nubes empezaron ya desde mediados del siglo á oscurecer el horizonte político del Nuevo México y en 10 de Agosto de 1680 desatóse la tempestad, que en pocas semanas destruyó el trabajo de casí un siglo entero.

Sin embargo de los esfuerzos que para la conversión de los indios hacían los heróicos religiosos, su número era tan reducido y las distancias que tenían que recorrer tan grandes, que imposible les era cimentar sólidamente los principios de la religión en las almas de sus neófitos. Además viendo los naturales, que debido á las exacciones de los gobernadores y de los aventureros mineros, sus desgracias eran mayores y su esclavitud más dura desde que habían abrazado el cristianismo, empezaron á creer, aconsejado por sus sacerdotes (ó "brujos" como los llamaban los españoles) los cuales ó no habían abrazado el cristianismo ó que habían recibido el bautismo sólo por salvar las apariencias, que sus antiguos dioses habían sido los verdaderos, y que al enojo de ellos por el abandono de su culto, debían los indios todas las calamidades que los afligían. Celebraban en secreto ya desde tiempo los ritos de su antigua idolatría, y siendo el cáracter de los indios neo-méxicanos altivo, no podían por mucho tiempo combinar la práctica

aparente del culto católico con la observancia verdadera de su antigua religión, y la nueva apostasía iba unida con la rebelión, con el incendio de los templos cristianos, con la matanza de los misioneros y con el exterminio de cuanto les recordaba sus días de servidumbre.

Amaestrados por anteriores conspiraciones infructuosas, preparaban con el mayor sigilo y secreto la que debía concluir por algun tiempo con el dominio español en Nuevo México. Sólo hombres de toda confianza fueron admitidos bajo horrendo juramento de no descubrir nada, á ninguna mujer se dejaba tomar la menor parte en el movimiento que se preparaba. Formóse el plan que en un mismo día dado debía estrellar la sublevación á la vez en todas partes, la matanza debía ser completa, todos debían sucumbir, amigos y enemigos, jóvenes y ancianos, religiosos, soldados y colonos, únicamente se exceptuaba á las mujeres y jovenes bellas, que como esclavas se destinaban al servicio de sus futuros amos.

Sin embargo del profundo secreto observado, los españoles recibieron más de un aviso de lo que se les preparaba, pero obcecados por una confianza desmedida no querían los oficiales dar crédito á estos rumores, que ascribían á los religiosos con el fin de que éstos pudieran aumentar su prestigio.

Juan Yé, cacique de Pecos, advirtió á los autoridades el peligro en que estaban, pero viendo sus buenos oficios orgullosamente rechazados, y acercándose el día fatal, dijó al religioso de su pueblo, fray Fernando de Velasco: "Padre, la gente se va á sublevar y matar á todos los españoles y misioneros. Decidid ahora si os quereis alejar, os daré guerreros para vuestra protección." También los Tanos de San Lazaro y San Cristóbal prevenían al custos, Fray Juan de Bernal, del peligro que amenazaba á todos y éste, lo mismo como fray Velasco, escribió al gobernador Otermín.

Era la cabeza de la sublevación, él que la originó y la llevó á cabo, un indio de San Juan, pero que desde Taos dirigió los hilos de la conspiración, de nombre Pope. Era hombre de

bastante inteligencia, pero de un carácter alevoso y revoltoso, enemigo acérrimo de los españoles y misioneros, y que ya con anterioridad había participado en varias conspiraciones. Era de índole sensual, feroz y sanguinario, y por sólo ligeras sospechas de traición había dado la muerte con sus propias manos á un hijo político suyo. Pretendía ser el escogido de los antiguos divoses para levantar un gran imperio, y de haber hecho un pacto con el demonio con el fin de efectuar esta empresa. Prestábanle valiosa ayuda sus compañeros: Catití de Santo Domingo, Tupatú de Picurí y Jaca de Taos. Sus agentes y privados habían recorrido á y asegurado la cooperación de todos los pueblos de la provincia, con la excepción de la nación Piros, de cuyos sentimientos se desconfiaba. Á fines de Junio ó principios de Julio se despacharon mensajeros á todas partes, quienes llevaron consigo un cordón anudado, significando el número de nudos, los días que debían trascurrir hasta aquel en que se daría el grito de rebelión y principiará la matanza, y era este día el 13 de Agosto.

Sabedor el alcalde de Taos de la conspiración premeditada mandó á todo prisa un correo á Otermín, avisándole del gran peligro en que se encontraba la provincia y manifestándole: que dos indios de Tesuque habían ido á consultar la sublevación con los Tanos y Querés, y que ya se encontraban de vuelta en su pueblo. Mandólos el gobernador prender y después de un interrogatorio riguroso confesaron. Ya Otermín no pudo dudar de lo que tanto se le había desde tiempo advertido por los religiosos, pero era demasiado tarde ya. Envió á mata caballo correos para prevenir á los misioneros y colonos al Sur de San Felipe, recomendándoles se refugíasen en Isleta; y á los del Norte se les ordenaba reconcentrarse en Santa Fé.

Pope supo á tiempo que la conspiración se había descubierto y precipitó el golpe, ordenando á los Taos, Picuriés, y Tehuas dieran principio á la obra. El día 10, antes que amaneciera, atacaban éstos los conventos, habitaciones y

ranchos de los españoles, llevándolo todo á sangre y fuego. Fué el primer pueblo que cayó en sus manos, él de San Lorenzo, y después aquel de San Cristóbal. Levantáronse las demás tribus, cayeron súbitamente en todas partes sobre los españoles, los pasaron á cuchillo, quemaron las iglesias y casas, y aquel día infausto perecieron á manos de los sublevados diez y ocho religiosos y trescientos ochenta y ocho españoles, entre hombres, mugeres y niños. Solo dos pequeños grupos pudieron salvarse, el uno recogiéndose, según ordenado por Otermín, al pueblo de Isleta y retirándose de allí al Paso del Norte (Misión entónces de Nuestra Señora de Guadalupe); el otro defendiéndose en la Cañada, de donde fué recogido y llevado á Santa Fé por tropas auxiliares del gobernador, al mando del alcalde y sargento mayor, Luís Quintana, quien emprendió la marcha el día 13. Dentro de pocos días no había ni un sólo español, con la excepción de las mugeres y doncellas más bellas, retenidas como esclavas, en todo el Nuevo México afuera de las murallas de Santa Fé.

La situación del gobernador, Don Antonio de Otermín, en medio de tantas naciones sublevadas era terrible, contando apénas con ciento y cincuenta hombres de combate y con muy poca artilleria. Un reconocimiento practicado el día 12 por el capitán Francisco Gómez confirmó en lo absoluto los sucesos tristes. Se enviaron entónces exploradores en todas directiones que de vuelta en la tarde del día 14 dieron aviso que más de quinientos indios de Pecos y de los pueblos al Oriente venían en son de guerra. El 15 de Agosto, los Taos, Querés y Pecos llegaron y se presentaron ante Santa Fé; entró un parlamentario suyo á la ciúdad traiendo consigo dos cruces, una negra, señal de guerra, y la otra blanca, señal de paz; dióles á escoger al gobernador con la advertencía de que sí, tomaba la blanca debía abandanonar inmediamente el país. Decía el enviado, que habiendo ellos ya matado á Dios y á Santa María tenía que rendirse por fuerza el Rey; después de discursos inútiles se retiró el mensagero. Otermín emprendió

entónces contra ellos una salida, empeñóse la batalla que duró todo el día ; ya casi estaba la victoria al alcance de las armas españolas, cuando llegó en auxilio de los sublevados el ejercito del Norte compuesto de Taos, Picuriés y Tehuas ; el gobernador tuvo que retirarse, fortificándose en el palacio, donde se habían acogido todos los vecinos : hombres, mujeres y niños en número de mil. Duró el sitio de Santa Fé cinco días y atacabánla con verdadero furor los tres mil indios sitiadores ; habían quemado ya todas las casas que rodeaban el palacio, y en la improvisada fortaleza faltaban el agua y los víveres, escaseaba el parque de guerra, y había muchos heridos. Fué presa de las llamas la iglesia parroquial y el convento, y reinó suprema la consternación entre los españoles, reducidos á los edificios reales y á la plaza.

En tal extremidad Otermín tomó una resolución desesperada: vencer ó morir combatiendo. Exhortados por tres religiosos, fray Francisco Gómez de Cadena, Andrés Durán y Francisco Farfán, cien españoles en orden de batalla, á su cabeza el gobernador invocando el nombre de la Vírgen María, se lanzaron con tal furía sobre los sublevados y los batieron con tanto valor que trescientos indios quedaron inámines en el campo de batalla, llevándose los españoles cuarenta y tres prisioneros, que se mandaron inmediatamente arcabucear en la plaza.

Pero no obstante este triunfo, ni el gobernador, ya herido en el pecho, ni los suyos creyeron prudente permanecer en la plaza y se decidío abandonarla y emprender la retirada á la misión de Guadalupe (Paso del Norte). Distribuióse ropa por valor de ocho mil pesos entre los vecinos y todos emprendieron el camino para el Sur, yendo á pie y carganda cada una de las mil personas con lo poco que había podido salvar, pues apénas contaban con suficientes animales para el trasporte de los heridos. Al pasar por Santo Domingo encontraron abandonado el pueblo, recogiéndose allí los cádaveres de tres religiosos y cinco españoles que habían sido asesinados á manos de los

apóstatas; de allí se dirigieron á San Felipe y á Sandía, los vecinos españoles de estos dos pueblos se habían refugiado en Isleta, pero al llegar allí el día 27 supó Otermín que trece días ántes habían salido ya para Guadalupe. En 6 de Septiembre llegó al encuentro de los fugitivos, Pedro de Leiva, á quien el padre custos fray Ayeta, había enviado desde Paso del Norte, con treinta hombres y víveres. En Septiembre 16 en un consejo de guerra reunido en Frá Cristóbal, después de hacer constar que era impracticable volver á Santa Fé, se decidía seguir la marcha al Paso del Norte. Llegaron el día 18 de Septiembre á Salineta, cuatro leguas de Guadalupe, pero debido á una creciente fuerte ocuparon mucho tiempo en cruzar el río. En Diciembre 20 los españoles estaban ya acampados en tres divisiones, cada una distante de la otra dos leguas en lo que es hoy en el día El Paso del Norte (Ciúdad Juárez) y sus así llamados "partidos." La primera división con el gobernador, el cabildo y cinco religiosos se hallaba en San Lorenzo distante una legua y media de la misión de Guadalupe; la segunda formó el campamento de S. Pedro de Alcántara con cuatro misioneros; la tercera, el campamento del Sacramento á las ordenes de fray Alvaro Zavaleta. Entónces, ó tal vez dos años después en 1682, fué fundado por los españoles allí una villa, que se conocía hasta hace poco con el nombre de Paso del Norte y que es hoy en el día Ciúdad Juárez.

Los socorros con que venía el custodio, fray Ayeta, de México fueron la salvación de aquellos desterrados, sin ellos muchos hubieron perecido. Con una generosidad sin límites este religioso caritativo distribuyó entre aquella gente infeliz y fugitiva, los ganados y víveres que el Rey y la Provincia del Santo Evangelio habían enviado de auxilio á los religiosos franciscanos, pero no obstante esta ayuda oportuna muchas necesidades y vicisitudes pasó la gente acampada, y varios abandonaron á aquel país, internándose á las colonias y presidios de Chihuahua y Durango.

Así toda señal de cristianismo, de civilización había desaparecido del Nuevo México por completo. Las iglesias profanadas y arrasadas, las hostias sagradas por piés impíos pisodeadas, el vestiduario y las vasijas sagradas, si no destruidas, servían de adorno á los caudillos de los sublevados. Los hogares domésticos sin techos, los campos sin cultivo. Los indios cebaron su coraje y furia hasta en los inocentes animales, en las huertas y los sembrados de grano europeo. Todo era destrucción, desolación.

Escenas negras, horribles, propias de bestias feroces pasaron aquel día infausto, 10 de Agosto de 1680.

Fray Juan de Jesús Morador, sacerdote venerable y anciano, misionero del pueblo de San Diego de Jeméz fué apresado por los indios á quienes había instruido con paciencia y amor paternal durante nueve años. Forzaron la puerta de su celda, desnudáronlo y amarráronlo encima de un cerdo. En tan triste estado lo pasearon por las calles del pueblo, colmándolo de insultos y golpes. Cansados de atormentarlo de este modo, subieronse encima usándolo como acémila, y obligándole que puesto en cuatro piés diera vueltas con ellos, hasta que al fin cayó desmayado, sin vida al suelo, recibiendo el golpe de gracias con una lanza que atravesó su columna cerebral, según se notó al recuperarse años después los restos de este mártir.

Los misioneros de Ácoma también fueron desnudados y amarrados juntos con una cuerda de cerdo, y después á empujones paseados por las calles, lloviendo sobre ellos maldiciones y pedradas. No se escucharon ni sus amenazas de la venganza divina, ni sus ruegos, hasta que fray Figueroa les predijó, que dentro de tres años unos á los otros se iban á exterminar. Enfurecidos los indios por esta profecía se lanzaron sobre los religiosos con piedras y macanas, tirando después sus cádaveres en una cueva profunda que se encuentra al Norte del pueblo.

Fray Simón de Jesús, misionero de los Tanos, encontró la

muerte á manos de un ingrato. Este religioso notando el talento, la inteligencia y devoción aparente de un indio jóven, á quien los anales de aquella época sangriente llaman Frasquillo, dedicó sus ratos de ocio á la enseñanza de este muchacho. El discípulo era apto y atento, aprendió en breve tiempo á leer y á escribir perfectamente bien, llegó á ser un latinista regular, y le eran familiar los cantos y servicios de la iglesia. Con infinito placer esperaba el buen padre franciscano el día en que su pupilo pudiera tomar las ordenes sacerdotales, y celebrar su primera misa. Pero ya estaba formalizado la conspiración en que tomaba Frasquillo una parte activa y calorosa. Llegado el día señalado del exterminio, Frasquillo fué él que inició en el pueblo la matanza, asesinando con sus manos propias á aquel que le había dado más que el ser, que tanto había hecho para elevarlo. En recompensa de este acto vil é infame los Tanos aclamaron por su rey al monstruo.

El Muy Reverendo Santiago H. Defouri, vicario general del arzobispado de Santa Fé, menciona en su libro interesantísimo titulado: "Los mártires del Nuevo México" (Las Vegas 1893) á los diez y ocho religiosos que sucumbieron en esta sublevación. Ninguna historia, por más breve que sea, sería completo sin estampar en sus humildes páginas los nombres de estos héroes de la civilización:

Fray Juan Bernal, custos, murió asesinado en su misión de Galisteo.

Fray Juan Domingo de Vera, natural de México y que había llegado á Nuevo México en 1674 participó de la suerte de su superior en el mismo pueblo de Galisteo.

Fray Fernando de Velasco, originario de Cádiz, España, que desde años tenía á su cargo la misión de Pecos, fué asesinado en el camino de este pueblo á Galisteo, á donde iba á prevenir del peligro al Padre Custos.

Fray Juan Bautista Pró, natural de Vitoría, provincia de Alava en España, había llegado en 1677 y pertenecía á la parroquia de Santa Fé, cumpliendo aquel día fatal sus deberes

sacerdotales en el pueblo de Tesuque, fué allí asesinado al pié del altar.

Fray Tomás de Torres, originario de Tepotztlán, vinó con fray Pró en 1677 y encontró la muerte en su misión de Nambé.

Fray Luís de Morales, vió la luz en Ubeda, España, y era misionero del Nuevo México desde 1664. Tenía á su cargo la misión de San Ildefonso.

Fray Matias Rendón, natural de La Puebla de los Angeles en la Nueva España y misionero de los Picuriés.

También era natural de La Puebla de los Angeles, el religioso de Taos, fray Antonio Mora.

El lego Juan de la Pedrosa que había venido á Nuevo México en 1664 y fué ayudante del arriba mencionado religioso fray Mora en Taos.

Fray Manuel Tinoco, natural de la provincia de Estremadura en España había llegado al Nuevo México en 1674, y encontró la muerte aquel día fatal en el camino entre San Márcos y Galisteo, á donde iba para prevenir al Padre Custos.

Fray Francisco Antonio Lorenzano, natural de Galicia, España, y que era superior del convento de Santo Domingo ; fray Juan Talabán, andaluz, natural de Sevilla, y custos anterior del Nuevo México ; y, fray José de Montes de Oca, un anciano, natural de Quéretaro de la Nueva España, fueron victimas de los sublevados en Santo Domingo.

Fray Antonio Sánchez de Pró, originario de la ciúdad de México, aún joven y únicamente desde 1677 en México, vivía en San Ildefonso, ayudando á fray Morales.

Fray Luís Maldonado, natural de Tribujena en Castilla la Vieja, y desde 1667 en la provincia, pereció en Ácoma.

Fray Juan del Val era también originario de Castilla, habiendo nacido en Val. Llegó en 1671 y al tiempo de la sublevación tenía á su cargo la misión de Alona.

Fray José de Figueroa, natural de la ciúdad de México, y

desde 1674 en la provincia, enseñaba la doctrina en Ahuatú, pueblo de la nación de los Moquis.

Fray Agustín de Santa María, desempeñó los cargos de misionero en Oraibi, sirviendo de ayudante á fray José de Espoleto. Era originario de Patzcuáro en la provincia de Michoacán, Nueva España.

Es dudoso si encontró la muerte, el día 10 de Agosto de 1680, fray José de Espoleto, natural de Estella en la provincia heroíca de Navarra, España, y desde el año de 1650 en Nuevo México, encargado superior de la misión de Oraibi; porque un indio Picurí, Juan, informó á las autoritades de Paso del Norte que lo había visto vivo en el otoño de 1682 en el pueblo de Mieschonsopabí ó Xongo-pabi, sirviendo de esclavo á los indios.

Los restos mortales de fray Juan de Santa María, natural de Granada, España, y cuyo martirio en Jeméz ya se refirió, fueron encontrados á corta distancia de los ojos de agua caliente de Jeméz, enterrados cerca de una estufa, el 8 de Agosto 1694, y trasladados con gran ceremonía el dia 11 del mismo mes y año á la entóncos parroquía, la iglesia de San Miguél.

Era fray José Trujillo el misionero de San Bartolomé de Xongo-pabi, pueblo de los Zuñi, y fué uno de los franciscanos más fervorosos de su siglo. Fray Trujillo, había nacido en el mediodía de España, en el bello y rico puerto de mar, Cádiz. Llegado á las Américas desempeñó en 1634 la cátedra de ciencias en el colegio de La Puebla de los Angeles, donde el mismo año había tomado el hábito de San Francisco. Pasó de allí á las islas Filipinas con la intención de ingresar á las filas de los mártires de Japón deseoso de compartir su suerte. Disuadíalo de esta empresa la venerable sor Juana de San Antonio, abadesa de un convento de Manila, y le recomendó dirigirse á la isla de Calonga y después al Nuevo México, donde le aseguró que sus deseos se cumplirían. Después de servir con brillante éxito por algun tiempo en Calonga, se embarcó de vuelta para Manila en 6 de Enero 1551, donde

recibió ordenes de sus superiores tomase el nao para Acapulco. Ya de vuelta en la Nueva España fué destinado á las misiones del Nuevo México, donde se cumplió la profecía de sor Juana, en 10 de Agosto de 1680.

Apénas habían las tribus sublevadas alcanzado la libertad, cuando empezó á suscitarse el mayor desórden entre ellos. Reconquistada su independencia y arrojados del país los españoles, reconocieron los sublevados por su jefe á Pope; pero pronto el caudillo se volvió despota cruel y sanguinario para con los suyos, y mucho más tirano que lo fué el gobernador expulsado de Santa Fé.

Para estirpar hasta el recuerdo de los españoles y misioneros, ordenó la destrucción de todas las cruces y demás adornos eclesiásticos, convirtió las iglesias en montones de escombros, prohibió bajo penas severísimas el uso de los santos nombres de Jesús y María, decretó la separación de esposos, obligando los maridos á abandonar las mujeres con quienes eran casados por los religiosos, dejándolos en libertad para tomar otras y varias: Decretó que para limpiar la mancha del bautismo todos debían bañarse y lavar sus cuerpos con amole, y no usar sus nombres de pila en adelante; la lengua española quedó abolida, usándose únicamente los idiomas indígenas. No contento con estas barbaridades, insistió este monstruo en que los naturales abandonasen sus pueblos, maldecidos según él, por el contacto con los cristianos, y construyesen nuevos y en lugares distintos. Á esta disposición insensata se debe que es casí imposible identificar las poblaciones de entónces. Cebó su odio hasta en los granos y semillas prohibiendo, bajo pena de muerte, su cultivo.

Seguía Pope en sus pretensiones absurdas de estar investido de poder diabólico, vinculado con el demonio. Obligaba á las tribus que le rindieran homenaje como á un ser superior; apoderóse de las cautivas más bellas, de las indias más hermosas, y de la parte más rica del botin infame de la matanza. Re-

corría en son de gloria, rodeado de numerosa escolta y gran séquito de mugeres, la provincia, proclamando su superioridad y lo inferior del Dios de los cristianos. Exhortaba á los indios á que no temiesen los castellanos, diciéndoles que él había levantado al rededor del Nuevo México una muralla que llegaba hasta el firmamento, y que ningun español podía salvar. Vestido en traje de guerrero con un cuero de cíbolo en la frente fué recibido con honores reales en todos los pueblo, desparramó en señal de bendición granos de maíz sobre sus súbditos, á quienes amenazaba con la venganza del diablo, si no cumplían estríctamente con sus ordenes y decretos, y esta venganza él á menudo ejecutaba, infligiendo tormentos crueles y una muerte lenta con sus propias manos sobre los que incurrían su enojo, ó que despertaron sus zelos. Para sostener su lujo y él de sus capitánes, impusiéronse crecidos tributos y extravagentes contribuciones.

No eran hombres aquellas tribus para sufrir por mucho tiempo las exacciones, abusos y tiranías del déspota apóstata. En breve todo el Nuevo México se encontró abrazado por las llamas devoradoras de una lucha intestina. Pope fué depuesto y Luís Tupatú elevado en su lugar. Los Querés, Taos y Pecos se batían á muerte con los Tehuas y Tanos; los Querés y Jeméz destruyeron á los Tiguas y Piros; los Tompires fueron casí exterminados; pocos Tiguas y Jeméz quedaban; muy reducido en número se encontraban los Tehuas, Taos y Pecos; los que menos sintieron los efectos de aquella sublevación, fueron los Querés, protegidos por las murallas de Santa Fé.

Pero no solamente era la guerra civil la que decimaba á aquella gente infeliz, aprovechándose del desórden general y de la desunión completa, los indios bárbaros, Apachés y Yutés, recorrían toda la provincia dejando en pos de sí ancha faja horrenda de sangre y fuego.

Si aún no bastásen todos aquellos horrores, la naturaleza misma se declaró en contra de los sublevados. La tierra temblaba, volcanes ya extinctos arrojaron de nuevo llamas y ceni-

zas, desolando los campos, y por mayor mal el Río Grande se secó. Para apaciguar el enojo de sus ídolos y devolver el agua, insistieron los sacerdotes indígenas en que se debía sacrificar al río una victima humana. Escogióse la doncella más hermosa, después de desnudada y cruelmente azotada, fué coronada de verdes hojas é inmolada á aquella deidad sanguinaria.

Una parte de los Tanos había reconocido por su caudillo á Frasquillo, el infame asesino de fray Simón de Jesús. Viendo este jóven astuto que aquel desórden y aquella desunión no podía poducir sí no la ruina de todos y la pronta vuelta de los españoles, que, según su modo de entender, vengarían sus agravios en los más debiles y cercanos, procuró alejar á los suyos de aquellos centros de zizaña. Reunió la nación Tanos, manifestándoles lo imposible que era mantenerse todos en la misma tierra, proponíalos que una mitad se quedara; buscando la otra, campos nuevas y más fértiles ; acceptóse su proposición, hecharónse suertes, y cuatro mil entre hombres, mujeres y niños siguieron al atrevido Frasquillo ; llevaron consigo la mitad del robo de las iglesias, armas, implementos agrícolas, caballos, reses, borregos y cabras, pues Frasquillo hombre instruido é inteligente, á pesar de ser asesino y traidor, se había negado resueltamente á obedecer las ordenes necias y fanáticas del tirano Pope, conservando así los Tanos estos recuerdos españoles. Llegaron á la nación de los Zuñi, pero no hallaron allí la bienvenida que esperaban, y seguían su marcha hasta los Moquis. Hiciéronles presente lo útil de sus servicios para protegerles de los bárbaros, ofreciéndoles dividir entre los diferentes pueblos sus mil quinientos guerreros para guarnecerlos, y los Moquis, pueblo agrícolo, poco adicto al ejercicio de las armas los admitió bajo estas condiciones. Ántes de mucho tiempo los recien venidos se imponían á los Moquis, y Frasquillo gobernó allí como rey absoluto por más de treinta años, desafiando hasta lo último á los españoles, pues sin embargo de que algunos de sus pue-

blos engañaban con sumisiones fingidas á las autoridades españolas, ninguna planta Castellana pisó durante su vida la capital, Oraibi.

Luís Tupatú gobernó á los Tehuas y á los Tanos que se habían quedado hasta 1688, cuando fué en una de aquellos luchas constantes, intestinas, reemplazado por Pope, que muriendo poco después dió oportunidad á Tupatú de apoderarse de nuevo del gobierno, reteniendo en sus manos la autoridad suprema hasta la llegada de los españoles.

El tercer jefe, Alonso Catití, murió el primero de todos. Al celebrar los sacrificios en una estufa reventarónsele en presencia de muchos indios sus intestinos, y expiró en medio de gritos espantosos.

Lo que la sublevación había producido era, la ruina completa de los indios pueblos, que de entónces acá han perdido su homogeneidad conservada desde innumerables siglos. El abandono de sus hogares antiguos, el intercurso promiscuo, efecto del libertinage proclamado por Pope, la destrucción de naciones enteras cuyos restos se incorporaron con otros, acabó en gran grado con los distintivos nacionales, confundía las naciones. Destruidos y perdidos los archivos, abandonados y arruinados los pueblos, mezcladas las razas, imposible es en la actualidad fijar con exactitud ni las poblaciones, ni las tierras ocupadas por las diferentes tribus, lo más es conjetura, teniéndose por lo tanto que dispensar, sí en lo que antecede parece haber contradicción y ambigüedad.

El vigésimo octavo virey de la Nueva España, Don Antonio de la Cerda y Aragón, Conde de Paredes y Marqués de la Laguna, que tomó posesión del gobierno en 30 de Noviembre de 1680, é informado por su predecesor el arzobispo fray Payo Enriquez de Rivera, que había ya mandado á Otermín levántase gente de guerra, dictó las providencias más oportunas para la reconquista del territorio y pacificación de los sublevados.

Debido á lo crudo del invierno y á la vez indudablemente á disenciones y desaliento en el campamento español, Otermín no obedecía tan pronto como debía las ordenes recibidas de México, pero insistiendo fray Ayeta, de vuelta al Paso desde México, á donde había ido de nuevo en 1680, el gobernador al fin se vió precisado dar cumplimiento á las instrucciones del virey.

Pasó el Río Grande, el día 5 de Noviembre de 1681, con los religiosos : fray Ayeta, fray Antonio Guerra ; y, un ejercito de 146 soldados, 112 indios auxiliares ; y llevaba 975 caballos, un tren de carros tirados por bueyes, y varios atajos de mulas. Los oficiales de la expedición eran : Juan Dominguéz de Mendoza, maestro de campo ; Francisco Xavier, secretario de gobierno y de guerra ; sargentos mayores y capitánes : Pedro Leiva, Nicolás Rodríguez, Juan y Diego Lucero de Godoy, Luís de Granillo, Alonso del Río, Sebastián de Herrera, Diego López Zambrano, Luís de Quintana, Pedro de Márquez, Roque de Mádrid, Diego Dominguéz, Ignacio y Cristóbal Vaca, Felipe Romero, José Narváez, Francisco Anaya, Francisco Mádrid, Antonio Márquez, Gonzalo Paredes, Salvador Olguin, Antonio Dominguéz, Antonio de Ávalos, José Chávez y José Padilla.

Pasó el ejercito por el Estero Largo, por Robledo, Perillo Cruz de Anaya, Frá Cristóbal, Contadero, Senecú, San Pascual, Socorro, Alamilla y Sevilleta, encontrando en todas partes nada, sino ruinas y escombros. El primer pueblo habitado era Isleta que después de una resistencia aparente se rindió en 6 de Diciembre, renovando el día siguiente, 1511 personas su juramento de vasallaje y obediencia, y fuéles concedido el perdón. El capitán Dominguéz recibió allí orden de practicar con setenta hombres un reconocimiento, y habiendo visitado á los pueblos, también abandonados, de San Felipe, Santo Domingo y Cochití, volvió á juntarse con Otermín, que después de pasar por los pueblos de Alameda y Puaray, de donde se habían huido los indios al acerrarse el

ejercito, acampó en Sandía, descansando en este lugar una semana. Allí se perdió el tiempo inútilmente en averiguaciones inconducentes de las causas y del orígen de la sublevación. Retiróse la expedición en 1 de Enero de 1682 sin conseguir resultado ninguno, estando de vuelta á mediados del mismo mes en Paso del Norte, aumentado su fuerza con 385 indios de Isleta que voluntariamente seguían al ejercito. Con estos naturales y algunos que habían acompañado á los españoles desde Santa Fé se fundaron tres colonias : Isleta, algunas millas abajo del actual Paso, estado de Texas; Socorro, á siete leguas de Isleta; y Senecú, á dos leguas de Ciúdad Juárez (Paso del Norte).

Otermín fué reemplazado en 1683 por Domingo Girón de Petriz Cruzat, cuyo puesto ocupó en 1686 Don Pedro Reneros de Posada hasta 1689, entrando aquel año á gobernar de nuevo Petriz Cruzat á quien en 1691 sustituyó Don Diego de Vargas Zapata Luján Ponce de León.

Desde la última expedición de Otermín hasta el 1689 se efectuaron diferentes entradas, que más bien eran reconocimientos insignificantes, y que no dieron útilidad positiva ninguna. Parece que las diferentes partidos se hicieron ruda guerra de palabras en el presidio y villa de Paso del Norte, enviaron quejas y contra quejas al virey, tuvieron dificultades referente á límites con Don José de Neiva, gobernador que era de la Nueva Viscaya ; pero sin embargo de refuerzos de hombres y pertrechos de guerra, no adelantaba en nada la reconquista del Nuevo México, hasta la expedición de Cruzat en Septiembre de 1689, que derrotó una fuerza considerable de los Querés en Zía, matando 600 y apresando más de setenta, que fueron declarados esclavos. Alistóse el mismo Don Domingo Girón para emprender otra y más formidable entrada en 1690, pero sobrevino el alzamiento de los Zumas, y se vió obligado á ocupar sus fuerzas contra ellos. Premió el Rey á Cruzat su empeño y energía, dándole algunos años después el puesto de gobernador de Sonora.

La reconquista del Nuevo México tantas veces y con tan mal éxito emprendida ocupó al virey Don Caspar de la Cerda Sandoval, Silva y Mendoza, Conde de Galve, desde los primeros años de su gobierno. Consiguió del Rey la permanencia del presidio de Paso del Norte, y el aumento de sueldo de sus soldados de trescientos quince á cuatro cientos cincuenta pesos. Escogió el virey para esta empresa á Don Diego de Vargas Zapata Luján Ponce de León, nombrándolo gobernador de la provincia. Ocupóse este en sofocar primero la insurección de los Zumas, y sin esperar la llegada de un refuerzo de cincuenta hombres del Parral, salió el 21 de Agosto de 1692 con una fuerza cortísima de sesenta soldados y cien indios auxiliares á emprender la reconquista. Los franciscanos, siempre los primeros en arrastrar todo peligro y en exponer su vida al tratarse de la conversión de indios, acompañaron á este reducido número de valientes, y eran estos misioneros : el custos fray Francisco Corvero, y los religiosos : fray Miguél Muñiz, y fray Cristóbal Alonzo.

Ninguna novedad aconteció en la marcha, el camino estaba sembrado de pueblos en ruinas, por doquier que la vista se dirigía no encontraba más que desolación; el día 20 de Septiembre antes de amanecer se presentó aquel grupo de héroes ante Sante Fé, bien fortificada y guarnecida por indios Tanos de Galisteo. Después de asistir á misa, que se celebró en una capilla aruinada, y donde todos recibieron la absolución, Vargas ordenó se destruyerán las conductas de agua y se sitiará la plaza, al mismo tiempo intimitando á los indios la rendición, prometiéndoles perdón y olvido por el pasado. Después de pláticas y discusiones, los Tanos se rindieron sin combatir, y Santa Fé entró de nuevo al poder español sin que se derramáse una sola gota de sangre.

Izóse el estandarte glorioso de las Españas en medio de las vivas entusiastas de los concurrentes; arrodillábanse todos al rededor de una cruz, miéntras entonaba fray Francisco Corvero el himno de triunfo, el Te Deum. El día siguiente

se celebró misa solemne en la plaza, á la que asistieron todos los soldados é indios; el fray custos en un discurso fervoroso, y con palabras de cariño y buenos consejos exhortó á los indios, absolviéndolos en seguida de su apostasía. Tanta impresión había hecho el sermón de fray Corvero que los indios traían á los nacidos durante la sublevación, rogando á los misioneros los bautizasen, lo que se hizo, recibiendo aquel día 966 personas las aguas santas.

Presentóse á los pocos días Don Luís Tupatú, el más poderoso de los caudillos, prestando solemne juramento de vasallaje y obediencia, y ofreciéndose á acompañar al gobernador en la visita que éste se proponía hacer á las diversas poblaciones.

Salió Vargas á recorrer los pueblos. En Galisteo uniéronse con él, en 21 de Septiembre, el refuerzo prometido de cincuenta hombres del Parral. Sin la menor resistencia, y sin que una sola vida se perdiera, sometíeronse los pueblos de San Cristóbal, San Lazaro, Tesuque, Nambé, Jacona, Pujuaque, San Ildefonso, Santa Clara, Picurí, Taos y varios otros. Recibieron todos perdón y absolución, y los religiosos, fray Corvero y fray Barroso, que iban en acompanamiento de Vargas, bautizaron casí mil niños, nacidos durante la época sangrienta de la revolución.

De vuelta en Santa Fé, Vargas, el día 16 de Octubre, dió cuenta de éxito tan brillante al Conde de Galve, pidiendo al mismo tiempo un refuerzo de cien soldados y cincuenta familias de colonos, y aconsejaba le mandasen presos de los carceles de México, instruidos en algun oficio y en minas para que pudiesen servir de maestros en el Nuevo México, y ayudarle en la explotación de minas de azogue que, según se decía, existían en el país. Recibióse esta grata nueva en México el 21 de Noviembre, y el día siguiente repicabanse las campanas de todas las iglesias de la capital, yendo el virey, Conde de Galve, acompañado de la Audiencia, del Cabildo, de las ordenes religiosas, de los nobles y hidalgos, de todos los oficiales reales, y de su servidumbre, seguido de numerosa gente, en

procesión solemne á la catedral, donde el arzobispo, Don Francisco de Aguiar y Seijas, entonó el Te Deum, ofreciendo el virey un voto de gracias á la Santísima Vírgen María por la pacificación de la provincia.

Miéntras tanto, Vargas siempre acompañado de los religiosos P. P. Corvero y Perea, hizó otra expedición. Visitó á Pecos, resistiéndose este pueblo al principio, pero acogiéndose á la paz en Octubre 17, y bautizándose allí doscientos cuarenta y ocho niños. Cerca de la Cañada de Cochití se encontraron reconcentrados en un solo pueblo á la gente de San Márcos, Cochití y San Felipe; escuchando las razones de Vargas y de los misioneros se resolvieron, el 20 de Octubre, á ocupar de nuevo sus pueblos anteriores, bautizándose en aquel día ciento tres de sus hijos. Los naturales de Zía y Santa Ana habían construido una nueva población, donde vivían unidos, en el Cerro Colorado á cuatro leguas del pueblo viejo de Zía, y aquellos de Jeméz y Santo Domingo, junto con algunos Apachés, otra á tres leguas de distancia del antiguo pueblo de Jeméz; sometíeronse ámbas poblaciones, prestaron obediencia, y dióse el bautismo á ciento veintitres niños.

No obstante la oposición de un consejo de guerra, después de haber despachado en 27 de Octubre á Paso del Norte su artillería, indios auxiliares, diez colonos y cincuenta y siete cautivos, diez y siete de ellos varones y cuarenta mugeres, entre las que había algunas españolas que habían servido de esclavas á los insurrectos y dado á luz hijos, Vargas insistió en proseguir la pacificación de la provincia sin más dilación, saliendo el 30 de Octubre de Santa Fé á la cabeza de ochenticinco soldados. Pasando por Isleta y el río Puerco llegó á Ácoma el 3 de Noviembre; temiendo los habitantes el justo castigo de sus crímenes, titubeaban mucho en admitir á los españoles, pero asegurándoles los misioneros el perdón, se rindió la plaza; treparon Vargas y los religiosos en 4 del mismo mes el peñol, celebrándose en el pueblo el juramento de obediencia, y recibiendo ochentisiete niños el bautismo.

Siguiendo la expedición el camino de Cubero, Ojo del Nacimiento, El Moro, Ojito de Zuñi y por la mesa de Galisteo, llegó á Zuñi. Pero encontróse Vargas con que los indios habían abandonado el pueblo y construido otro nuevo en una mesa alta, rodeada de precipicios, que se llama el peñasco de Galisteo. En este punto los Apaches se apoderaron de algunas reses de los españoles y tuvo lugar un encuentro de armas, el único en toda esta expedición, pero sin causar bajas. Zuñi se rindió el día 11 de Noviembre, todos juraron vasallaje y obediencia, y se bautizaron trescientos niños. Fué en Zuñi donde se encontró la única y sola señal de respeto hácia la religión. Conducían los indios al gobernador y á los religiosos á un pequeño cuarto, donde dos velas de cebo ardían ante una especie de altar, cubierto con pedazos de vestituario sacerdotal. Debajo del mantel improvisado había dos crucifijos, una pintura en aceite de la crucifación y otra de San Juan Bautista, una custodia con su luna, pero sin hostia, cuatro cálices de plata, tres patenas, un misal, varios otros libros, y dos campanas. Debíase la conservación de estos objetos al zelo verdaderamente fiel de algunos indios, que rodeados de apóstatas conservaban su fé, recogiendo en secreto y guardando con el mayor respeto estas reliquias, convencidos que debía llegar el tiempo en que el cristianismo hundiera de nuevo la idolatría. Con profunda emoción recibieron los franciscanos estos recuerdos santificados por la sangre de sus hermanos mártires.

Después de dejar una guarnición en Zuñi, Vargas siguió su marcha por Flía Hinín, aguaje del Entretenemiento, Chupaderos y Magdalena á Aguatavi. Presentáronse allí, mal aconsejados por los Navajos, en son de guerra sus vecinos, los Moquis; temíase un conflicto, pero persuadidos de las buenas intenciones del gobernador, rindiéronle homenaje pleno el día 20 de Noviembre. Visitarónse en seguida los demás pueblos de los Moquis, con excepción de Oraybi, donde gobernó Frasquillo, rindiéndose y prestando todos obediencia sin la menor dificultad.

Al pasar por el Moro, Vargas dejó allí la siguiente inscripción: "Aquí estaba el General Don Diego de Vargas que conquistó para la Santa Fé y la Corona Real á su costo todo el Nuevo México en el año de 1692."

Cansada la gente y los caballos, Vargas determinó devolverse, y pasar el invierno en el Paso del Norte, á donde, después de algunas ligeras escaramuzas con los Apaches, llegó el día 20 de Diciembre de 1692, habiendo llevado á efecto la reconquista en cuatro meses, menos un día. Todos los pueblos alzados se habían nominalmente somedido, y dos mil doscientos catorce niños recibido el bautismo. En Diciembre 27 tuvo lugar en la misión de Guadalupe la entrega solemne de las reliquias recogidas en Zuñi, al custodio de los religiosos franciscanos.

1693—1700.

LA PACIFICACIÓN.

HECHA la reconquista, era ahora preciso dar cuanto antes los pasos para asegurarla y hacerla estable, introduciendo colonos y formando plazas españolas. Bien convencido estaba Vargas, que la tan fácil reconquista lejos se hallaba de darle posesión tranquila de la provincia, que para ésto además de soldados, eran necesarios colonos con sus familias. Dirigíanse todos sus esfuerzos á tal punto, prestándole eficaz ayuda y auxilio el virey, Conde de Galve, que en carta fechada en Septiembre 4 de 1693, le avisa de estar en camino para El Paso, sesentiseis familias en número de doscientas treinticinco personas.

Se ocupó toda la primavera y todo el verano en los prepara-

tivos para la expedición. Enganchó Vargas soldados á su costo, y gracias á su actividad y energía asombrosa tenía reunido en El Paso á principios de Octubre de 1693, cien soldados, y setenta familias que se componían de ochocientas personas.

El día 13 de Octubre de 1693 salió esta expedición de allí, acompañarónla los misioneros: Fray Salvador de San Antonio, custos; fray Francisco Casañas de Jesús María, fray Juan de Alpuente, fray Juan Muñoz de Castro, fray Juan Daza, fray José Diaz, fray Antonio Carbonel, fray Francisco Corvero, fray Geronimo Prieto, fray José Antonio de Corral, fray Antonio Vabomonte, fray Antonio de Obregón, fray Domingo de Jesús María, fray Buenaventura de Contreras, fray José Narváez Valverde, y fray Diego Zeinos.

El ejercito, lo mandaba como general en jefe, Don Diego de Vargas, era su segundo Don Luís Granillo, y los colonos tenía á su cargo especial, el capitán Juan Paez Hurtado. Otros de los oficiales superiores eran: Roque de Mádrid; José Arias; Antonio Jorge; Lazaro de Misquía; Rafael Tellez Girón; Juan de Dios Lucero de Godoy; Fernando Duran y Chávez; Diego Varela, ayudante general; Francisco de Anaya Almanza; Juan Ruiz; Alonzo Rael de Aguilar; y, Antonio Valverde.

Dividióse la expedición en tres partes, y cerca de Socorro, dejando dos atrás, Vargas se adelantó con la mayor parte de los soldados. No encontró resistencia, pero el recibimiento en todas partes era más bien frio que entusiasta. Reunidos la tropa y los colonos el 16 de Diciembre de 1693, llevando el capitán Don Bernardino Duran de Chávez el estandarte original del primer conquistador, Don Juan de Oñate, las tropas españolas hicieron su entrada triunfal en Santa Fé, precedidas de los religiosos, que en procesión y cantando himnos se acercaban á la cruz, alzada en la plaza; entonabáse allí el Te Deum y la letanía de Loreto, con el tres veces repetido "¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!" Con-

cluida la ceremonia religiosa, Vargas dió solemne posesión de las misiones del Nuevo México á los hijos de San Francisco.

Los Tanos durante todo el tiempo de la sublevación habían ocupado como casas suyas las de Santa Fé, y nada grato les era por lo tanto tener que devolverlas á sus dueños legítimos, Vargas para evitar dificultades y darles tiempo, acampó su fuerza y los colonos en una loma al Norte de la ciúdad.

Los indios convencidos ahora que la ocupación de la provincia era un hecho consumado, perdían en mucho el entusiasmo mostrado el año anterior, temían que firmamente establecidos los españoles olvidarían sus promesas de perdón, esclavizándoles.

En breve tiempo empezaron las dificultades con los Tanos. La parroquia de Santa Fé había sido destruida, pero quedaban aún las paredes de la iglesia de San Miguél de los Tlascaltecas, y podía restaurarse aquel templo. Examinaronla en compañia del cabecilla Antonio Bolsas, los religiosos y el general. Dióse orden á los indios para que principíasen los trabajos con el fin que la iglesia pudiera usarse en la primavera. Evadió Bolsas el cumplimiento, pretestando que era demasiada la nieve en la sierra para acarrear vigas, ofreciendo en cambio una "estufa" para que la usaran los españoles por capilla. Los religiosos rechazaron indignados esta oferta irónica, creyendo, y con razón, que la intención de los indios era, usar el manto de la religión para cubrir su idolatría, pretendiendo asistir allí á la misa, miéntras en realidad practicaban los ritos de su paganismo. Negáronse también los Tanos á proporcionar la cantidad necesaria de maíz para la manutención de los españoles; é iba aumentándose el descontento y la discordia día por día.

Varios de los pueblos, con fin siniestro, solicitaron misioneros permanentes, y Vargas creyendo en su buena fé y completa sumisión, y tal vez para librarse de testigos inoportunos, nombró á religiosos para desempeñar este cargo en los pueblos de Tezuque, Nambé, San Ildefonso, San Juan, San Lazaro, Picurí, Taos, Jeméz, Zía, Pecos y Cochití. Los franciscanos,

mejor informados que el general, más conocedores del cáracter indígena, y prevenidos ya por Yé, cacique de los Pecos, de que la intención era apoderarse de ellos, asesinarlos, y alzarse de nuevo, rehusaron á separarse de Santa Fé, presentando una protesta formal en 18 de Diciembre, en que hacían constar: estar siempre prontos á sacrificar sus vidas en aras de la fé, pero no para derramar inútil y temerariamente su sangre. Vargas, sin embargo de haber prometido al obispo Montenegro no exponer á los religiosos futilmente, accedió con mal gusto á su solicitud.

Crudo y frio fué el principio del invierno de 1693, y mucho sufrían las tropas y los colonos acampados en la loma; elevaron solicitud á Vargas, pidiéndole persuadiese ú obligase á los Tanos á evacuar la plaza. Sabía bien el gobernador que este sólo podía conseguirse á fuerza, y en una junta de guerra se resolvió, que los indios se retirasen á su pueblo anterior de Galisteo.

Informados los Tanos de esta decisión, resistiérónse resueltamente, cerrarónse el día 28 de Diciembre las entradas á la plaza, y preparabánse ambos partidos para la lucha inevitable.

El padre Zeinos celebró la misa, exhortó la tropa, que siguiendo el estandarte español, al que se había unido una imágen de la Vírgen del Refugio, dió principio al asalto. Durante todo el día 29 del mismo mes ardió el combate, defendiéndose valerosamente los indios. Ya estaban en poder de los españoles la puerta principal y una "estufa" cuando se presentó un refuerzo de Tehuas; dos veces cargó la caballería sobre este nuevo enemigo, pero había llegado miéntras la noche obligándoles á interrumpir el combate. En la mañana siguiente, habiéndose suicidado el cacique, se rindió la plaza á discreción, arcabuceándose inmediatamente á setenta guerreros que sobrevivían, y dividiéndose las cuatrocientas mugeres y niños en calidad de esclavos entre la tropa y los colonos.

Con la toma de Santa Fé en mucho se había aliviado la situación de los españoles, tenían abrigo contra las inclemen-

cias del invierno, y abundancia de víveres y maíz. La fuerza era demasiada corta para emprender campañas ofensivas, y Vargas se contentó con reconocimientos más ó menos extensos, visitando varios pueblos de los Tehuas y Tanos.

El 23 de Enero 1694 se recibió aviso de fray Farfán de su llegada con setenta familias á Cerro Gordo, pidiéndo éste una escolta. Contestósele lo imposible que era cumplir con su solicitud.

Siguieron hostilizando los indios, y á fines de Febrero se emprendió una campaña en forma contra el pueblo de San Ildefonso. Fueron rechazados los españoles en el primer asalto, después de un combate de cinco horas. Sitióse la plaza hasta el 19 de Febrero, día en que debido al continuo mal tiempo y escasez de parque se abandonó el sitio, devolviéndose el ejercito á Santa Fé.

El día 12 de Abril, Vargas, accediendo á las suplicas de los Querés, reunió con ellos sus fuerzas, y derrotó á los revoltosos de Cochití, el 17 del mismo mes, en su nuevo pueblo fortificado de Cieneguilla, arcabuceando después del asalto á trece guerreros, y tomando por prisioneros á 342 mugeres y niños; apoderóse allí además de setenta caballos y novecientas ovejas. El día 21 fué sorprendido por los mismos indios el campamento, escapándose ciento cincuenta de las prisioneras. Regresó el ejercito el 25 y 27 en dos divisiones á Santa Fé, donde se repartieron las mugeres, los niños, la caballada, y las ovejas.

Siguieron durante el verano las operaciones militares, y en una de éstas fueron tomados presos, dos indios Jeméz, á quienes se les perdonó la vida por haber ofrecido enseñar la tumba del mártir, fray Juan de Jesús. Enarbolando el estandarte con la imágen de Nuestra Señora del Refugio, y seguido de los franciscanos y de sus capitánes, Vargas fué al lugar indicado cerca de Jeméz, y trasladaronse, como ya consta en un capitulo anterior, los restos á Santa Fé.

El día 23 de Junio llegaron á Santa Fé, fray Farfán y las

setenta familias de colonos, que fueron alojadas en la villa miéntras se efectuase la pacificación.

Rindierónse á fines de Agosto los Jeméz, pero aún seguían sublevados, fuertemente atrincherados en la mesa de San Ildefonso, los Téhuas y Tanos. Era necesario reducirlos antes que principíase el invierno, y marchó Vargas contra ellos con todo su ejercito, incluso ciento cincuenta auxiliares de los Querés y Jeméz; éstos el día 5 de Septiembre atacaron y fueron rechazados; sitióse entónces el lugar, y rindióse San Ildefonso el día 8 de Septiembre de 1694.

Se había perfeccionado la pacificación, y Nuevo México entró de nuevo á ser provincia de la Nueva España.

Dió Vargas con su acostumbrada actividad y energía principio á la colonización, empresa ardua que muchos disgustos ocasionó al gobernador.

Se enviaron religiosos á varios pueblos; fray Juan Muñoz de Castro, vice custos, salió á instalar los diferentes misioneros: á fray Francisco Casañas entre los Jeméz; á fray Francisco Corvero en San Ildefonso; á fray Geronimo Prieto en Santa Clara; á fray Antonio Obregón en San Cristóbal; á fray Diego Zeinos en Pecos; á fray Antonio Carbonel en San Felipe; y, á fray Juan Alpuente en Zía.

Las primeras desavenencias entre Don Diego de Vargas y los colonos se debían á un decreto humantiario y justo, inspirado por el religioso noble y caritativo, fray Francisco Casañas, misionero entre los Jeméz, que disponía la devolución de los esclavos á sus pueblos. Tanto agrado como causó medida tan sana y conciliadora entre los naturales, tanto disgusto producía entre los colonos.

Las setenta familias venidas con fray Farfán fueron ubicadas en 1695 en la Cañada. Fundábase allí la Nueva Villa de Santa Cruz de la Cañada en 12 de Abril con un ayuntamiento formado de un alcalde mayor, capitán á guerra, un sargento, cuatro cabos y un alguacil, y encargóse de los trabajos espirituales fray Moreno. Dióse de fundo legal á esta villa

las tierras de los pueblos de San Cristóbal y San Lazaro. Concedíase á esta nueva villa la preeminencia de antigüedad sobre todas las demás colonias de la provincia, con excepción de Santa Fé.

Sin embargo de rumores siniestros de conspiraciones siguió la colonización y la propagación de la fé. Llegó acompañado de cuatro religiosos el nuevo custos, fray Francisco Vargas, en reemplazo de fray Salvador que había renunciado. Tenían á su cargo la parroquia de Santa Fé, fray Juan de Muñoz y fray Antonio Moreno; fray José Díaz, que se había conquistado la confianza entera del pueblo de Tesuque prosiguió su trabajo allí; fray Juan García Marín dió principio á la misión de Santa Clara; fray Carbonel se cambió de San Felipe para Cochití, donde los indios habían construido una capilla y casa, estando más afortunado este religioso que el padre Miguél Tirso, el cuál en Santo Domingo no encontraba ni habitación, ni capilla, teniéndose que alojar en una choza miserable; y fray Antonio Acevedo desempeñó la misión de Nambé.

El primer experimento de colonización dió triste resultado, entrando en las siembras un gusano que devoró los granos antes de madurarse, causando en los años de 1695–1696 una hambre con todo su séquito de sufrimientos. Vierónse muchos de los colonos reducidos á la última misería, y más de doscientos murieron por falta de alimentos. El virey á quien Vargas se había dirigido solicitando auxilios, ordenó en Febrero de 1696 le envíasen doscientas reses del Parral junto con armas y pertrechos de guerra, pero amonestando al mismo tiempo á los colonos, que debían prevenirse en lo futuro de estas desgracias, y no ocurrir á las cajas reales que demasiados gastos tenían que sufragar.

Todo parecía tan pacífico á los colonos españoles, que sin la más leve sospecha ó la más ligera precaución se diseminaron por todo el país; pero ya en la primavera de 1696, los misioneros, colocados en el centro de los pueblos y en contacto

continuo con los indios, previnieron al gobernador de los preparativos para un nuevo alzamiento. Vargas injustamente los acusó de pusilanimidad. En Marzo 7 de 1696, el custos dirigió atento oficio al gobernador, representándole el peligro eminente en que las misioneros se encontraban, quienes solos y sin protección ninguna perecerían los primeros, antes que auxilio pudiera alcanzarlos; solicitó se mandase un destacamento pequeño á cada misión; rehusólo el gobernador por serle imposible; envióle el custos otras dos solicitudes, fechada la una en 13 y la otra en 22 de Marzo; contestóle Vargas, que todo misionero que temía de su vida, podía venir si quería á vivír en Santa Fé, escribiendo el gobernador al mismo tiempo, Marzo 28, al virey acusando á los misioneros de cobardía y pusilanimidad. Ofendidos en su amor propio por las palabras insultativas é injustas de Vargas, los religiosos no insistieron, ofreciendo sus vidas en sacrificio á Dios.

El resultado de tanta obcecación no se dejaba esperar por mucho tiempo. En Junio 4, los Picuriés, Taos, Tehuas, Tanos, Querés y Jeméz se sublevaron. Su primer paso fué profanar las iglesias y los objetos sagrados, su segundo dar la muerte á los misioneros. En San Cristóbal fué asesinado fray José de Arvizú; y en Taos, fray Antonio Carbonel. Fray Francisco Corvero, misionero en San Ildefonso, y Fray Antonio Moreno en Nambé, fueron encerrados en una celda del convento de San Ildefonso, después sus carceleros, los Tehuas, taparon todas las puertas y aberturas, prendieron fuego á la iglesia y al convento, pereciendo los religiosos sofocados por el calor y el humo. Un capitán y el intérprete sacaron por medio de un engaño al santo varón, fray Casañas, de su convento de Jeméz, diciéndole que un moribundo pedía su auxilio. Acompañóles el religioso, y una vez fuera del pueblo, lanzarónse los infames sobre su víctima inocente, que repitiendo sus rezos, cayó bajo los golpes de sus macanas, entregando su alma al Creador.

Perecieron además de estos religiosos, veintiun españoles en varias partes del país.

Los pueblos de Pecos, Tesuque, San Felipe, Santa Ana, y Zía no tomaron parte, pero á los de Ácoma, Zuñi y Moqui se les acusaba de ayudar á los insurrectos. Vargas al fin convencido de la sublevación, aunque demasiado tarde, emprendió vigorosa campaña, recorrió la provincia hasta Ácoma, plaza que no se rindió. En Septiembre derrotó á los Taos, que recibieron permiso para volver á su pueblo ; en Octubre 26 destrozó los Tehuas y Picuriés de San Juan, tomándoles presas ochenticuatro de sus mugeres, que después se distribuieron como esclavas entre sus soldados. El 24 de Noviembre, día en que escribió su informe al virey, estaba reestablecido el órden en toda la provincia, con excepción de Ácoma, Pujuaque y Santa Clara.

Expiró el término de Don Diego de Vargas como gobernador en 1696, y el Rey nombró en su lugar á Don Pedro Rodríguez Cubero, que llegó al Nuevo México y tomó posesión de su empleo en 2 de Julio 1697.

Ingratidud es la moneda con que el mundo paga los favores. Apénas había entrado el nuevo gobernador á ejercer sus funciones, cuando aquellos á quienes Don Diego había ayudado en sus necesitades, á quienes había devuelto sus bienes y tierras, y los que le debían todo, los que de la nada había sacado, presentaron queja formal contra él, acusándole de defraudador, de sedicioso, de mal gobernante, y sin embargo de salir ileso del juício difícil de residencia,* se le encarceló para responder á las acusaciones presentadas por sus contrarios. Aquellos que con más razón pudieran haber tenido queja de él, los religiosos, fueron los que salieron en su defensa. El custos, fray Vargas, de visita en México se empeñó con el virey, Don José Sarmiento Valladares, conde de Moctezuma y de Tula, para que se le diera libertad bajo fianza, haciendo constar que

* Juício en el cual se tomaba cuenta á alguno de la administración del empleo que se puso á su cargo.

Don Diego, aunque demasiado entusiasta nunca había dado á los españoles causa justa de queja, sino que más bien merecía su cariño y respeto por haberlos siempre protegidos. Dió el virey la órden pedida, pero Don Diego de Vargas, como buen caballero y noble español, rehusaba aceptar una liberdad condicional, prefería á la mofa de la canalla la prisión, miéntras no se establecíera su inocencia, y llegó este decreto á los pocos meses, saliendo Vargas en Julio de 1700 para México, donde por órden del Rey se examinó su causa, declarandósele libre é inocente. Ya en 1699 por cédula real se le dió á escoger entre los títulos de Marqués y Conde, nombrandósele sucesor de Cubero, cuando en 1702 expirase el término de gobernación de éste.

De Cubero poco ó nada se sabe; según parece tomó por miras particulares una parte activa en la persecución injusta de Don Diego de Vargas.

Durante su gobierno renunció el custos, fray Vargas, y fueron sus sucesores: primero fray Diego de Chavarría, después fray Juan Muñoz de Castro, y más tarde fray Antonio Guerra.

En Mayo 1° de 1698 parece que había en la provincia trescientas trece cabezas de familia, representando mil quinientos españoles, sin contar la tropa, entre los que se distribuieron seiscientas vacas, doscientos sesenta toros, tres mil trescientas ovejas y carneros, y dos mil doscientas cabras, además de una gran cantidad de telas.

Seguía la pacificación de los pocos pueblos que aún no reconocían á las autoridades españolas. Santa Cruz de Galisteo se repobló con Tanos á principios de 1698; los Querés de Cieneguilla, Santo Domingo y Cochití construieron el mismo año un nuevo pueblo cerca de un arroyo, á cuatro leguas al Norte de Ácoma; el día 4 de Julio de 1699 este pueblo prestó juramento de vasallaje y obediencia, y recibió el nombre de San José de la Laguna; el 6 del mismo mes y año Ácoma renovó una vez más sus repetidos juramentos y cambió su nombre de

San Estebán á San Pedro de Ácoma; el día 12 de Julio la Purísima de Zuñi, antes Ascención, y poco después Guadelupe pasó por la misma ceremonia.

Pocas dificultades experimentó la provincia en los últimos cuatro años del siglo XVII. de los indios bárbaros. Los Navajós se manifestaron amigos de los españoles hasta el año 1700, y los Apachés pocos males causaron.

EL SIGLO XVII.

LOS INDIOS PUEBLOS.—REVISTA.

NACIÓN misteriosa es la que tanto nos ha ocupado en estas páginas. Su orígen, su historia, su civilización envuelta en denso velo tejido por el trascurso de muchos siglos. El nombre que ahora tiene, indios pueblos, débese á los españoles que encontrándoles agrupados en poblaciones, los distinguieron así de los tribus nomádes.

Su orígen se pierde en la oscuridad de las edades primitivas y no es éste ni el lugar, ni lo permite el espacio para entrar á un exámen de las diferentes conjeturas. Concretaremonos en este punto á los juicios y opiniones dados por los eminentes historiadores méxicanos Orozco y Berra y Don Alfredo Chávero, sin asegurar que sean positivos.

Repítese en todas las crónicas la tradición que los nahoas, pobladores de México, habían venido del *Chicomoztoc,* que los escritos traducen literalmente las *siete cuevas,* están contestes las traduciones que el Chicomoztoc estaba en el Noroeste y á este rumbo, como hemos visto, fueron las expediciones de los primeros conquistadores en busca de las *siete ciúdades,* que en realidad, en tiempos muy anteriores á la conquista, fueron

siete grandes centros que constituyeron siete distintas nacionalidades, y fué el más importante *Huehuetlapállan*, y es de presurmirse que allí tomó más desarrollo la civilización nahoa, que también se llama tlapalteca.

Los nahoas tuvieron generalmente la costumbre de dar nombre á sus ciúdades de acuerdo con las circunstancias especiales del terreno en que las construían, así designaban esa importantísima ciúdad llamándola Huehuetlapállan, la vieja Tlapállan ó sea el lugar de tierra colorada ó bermeja, y por ser así la de aquel terreno; colocándose esta ciúdad cérca de donde se junta el río Gila con el Colorado, nombre que se le da á causa del color que arrastran sus aguas á corta distancia del golfo de Cortéz o Mar bermejo.

Aquellos pueblos nahoas no nos dejaron anales, de manera que ignoramos por completo su historia. Y como cuando llegaron á esas regiones los españoles hácia más de diez siglos que la civilización nahoa había desaparecido, y los lugares estaban habitados por nuevas tribus ó por descendientes degenerados de los primeros, tan solo de indicios pueden servir las costumbres que en estos sitios encontraron. Hallaron en ellas páginas mudas de ruinas antiquísimas en aquellos tiempos, pero que testimonio intachable son de la presencia allí de una nación civilizada, los Nahoas.

Imposible es identificar positivamente los indios pueblos con esa nación, pero sus costumbres, sus habitaciones, su religión indican un parentesco con ella; y es ésta una de las pocas soluciones referente á su orígen; pero débese tener presente, para no incurrir en un error muy comun entre ciertos anglo-americános, que los Nahoas no eran idénticos con los Aztecas, y que estos últimos ninguna relación tienen con los indios pueblos. Los Nahoas en tiempos pre-historicos llegaron procedentes del Noroeste al Anáhuac, y los Aztecas se presentaron allí á principios del siglo decimo ó undecimo, y no se aproximaron al valle de México sino hasta por el año de 1195. Los nahoas, según Orozco y Berra y Chávero, era nación agricola como

los pueblos, miéntras los Aztecas eran nomádes, indios más ó menos salvajes. Dáse una importancia que no tiene al nombre Moteczuma en relación con los pueblos. Es enteramente moderna la leyenda de Moteczuma, traido de México por los indios auxiliares de las primeras expediciones, entre los cuales aún estaba vivo el recuerdo de uno de los emperadores méxicanos, Moteczuma, el segundo, que poco después de la conquista de Hernan Cortéz murió en 1494.

Los indios pueblos profesaban la religión de los astros, sobre todo de los que más directamente influían en su vida, en su vista, y en su imaginación: el sol, la luna, la estrella matutina y vespertina; rendíanles adoración, pero en su honor sea dicho, jamas mancharon con sangre humana los altares de deidades feroces y desapiadadas. Tenían además ídolos y pinturas de sus dioses, los que adoraban.

El culto se practicó en la "estufa," que al principio era el hogar donde ardía el fuego, su dios creador, pero después se daba este nombre á la casa exclusivamente dedicada á ceremonias religiosas y que á la vez servía, si así se puede llamar, de casa de gobernación. Celebráronse en esa los bailes sagrados á los que estaban muy aficionados y de los que tenían gran número.

La casta sacerdotal no solamente ejercía gran influencia religiosa, sino aumentaba ésta con dos empleos á que se dedicaba ella exclusivamente, los de hechiceros y curanderos. Predecían la suerte de los hombres, y curaban con diversas hierbas, usando de ciertas ceremonias para imponer á la multidud. Fueron ellos los instigadores de las sublevaciones, pues era en sumo grado poderosa la influencia suya en las juntas donde se decidían los destinos públicos. Fijémonos aqui, en una observación muy importante que hace el ilustre historiador méxicano Chávero, y que es: que en estas juntas no se trataba más que del ínteres de un pueblo ó de una nación particular, no existía el ínteres de patria ó nacionalidad comun, y esta falta de cohesión nacional hizo posible no solamente la

conquista del Nuevo México sino de toda la América Septentrional.

Las casas eran de tres, cuatro y hasta de cinco y seis pisos; el primero completamente cerrado servía de muralla; en su azotea se levantaba el segundo piso, dejando en el primero un terrado de dos ó tres piés para que sirviera de entrada; ésta se hácia por puertas disimuladas y por medio de escaleras de mano que se retiraban á voluntad; igual procedimiento se seguía en la construcción de cada piso superior. Retiradas las escaleras, cada casa era una fortaleza inexpugnable y ofrecía seguridad completa contra los ataques de los indios bárbaros.

Trabajaban los diferentes pueblos sus tierras en comunidad, y era desconocida la propiedad individual de terreno. Amaestrados por la experiencia reservaban de cada cosecha cierta parte, que almacenaban para estar á cubierto de las necesitades que años malos, faltos de agua, podían atraer.

Dos grandes divisiones políticas podían considerarse á fines del siglo XVII. en la Nueva España: la audiencia de México y la de la Nueva Galicia; además, algunos gobiernos que dependiendo directamente del virey, no estaban verdaderamente sujetos á ninguna de las dos audiencias. El Nuevo México lo mismo como la Nueva Vizcaya, tenía gobernador particular sujeto al virey, sin embargo de que, como en el caso de Cubero, fuera nombrado directamente por el Rey. El gobierno, pues, en aquel tiempo, presentaba estrañas anomalias, por que la división entre las audiencias de México y de Guadalajara; la designación de gobernadores para algunas provincias y no para todas, pues unos emanaban del virey y otros del monarca; la intervención de la audiencia de México en muchos de los ramos de la administración; y el espíritu centralizador de la corte de España, presentaban grandes dificultades á la buena administración y complicaban el organismo de aquella máquina. Este mal ya se hizo sentir también en Nuevo México durante la administración de Vargas y

Cubero, su autoridad estaba limitada, mal definida y daba lugar á continúas quejas, á eternas disenciones, á desavenencias constantes entre el gobernador y el cabildo. Toda determinación de alguna importancia tenía que consultarse con el virey y la Audiencia de México, y estos corrieron traslado á la corte, resolviendo definitivamente el Rey, pero desgraciadamente esta resolución llegó las más veces demasiado tarde, ya cuando la necesitad había pasado, y la urgencia no existía.

Débese atribuir la gran tardanza para la reconquista del Nuevo México, primero á lo poco importante que se le consideraba, y segundo y principalmente á que dependía del virey directamento, no formando parte de una de las audiencias.

Veíase en aquel tiempo la Nueva España expuesta al peligro constante que en las costas de Atlántico presentaban las flotas de los piratas, además llamaron la atención de los vireyes, disenciones intestinas, y debido á las guerras de Europa exigía grandes cantidades el tesoro real ; eráles por lo tanto imposible cumplir con celeridad las ordenes del Rey, que repetidas veces recomendó la conquista y pacificación de esta provincia. En realidad el siglo XVII. fué en el Nuevo México el siglo de las misiones ; colonias, exceptuando tal véz los últimos dos ó tres años, no había. Todo lo hecho antes de la sublevación se debía mayormente á los religiosos franciscanos, y los soldados lejos de prestar ayuda eran en muchos casos un verdadero perjuicio, destruyendo en un día por sus exigencias y conducta licenciosa el trabajo de años alcanzado por los religiosos. Otra de las remoras para la pacificación de los indios eran los exploradores de minas, que desconociendo todo derecho y obligación humanitaria, obligaban á los naturales á las más rudas faenas; y según parece sin gran beneficio propio, pues dejando á un lado todos los cuentos fantásticos y leyendas de moderna invención, en el siglo XVII. no se explotaba en forma ni una sola mina en todo el actual Nuevo México, lo hecho se reducía á exploraciones que tampoco dejaron los resultados espera-

dos. La prueba de lo dicho consiste en que no constan en los libros de la hacienda real, ningunos pagos del quinto hecho por mineros del Nuevo México, pago del que no pudieran haberse excusado bajo el entónces existente sistema de recaudación. Lo que pasó, es, que muchos confunden hoy en el día, las minas de la Sierra Madre en la frontera actual de Chihuahua y Sonora, que en aquella época empezaron á trabajarse, con las de Nuevo México. Los minerales que más se menciónan son: el tan buscado Cerro Azul, y aquel descubierto por Espejo y después visitado por Coronado, y ambos indudablemente se encontraban, si existían, en lo que es en la actualidad el territorio de Arizona.

Referente á los pobladores tienen que hacerse distinciones; había soldados cuyo única profesión era el ejercicio de las armas, y que tenían á su cuidado la defensa de la provincia; hombres acaudalados, las más veces con cargos militares, que á sus gastos hicieron la colonización; y, tercero los colonos propios, ya sostenidos por el Rey, por el adelantado ó por los ya mencionados personas ricas. Estos colonos se reclutaban los más de la provincia fronteriza de la Nueva Vizcaya y de la clase humilde de los centros de la Nueva España.

Desde 1620 pasó el Nuevo México de la jurisdicción eclesiástica de Guadalajara á la sed episcopal de la Nueva Vizcaya, establecida en Durango. Como se anotó ya, intentábase erigir la provincia en obispado, pero no pudo llevarse á efecto este proyecto. Como veremos en lo adelante, este estado de administración eclesiástica producía graves males, debido á que la autoridad se encontraba á tan gran distancia.

Los gastos de los misioneros, más de sesenta mil pesos al año, los sufragaba el Rey, y las provincias del Santo Evangelio de México y de Querétaro; y así, cuando estas cajas se encontraban escasas de fondos, sufrían las misiones por falta de religiosos, y los mismos franciscanos se vieron expuestos á muchas inconveniencias, empleando, como acostumbraban hacerlo, su paga reducida para adornar sus iglesias y auxiliar á

los necesitados y pobres de sus pueblos. Á esta falta de obispo propio de la provincia pueden ascribirse la ausencia de colegios y conventos, los dos grandes auxiliares de la ilustración sobre todo en la frontera Norte de la Nueva España. Los frailes franciscanos hicieron lo posible en sus misiones de los naturales, pero no podían atender con la eficacia necesaria á las colonias españolas.

El ganado vacuno y lanar, y la caballada traido por los primeros conquistadores y colonos ya se iba aclimatando, y en breve tiempo se reproducía de un modo extraordinario, sobre todo los caballos y las ovejas, que empezaron á formar el ramo más importando de la industria del país ; y es bueno recordarlo, que la industria indígena de la fabricación de frazadas y cobijas de lana se debe á los primeros misioneros, que enseñaban á los indios á aplicar el arte de tejerlas, y mejoraron sus telares.

Un pormenor de bastante curiosidad es, que durante la conquista de Nuevo México, lo mismo como durante los primeros siglos en la Nueva España, los toros y vacas se tomaban en el campo no por medio del lazo, como hoy se ejecuta, sino más generalmente con desjarretaderas, que es un instrumento compuesto de una media luna de acero muy cortante puesta en el extremo de una vara del gruesor y longitud de una pica y con él los ginetes siguiendo á los toros ó vacas los desjarretaban en la carrera. Este medio se empleó sobre todo en la caza de los cíbolos.

Abundaban las sierras y los bosques del Nuevo México en toda clase de animales feroces y de caza, ocelotes, leones, osos y venados. En las llanuras pasteaban inmensas manadas de cíbolos y berrendos, en los campos había en abundancia liebres y conejos. Las tierras eran fértiles en los valles de los ríos y sierras, y abundaban terrenos para la cria de ganado vacuno y lanar.

No obstante la sublevación que acababa de pasar, el índole de los naturales era por lo general dócil, y amantes de su

hogar preferían vivir en sus pueblos sometidos á los españoles, que abandonarlos y vagar errantes entre los tribus bárbaros.

La colonización ya no ofrecía grandes obstáculos, sólo requería perseverancia en el trabajo. La lucha sangrienta acabó, el lugar de la espada ocupó el arado, y el de la lanza, el báculo del pastor.

Concluiremos la primera parte con los versos del vade neo-méxicano capitán Gaspar de Villagrá :

" Las armas y el varon heroico canto
El ser, valor, prudencia, y alto esfuerço,
De aquel cuya paciencia no rendida,
Por un mar de disgustos arrojada,
À pesar de la inuidia ponçoñosa,
Los hechos y proezas va encumbrando.
De aquellos Españoles valerosos,
Que en la Occidental India remontados,
Descubriendo del mundo lo que esconde,
Plus ultra con braueza van diciendo . . . ."

SEGUNDA PARTE.

NUEVO MÉXICO: PROVINCIA, DEPARTAMENTO, TERRITORIO.

1700—1822.

LA PROVINCIA DE NUEVO MÉXICO.

COMPÓNESE la historia del Nuevo México durante el siglo XVIII. de una serie no interrumpida de luchas contra los indios bárbaros: Apachés, Navajós, Yutés y Comanchés; de esfuerzos vanos para subyugar á los Moquis; de continúas desavenencias y recriminaciones entre los religiosos y gobernadores, y de acusaciones que estos últimos se dirigían mútuamente.

No carecen estos sucesos de intéres, pero es impracticable dar sus pormenores en un espacio tan limitado como el presente; por lo tanto la necesitad obliga á presentar solamente un sumario breve de los acontecimientos más notables que se han verificado durante el régimen de cada gobernador.

PEDRO RODRÍGUEZ CUBERO (1697—1703).

Durante la administración de Cubero, los religiosos fray Juan de Garaicoechea y fray Antonio Miranda habían esta-

blecido misiones en Zuñi, Ácoma y Laguna. Dióle Cubero al primero una pequeña escolta, pero como sucedía con frecuencia los soldados más bien de ser un beneficio resultaron ser un perjuicio, ocasionando mala voluntad y dando peor ejemplo por su conducta viciosa. En vano solicitó fray Juan del gobernador su retiro, y entónces el día domingo, 4 de Marzo de 1703, aconteció lo que el religioso desde tiempo temía. Miéntras se cantaba el versículo del Santísimo Sacramento después de misa, los indios mataron á un español en el coro y otros dos cerca de la puerta de la iglesia en Zuñi. El intérprete y algunos otros salieron á la defensa del religioso, que escondido por tres días en una de las casas del pueblo, pudo salvarse de la furia momentánea de los indios, que restablecida la calma lo recibieron con alegría, ignorando la mayor parte esta conspiración, que únicamente había sido obra de siete descontentos. Sin embargo de sus protestas, Cubero envió tropas á Zuñi para que escoltasen á fray Juan á Santa Fé, y no volvió sino hasta 1705.

Sabiendo Cubero la llegada de su sucesor Vargas, á quien pocos años antes había perseguido, y temiendo su venganza, antes que se preséntase éste en Santa Fé se retiró Cubero de la provincia en Agosto de 1703 y murió en México en 1704.

DON DIEGO DE VARGAS, MARQUÉS DE LA NAVA DE BRAZINAS (1703—1704).

Agraciado por el Rey con el título de marqués, el conquistador del Nuevo México tomó por segunda vez posesión del cargo de gobernador y capitán general de esta provincia en Noviembre 10 de 1703, pero al emprender una campaña contra los Apachés enfermóse repentinamente en la Sierra de Sandía, exhalando su último aliento en Bernalillo el día 4 de Abril de 1704. Su cadáver fué enterrado en lo que entónces era la parroquia de Santa Fé.

DON JUAN PAEZ HURTADO (1704—1705).

Hurtado teniente del gobernador y amigo intimo de Vargàs se encargó interinamente del gobierno hasta Marzo 10 de 1705, en que por nombramiento del virey se recibió de la provincia

DON FRANCISCO CUERVO Y VÁLDEZ, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO (1705—1707),

que en vano luchó contra las invasiones de los Apachés y Navajós. En 1706, fundó con treinta familias una población nueva á la que dió en honor del virey, Don Francisco Fernández de la Cueva Enriquez, duque de Alburquerque; el nombre de Villa de San Francisco de Alburquerque, cambíandose el nombre del santo poco después en San Felipe, en honor del monarca español, Don Felipe V. Repobló con dieziocho familias Tanos de Tesuque, el pueblo de Santa María (antes Santa Cruz) de Galisteo; cambió algunas familias Tehuas al antiguo pueblo de Pujuaque, ahora llamado Guadalupe; pobló también la villa primera, abandonada desde mucho tiempo de La Cañada, llamándola Santa María del Grado. El cabildo de Santa Fé durante su administración se componía: del capitán Diego Arias de Quirós, alcalde; Antonio Aguilar, alguacil mayor; los capitánes Antonio Montoya y Antonio Lucero, Francisco Romero de Pedraza, y del alférez Martin Hurtado, regidores; Cristóbal Góngora, escribano. La autoridad de Bernalillo estaba investida en los capitánes: Fernández Chávez, Diego Montoya y Manuel Vaca; el alférez Cristóbal Jaramillo y el sargento, Juan Gonzales. El presidente de las misiones era aún el custos fray Juan Álvarez. Proseguíase la campaña contra los Moquis por los capitánes Juan Roque Gutierrez y Tómas Holquin, pero sin alcanzar ningun resultado.

DON JOSÉ CHACÓN MEDINA SALAZAR Y VILLASEÑOR, MARQUÉS DE LA PEÑUELA (1707—1712).

El marqués de la Peñuela fué nombrado directamente por Felipe V. en 1705 y tomó posesión del gobierno en Agosto 1° de 1707. La capilla restaurada por Vargas al tomar de nuevo á Santa Fé se encontraba en muy mal estado, estando además demasiado pequeña para el número crecido de los feligreses ; el marqués de Peñuela solicitó del virey permiso para edificar á sus costos una iglesia parroquial en el mismo sitio que había ocupado la destruida por los indios ; concediósele con la condición de pagar á los indios ocupados en el trabajo y principiábase la obra en 1708. El custos Fray Juan de la Peña reunió en 1709 algunas familias Tiguas y pobló de nuevo con ellos el pueblo abandonado de San Agustín Isleta; el mismo año causaron grandes perjuicios y muchas muertes los Navajós. Murió en aquel tiempo fray Juan, y nombróse custos á fray Juan de Tagle, que tenía á su cargo los treinticuatro religiosos franciscanos en el Nuevo México.

DON JUAN IGNACIO FLORES MOGOLLÓN (1712—1715).

Ocupóse el gobierno de Don Juan, desde el primer día, Octubre 5 de 1712 hasta Octubre 1715, de una guerra continua contra los indios. Alzarónse primero los Zumas en el Sur en 1712, hubo dificultades con los Zuñi en 1713, en Octubre 4 de 1714 el capitán Serna derrotó á los Navajós en su país propio, y en 1715 se temía una nueva sublevación general. Proseguíeronse las tentativas inútiles de la pacificación de los Moquis.

CAPITÁN DON FELIZ MARTINEZ (1715—1717).

El gobernador Mogollón era ya anciano, y debilitada su salud renunció, encargándose interinamente el gobierno al

capitán Martinez, natural de Sevilla, España, hasta Septiembre de 1716; pero este soldado encausó y encarceló por dos años á su predecesor sin causa justa. Dos campañas se hicieron durante su gobierno, la una en contra de los Moquis y la otra en contra de los Yutés y Apachés.

CAPITÁN DON ANTONIO VALVERDE Y COSÍO (1717—1721).

Informado el virey, Don Baltazar de Zuñiga, marqués de Valero, duque de Arión, del proceder arbitrario de Martinez, mandó ordenes al capitán Valverde, comandante del presidio de Paso del Norte, para encargarse del gobierno de esta provincia, ordenando al mismo tiempo á Martinez se presentase en México. Rehusó este último entregar el gobierno cuando Valverde se presentó en Santa Fé, Diciembre 9 de 1716, pero tenía que acatar las ordenes del virey y marchó á México; acompañado de Mogollón en 20 de Enero 1717, dejando el gobierno en manos de Don Juan Paez Hurtado. Tenía entónces el Nuevo México aparentemente dos gobernadores, pero en breve tiempo se recibieron ordenes terminantes, y Hurtado se retiró de los negocios públicos.

En 1719, Valverde con ciento cinco españoles y treinta indios hizó una expedición contra los Yutés y Comanchés y llegó hasta los actuales estados de Colorado y Kansas; y en 1720 hizó una visita general á todos los pueblos de la provincia.

DON JUAN DE ESTRADA Y AUSTRÍA (1721—1722).

Don Juan de Estrada gobernó al Nuevo México interinamente como juez de residencia durante el juicio instruido contra los ex-gobernadores Mogollón y Martinez.

DON JUAN DOMINGO DE BUSTAMANTE (1722—1731).

Bustamante tomó posesión del gobierno en dos de Marzo de 1722. En su tiempo empezaba el comercio clandestino entre

los españoles de la frontera y los franceses de la colonia de Luisiana, prohibióse por el Rey en 1723. En 1724 los Yutés atacaron á Jeméz, y los Comanchés á los Apachés en Jicarilla, matando á todos éstos con excepción de sesentinueve hombres, dos mujeres y tres muchachos, quedando éstos últimos mortalmente heridos. En 1727 poblaron los franceses á Cuartalejo y Chinali, 160 leguas de Santa Fé, y por falta de tropa no fueron desalojados. En 1724 y otra vez en 1730—1731 los padres jesuitas Miranda, Irazábal, Archundi y José Narváez Valverde visitaron la provincia de los Moquis, fueron bien acogidos, pero fuéles prohibido por los indios establecerse. Durante el gobierno de Bustamante recibió Nuevo México la primera visita de su obispo, el Exmo. fray Benedicto Crespo, habiéndose por bula del Papa Pablo V. en Octubre 11 de 1620 establecido la sed de Durango, la que incluía á Nuevo México.

DON GERVASIO CRUZAT Y GONGORA (1731—1736).

Durante su gobierno estableciόse á cargo de fray Mirabal una misión de Apachés Jicarillas en el año 1733 en el río Trampas, á tres ó cuatro leguas de Taos. Prohibió, bajo penas severas, la venta de armas y parque á los indios bárbaros.

DON ENRIQUE DE OLAVIDE Y MICHALENA (1736—1739).

Olavide encargóse provisionalmente del gobierno en Mayo 17 de 1736. En 1737 el Exmo. fray Martín de Elizacoecha, ordenado obispo de Durango, siguió el ejemplo de su ilustre predecesor, el obispo Crespo, y pasó una visita pastoral á esta provincia. Conservâse todavía en El Moro la siguiente inscripción : *Dia 28 de Sep. de 1737 a*^{s} *llego aqui El Il*^{mo} *S*^{r} *D*^{r} *D*^{n} *Mr*^{tt}*n de Elizacoechea Obispo de Durango Y El dia 29 paso p*^{a} *Zuni.*

DON GASPAR DOMINGO DE MENDOZA (1739—1743).

Mendoza fué nombrado gobernador por el Rey, Felipe V., en Mayo 12 de 1737, y prestó juramente en Enero de 1739. En 1740 llegaron nueve franceses al Nuevo México, estableciéndose dos en Santa Fé, y los restantes siete cerca de Alburquerque en un lugar que se llamba Cañada, y más tarde Limpia Concepción ó Fuenclara. Los religiosos, fray Delgado y fray Ignacio Pino, en una visita que hicieron á la provincia de los Moquis, recogieron á cuatrocientos cuarentiun Teguas, que anteriormente á la sublevación del 1680 habían vivido en los pueblos de Sandía, Alameda, y Pajarito, y fueron distribuidos entre las varios naciónes.

DON JOAQUIN CODALLOS Y RABAL (1743—1749).

En 1744 los religiosos, fray Delgado y fray Irigoyen, predicaron el evangelio á los Navajós, muchos de los cuales recibieron el bautismo, pero emprendiéndose más tarde una guerra entre los Navajós por una parte, y los Yutés y Chagaguás por la otra fué, imposible el establecer misiones permanentes.

En 1745 fray Delgado, fray Irigoyen y fray Juan José Toledo recibieron licencia para visitar á la provincia de los Moquis, escoltándoles ochenta indios ; fueron bien recibidos, escuchándose con mucha atención sus sermones, pero negáronse los indios al establecimiento de misiones.

Los Teguas recogidos en 1742 fueron unidos en 1748 en Sandía, reconstruiéndose su pueblo en ó cerca del lugar ocupado antes de la sublevación.

Seguían sus incursiones durante el gobierno de Rabal los Yutés, Apachés y Comanchés, causando graves males y muchos muertos.

Conforme á Bonillo el Nuevo México tenía en 1749, 3779 españoles y 12,142 indios cristianos, además de mil doscientos españoles avecindados en Paso del Norte y sus alrededores.

DON TOMÁS VELEZ CACHUPIN (1749—1754).

Con anterioridad se había nombrado en 1747 para sucesor de Rabal al coronel Francisco de la Rocha, pero este señor alegando su edad avanzada solicitó se le dispensase del cargo, y el Rey nombró para gobernador á Cachupin, que se encargó del gobierno de la provincia á principios de Mayo de 1749. Prosiguió este gobernante enérgicamente la campaña contra los Comanchés, matándoles en un sola acción de armas en 1751, ciento un guerreros y tomando los restantes cuarenticuatro presos.

DON FRANCISCO ANTONIO MARIN DEL VALLE (1754—1760).

Visitó de nuevo á los Moquis otro religioso, fray Rodríguez de la Torre, en 1755 con el fin de establecer una misión, pero negarónse resueltamente á permitirlo los caciques de aquella nación.

Hizóle el obispo Tamarón de Durango una visita pastoral al Nuevo México, que duró desde Abril hasta Julio de 1760, confirmáronse 11,271 personas, más 2973 en Paso del Norte.

En Agosto de 1760 los Comanchés sacquearon á Taos, en la defensa murieron casi todos los vecinos varones, llevándose los indios cautivas á cincuenta mueres.

DON MATEO ANTONIO DE MENDOZA (1760—1761).

Mendoza se encargó provisionalmente del gobierno por algunos meses, tal vez desde fines de 1760 á principios de 1761, tiempo en que entró

DON MANUEL PORTILLO URRISOLA (1761—1762)

de gobernador interino, el cuál se batió valientemente contra los Comanchés, vengando el sacqueo de Taos.

DON TOMÁS VELEZ CACHUPIN (1762—1767).

Cachupin tomó á su mando de nuevo el gobierno de la provincia el día 1º de Febrero de 1762.

En 1765 salió una expedición en busca de minas á San Juan en el actual estado de Colorado.

CORONEL DON PEDRO FERMIN DE LARA Y MEDINUETA, CABALLERO DE LA REAL ÓRDEN DE SANTIAGO (1767—1778).

En Octubre de 1761 á causa de una gran creciente del río, el palacio y las casas reales en Santa Fé se vieron en gran peligro, pero afortunatamente pasó sin causar perjuicios. En 3 de Febrero de 1771 se firmó un tratado de paz entre Medinueta y los Comanchés, que se publicó por bando en 5 de Abril del mismo año. En 1776 se organizaron las Provincias Internas bajo un capitán general, siendo el primero Don Teodoro de Croix, sobrino del marqués de Croix, virey que había sido de la Nueva España, y desde entónces cesaron los gobernadores del Nuevo México de tener el título y de ejercer las funciones de capitán general.

DON FRANCISCO TREBAL NAVARRO (1778).

Navarro desempeño provisionalmente el gobierno desde Marzo de 1778 hasta fines del mismo año, cuando llegó el nuevo gobernador

TENIENTE CORONEL DON JUAN BAUTISTA DE ANZA (1778—1789).

Era este gobernante, natural de Sonora y ya famoso por sus expediciones á California, uno de los más enérgicos que regía los destinos de esta provincia. Apénas había tomado posesión del gobierno cuando emprendió vigorosa campaña contra los

Comanchés derrotándoles, y matándoles su jefe Cuerno verde, cuatro cabezillas y treintidos de sus guerreros. En seguida dirigió sus esfuerzos á la pacificación de los Moquis consiguiéndolo parcialmente. Durante su gobierno se inauguró, conforme á los ordenas del virey Don Bernardo de Gálvez, conde de Gálvez, una nueva política con referencia á los indios bárbaros, hizóse guerra ruda á todas las tribus que no querían entrar en tratados, protegíase á los que así los hacían, y fomentabáse la guerra intestina entre las varias tribus bárbaras.

Al teniento coronel Anza reemplazo á medidados de 1789 el

TENIENTE CORONÈL DON FERNANDO CHACÓN (1789—1805).

Durante su administración se habían disminuido en mucho las hostilidades de los indios bárbaros, con excepción de los Navajós, que atrincherados en la baranca de Chelly desafiaban la tropa. Emprendiéronse, bajo el mando de Chacón varias expediciones, y en fin firmóse un tratado de paz en 1805 bajo el gobierno del

CORONEL DON JOAQUIN DEL REAL ALENCASTER (1805—1808).

Durante su administración llegó procedente de Chihuahua el teniente Melgares con cien dragones para incorporarse con quinientas milicias de la provincia. Esta fuerza exploró los llanos situados al Noreste de la provincia ; siguió la corriente del río Colorado, cruzó hácia el Norte para el río Arkansas, visitó la nación Pauni, y de allí siguiendo el curso del Arkansas hasta la sierra, volvió á Santa Fé.*

* En 1803 Francia cedió á los Estados Unidos de Norte América el territorio de Luisiana ; desde aquella fecha hasta 1819 los límites por tierra entre aquella provincia y la Nueva España se encontraban en sumo grado mal defindos y dieron lugar á constantes controversias ; pero más ó menos se tenía por frontera el río Rojo.

El gobierno de Washington, con vivos deseos de conocer las tierras adqueridas por la cesión de Francia, determinó explorarlas, y con este fin

DON ALBERTO MAINEZ (1808)

desempeño provisionalmente durante un tiempo breve el gobierno hasta el nombramiento del

TENIENTE CORONEL DON JOSÉ MANRIQUE (1810—1814).

Durante su tiempo, y en conformidad con un decreto de la Junta Central de los Españas, fechado en Cádiz en 14 de

fué enviado Zebulón M. Pike, teniente del 6° de Infanteria del ejercito americano, para reconocer en 1806 los ríos Rojos y Arkansas, ó como llamaron á este último los Españoles, el Napextle. Encargósele estrictamente por su gobierno de respetar los límites de la Nueva España, y de usar la mayor circumspeción en su marcha al acercarse al Nuevo México, para no dar causa á ofensa ó alarma. Pero parece que el teniente no acató bien los ordenes recibidas, ó lo que es más probable, dado lo indeciso de los límites y la absoluta ignorancia de entónces referente á la geografia del país que exploraba, se equivocó, pues es el caso que á principios de 1807 construyó un campo atrincherado cerca de lo que el creía era el río Rojo, pero que en realidad es un tributario del Río Grande, el río Conejos. Informado del establicimento de un campamente fortificado por tropas extranjeras dentro su jurisdicción, el coronel Alencaster, como era su deber imprescindible, mandó una fuerza á las ordenes de los tenientes Ignacio Saltelo y Bartolomé Fernández para advertir el error cometido, ordenando al jefe de la expedición se presentase en Santa Fé. Hizólo así el teniente Pike acompañado de su destacamento, y no teniendo el gobernador facultades para resolver caso tan grave, la fuerza y el gefe americano, tratados con la mayor consideración, tuvieron que pasar en Marzo á Chihuahua, de donde arreglado satisfactoriamente este asunto internacional, volvieron en Abril por el camino de Coahuila y Téxas á Natchitoches, llegando á ese lugar en Julio de 1807.

Ya con anterioridad al teniente Pike, se habían establecido en el Nuevo México, dos ciúdadanos norte-americanos, el uno Juan Bautista Lalande, agente del comerciante Guillermo Morrison de Kaskaskía, quien lo había enviado en 1804 con el fin de establecer un sucursal de comercio allí. Agradóle á Lalande el país, y se avecindo permanentemente en él. Santiago Pursley, originario del estado de Kentucky, era el otro, hizó en 1805 de Santa Fé su hogar, ejercitando allí su oficio de carpintero.

Febrero de 1810, Nuevo México eligió su primer diputado á las Córtes de España. Recayó la elección en el preclaro hijo del Nuevo México, Don Pedro Bautista Pino. Salió Don Pedro en Octubre de 1811 acompañado de su nieto Juan de los Reyes Vaca y Pino, de once años de edad ; de su secretario Bartolomé Fernández, que murió en el viaje ; y, del soldado jubilado, Salvador Leiva y Chávez. La provincia sufragó parte del costo de su viage, reuniendo con verdadero entusiasmo nueve mil pesos, sacrificándose muchos de los pobres para contribuir con su obulo á los gastos del primer curial que debía representar su país en la madre patria. No pudiera haber recaido la elección sobre persona más apta que el Señor Pino ; instruido, desinteresado, leal y español de sangre pura, representó dignamente en España al Nuevo México. Su informe rendido á las Córtes es uno de los estudios mejores que se han hecho del país. En él con razon hizo constar la descendencia limpia de los hijos del Nuevo México, su patriotisimo, pero también el descuido con que había sido tratado la provincia. Pidió refuerza de tropa y aumento de su sueldo ; el establecimiento de cinco presidios nuevos, de un obispado, de un colegio y de escuelas. Abunda su informe en pormenores preciosos y sobre todo exactos, de los que nos aprovecharemos en el capítulo siguiente. Volvió Don Pedro á México en 1820 ; tenían tanta confianza en él los neo-méxicanos que unánimente fué reelecto, enviandósele la cantidad de seis mil pesos ó Vera Cruz, pero ofreciéronse dificultades para la entrega de esta suma, y ya demasiado avanzada la fecha para poder asistir á las Córtes, el Señor Pino muy á su pesar resolvió regresar al Nuevo México, no obstante de sus deseos fervientes de servir á la patría.

En 1812 se presentó en contravención de los leyes y de los reglamentos aduanales en vigor, un anglo-americano, Roberto McKnight, acompañado de otros nueve ó diez aventureros, con la intención de vender clandestinamente mercancias. Declararónse éstas contrabando y encausáronse á sus dueños, que

para la formación del juicio correspondiente fueron remitidos á Chihuahua y más tarde á Durango, donde permanecieron presos hasta que en 1822, Agustín Iturbide les hizó gracia.

DON ALBERTO MAINEZ (1815—1817).

Visitaron á este gobernador en Santa Fé en 1816 los descendientes de franceses y ciúdadanos norte-americanos Agustus P. Choteau y Julio de Mun con el fin de conseguir permiso para cazar y negociar en ciertas partes fronterizas del Nuevo México. Recibióles Mainez con mucha cortesía, diciéndoles que podían hacerlo al Este de las Sierras y al Norte del río Colorado, limite entónces entre la Nueva España y los Estados Unidos. Ambos traficantes creían poder obtener el permiso del gobernador para extender sus operaciones al Nuevo México, retirándose en espera de resolución favorable al Norte, donde con frecuencia recibieron las visitas de los vecinos de las poblaciones. Pero en 1817 el nuevo gobernador

DON PEDRO MARÍA DE ALLANDE (1816—1818)

habiendo recibido ordenes estríctas de México referentes á traficantes extranjeros, mandó arrestar en Junio por el teniente Mariano Bernal á Choteau, de Mun, y sus veinticuatro empleados, que después de juzgados en Santa Fé por un consejo de guerra fueron puestos en libertad, decomisandóseles sus mercancias.

Fué el último gobernador del Nuevo México bajo el gobierno de España

DON FACUNDO MELCHARES (1818—1822).

Durante su época tuvo lugar la separación de la Nueva España de la madre patria constituiéndose en nación libre, independiente y soberana bajo el nombre de los Estados Unidos Méxicanos.

REVISTA.

Pasados los primeros años después de la gran sublevación de indios pueblos de 1680, la colonización se desarrolló lentamente, aumentándose y extendiéndose más y más todos los años.

Los conquistadores y sus descendientes, una vez llevado á cabo la obra magna de la dominación, se dedicaron sus afanes á labrar un porvenir para sí y sus hijos, trocaron la espada por el arado, se convertían de soldados valerosos, en labradores no menos valientes.

Eran aquellos colonos á la vez valientes é industriosos, sobrios y hospitalarios, tenían todos las virtudes españolas no corrumpidas por estrañas mezcolanzas. Tenían orgullo de la pureza de su sangre y de su limpia descendencia, y al corto número de castas, personas de raza mesclada, se debe que las costumbres buenas se conservaron intactamente, y que el régimen, exceptuándose tal vez uno ó dos de las poblaciones principales, era verdaderamente patriarcal, el más sano de todos, sin embargo de sus defectos, y el único practicable en tierras lejanas, rodeadas de peligros, donde el padre de familia es y tiene que ser siempre el verdadero jefe de ella.

Practicábase en la mayor escala la noble hospitalidad, virtud que la afamada civilización nuestra no solamente ha destruido, sino peor aún, convertido en farsa. Daba el neo-mexicano lo que tenía, y si poco era, éste poco ofrecía con todo su corazón cariñoso. Era hombre de mucho valor, pues sin él mal pudiera haber vivido y cultivado sus tierras en un país, donde era preciso colgar del arado un arquebuz y de la cintura una espada para labrar el campo de siembra. Donde la misa se interrumpía con el toque lúgubre de campana, anunciando el sacqueo del pueblo por el invasor salvaje ; donde en medio de alegre danza ó contento convite se asomaba horrible rostro pintado de indio bárbaro ; donde de los brazos del novio fué arrebatada por enemigo implacable la dulce, temblorasa recien desposada ; donde la madre lloraba al hijo y á la hija, el esposo

á la esposa, y los niños á sus padres cautivos; valor, y valor supremo necesitaban los hombres, y también las mujeres, para arrostrar estos peligros constantes, y valerosa indudable es la raza que por más de ciento setenta años ha sostenido lucha tan heróica, y, hay que tenerlo presente, por sí solo, pues pocos eran los soldados y aún más pequeños los auxilios que de afuera recibían.

Los neo-méxicanos eran labradores y pastores; el agricultor y el pastor por naturaleza son industriosos. Dependen de sus cosechas y de sus crias de animales, ambas cosas que requieren cuidado y trabajo constante. Aleccionados por la experiencia, que la naturaleza no prodiga todos los años igualmente sus dones, adquieren la costumbre de ahorrar para el porvenir, de tener repletos sus graneros para lo imprevisto, para prevenirse, y no exponerse á un futuro indeciso. El agricultor y el pastor son los que forman la base sólida sobre la que descansa todo estado civil y político. Ellos son la verdadera, la única democracia, no la soñada que nunca jamas puede existir, ni tampoco aquella que apoderándose de tan noble nombre, no es otra cosa sino la plutocracia ó demagogia, con todas sus innumerables subdivisiones. Todo gobierno que en el labrador descansa es libre é independiente, no importa sí sea monarquía ó república, por la razón que una nación libre únicamente puede constituirse por hombres independientes, y nadie que no cuenta con un sustento seguro y constante lo es, siendo el mejor, el más permanente, la propiedad raíz, aúnque solo sea la de una vara de tierra—es ésta la propiedad por excelencia, la única verdadera.

Era sobrio el neo-méxicano, virtud hereditaria de siglos de toda la raza latina, y sobre todo de la española. Disfrutaba de los placeres que las frutas y viñas de su huerta le brindaban sin abusar de ellos, pero tampoco sin despreciarlos hipócritamente ó convertirlos en sustancias hérmafroditas. Bailaba al son de alegre música brindando á la salud del Rey y de su dama la copa de vino, producto de la uva cosechada por él

mismo, pero no ahogaba su sentidos en hediondo aguardiente, ni imponía á su estomago el cruel castigo de aguas gaseosas, de mal madura cidra ó de brebajes parecidos.

Las casas eran amplias de forma cuadrilonga ó cuadrada, de una altura más bien baja que elevada, con dos ó tres patios interiores que se comunicaban por pasadizos; con pequeñas ventanas enrejadas; las azoteas estaban hechas de tierra firmamente apretada. Empleóse en su construcción generalmente el adobe, y para darle mayor resistencia á la casa y más seguridad á sus habitantes, las paredes eran de un gruesor de una hasta dos y media varas. Las habitaciones blanqueadas con yeso blanquísimo eran limpias y espaciosos, sus pisos de tierra ó ladrillos, en casos raros de madera, estaban alfombrados con cueros de cíbolo, pieles de oso, venado y tigre, saleas teñidas de vivos colores, y frazadas. Las paredes adornadas con crucífijos, imágenes de santos y algunos cuadros. En la sala principal había un pequeño altar, donde la familia rezaba sus oraciones, y todos los cuartos tenían una chimenea. Lugar favorito ocupaban las armas, la espada que el bisabuelo había traido de España, y que tal vez había tomado parte activa en la guerra contra los moros; arcabuces, fusiles de piedra y mecha, pistolas, cascos de acero y corazas, lanzas y dagas; no faltaban tampoco las flechas y hondas, que estando escasa y cara la polvóra, se empleaban aún mucho.

En estas casas vivía toda la familia unida, désde el bisabuelo hasta el bisnieto; el hijo que contraía matrimonio llevaba allí á su esposa, y nacían y crecían en ella sus hijos; todos rendían respeto y obediencia al mayor, reinaba tranquilidad y paz en aquel colmenar repleto de abejas afanosas, que incesantemente labraron, no con esta excitación fébril que mata el sentimiento y endurece el corazón, sino con aquel gusto y agrado que del trabajo en lugar de un suplicio, hacen un placer. Todo lo que se necesitaba, en aquel recinto mismo se elaboraba. Las damas dirigían á sus criadas en los quehaceres domésticos, en el hilado y tejido de las telas de lana, y en los

innumerables oficios que toda buena ama de casa, y són las por excelencia las españolas, siempre encuentra en su hogar. Los hombres se dedicaban á las faenas del campo y á las de la cria de sus ganados, mayor y menor, dirigiendo y amaestrando á sus sirvientes.

Cerca de la casa principal estaban los alojamientos de la servidumbre, y los corrales inmensos para los animales.

Uno de los ramos principales de la industria era la cria de ovejas, y la más importante, la fabricación de telas y tejidos de lana, teniendo las frazadas y sarapes del Nuevo México bien merecida fama en toda la Nueva España.

Desde el tiempo de Oñate, y para proteger y estimular la colonización se daban tierras ya á los conquistadores, ya á sus descendientes, ó ya á simples colonos; llamábanse mercedes, porque el Rey de las Españas, dueño de las tierras de las Américas, hizo merced con ellas á los agraciados. Nada valían por sí solo estos terrenos, únicamente adquirían valor con el trabajo que en ellos se empleaba, ya fuera cultivándolos ó pastoreando allí animales. Ni tampoco se concedían trechos inmensos á los que faltos de recursos no los pudieran beneficiar, sino que se concedían en extención proporcionada á la condición del solicitante, y según sus servicios prestados. Años tras años, luchando con dificultades sin número, con peligros que al más valiente de ahora amedrentarían, estos nobles hijos de Pelayo sostenían el combate incesante con los indios bárbaros y los caprichos de las estaciones, cultivando, trabajando aquel campo. Nosotros ahora no nos podemos ni siquiera formarnos una ídea de los obstáculos con que aquellos pobabladores tenían que luchar, ni de los sufrimientos amargos por que pasaron. Era su vida, su existencia entera, una lucha no interrumpida con la adversidad. Léjos de todo auxilio, de todo recurso estraño, reducidos á lo que sus haciendas les rendían, expuestos cada momento á los ataques de los indios bárbaros, los hombres á la muerte, y las mugeres y niños á una suerte mil veces peor, la esclavitud, el cautiverio entre

salvajes; bien merecían, bien ganaron, y bien pagaron por sus tierras con que el Rey les había favorecido; sellados están los títulos de las mercedes de terrenos con la sangre de generaciones enteras, derramada en defensa de la provincia, de la civilización y de la humanidad; y sí título válido existe, lo es aquel que el Rey por su voluntad suprema dió y el agraciado con su vida revindicó.

Noble raza fué la que pobló el Nuevo México, noble no solamente en sentido figurativo, sino en toda la extensión de la palabra; porque nadie, sino hombres de sangre pura podían pasar en los primeros siglos que seguían á la conquista de España á las provincias de Ultramar; y todos los oficiales de Coronado y Oñate eran hidalgos, y un hidalgo español de aquella época era de un linage más noble y más antiguo, que el más orgulloso lord inglés de ahora; eran los descendientes de los godos, que desde las montañas de Galicia y Estremadura reconquistaron á la España, paso á paso, hasta derrumbar de su trono al último monarca moro en Granada.

Justo orgullo deben tener los hijos del Nuevo México en tener por ascendientes, varones esforzados de tanto nombre y fama, y necio es aquel que menosprecía la noble sangre que en sus venas circula, y vil é infame, si acaso puede existir ser tan despreciable, él que se averguenza de pertenecer á una raza que dominó el mundo, y de la cuál cada uno fué un heroe, un cristiano viejo, quiere decir un hidalgo español; ó que villanamente desprecie hablar un idioma el más rico y sonoro del universo, que durante tres siglos fué la lengua de las cortes de Europa, y en el cuál escribieron poetas, literatos y sabios, envidia que son de todas las demás naciones.

Al principiar el siglo XIX. el vireinato de la Nueva España era la porción más importante de los dominios que los reyes españoles poseian en el continente americano. Extendíase este vasto país por la costa del mar Pacífico desde los 16° en los confines de la Capitanía General de Guatemala, hasta más allá

del Cabo Mendocino, á los 42° de latitud septentrional. Por el lado del oriente, una línea que partiendo del golfo de Honduras continuaba por las costas de la península de Yucatán y seguía el contorno del golfo Méxicano hasta la Luisiana, marcaba sus términos por ese rumbo. Desde el extremo oriental de la provincia de Téxas, en las orillas del seno ó golfo de México otra línea imaginaria que se dirigía hácia el noroeste é iba á terminar en las playas del Grande Océano, bajo los 42° de latitud boreal, cerraba el perímetro de la Nueva España, separándola por este lado, aúnque de una manera incierta y vaga, de los Estados Unidos de Norte América.

Dividióse por su administración interior desde 1786 en doce intendencias y tres provincias, siendo estas últimas: el Nuevo México, la Baja y Alta California. Al Norte de los ríos Bravo y Colorado y de la provincia del Nuevo México hasta la línea incierta y vaga que antes del año 1819 (tiempo en que se celebró un tratado de límites entre España y los Estados Unidos y en que se fijó con la posible exactidud la línea limítrofe entre Nueva España y esta última potencia) separó las posesiones españolas de la nueva confederación Norte Americana, se extendían vastas regiones desconocidas, apénas entrevistas por los padres Escalante y Fonte, y otros infatigables misioneros del siglo XIX. Numerosas tribus de indios bárbaros, desconfiadas y guerreras, recorrían los inmensos desiertos del Norte y eran las barreras que hácia esta parte habían encontrado siempre el valor y esfuerzo de los conquistadores y misioneros españoles. Los habitantes de las referidas tres provincias y sobre todo de Nuevo México, sometidos en lo militar al comandante general de las Provincias Internas, unían sus esfuerzos á los de las compañias presidiales, y juntos rechazaban los continúos é impetuosos ataques de los indios.

El gobierno siempre impulsó los progresos é ilustración de la Nueva España, que á principios del siglo diez y nueve contaba con magníficas universidades y colegios. Dice Humboldt, escribiendo en 1803, que ninguna ciúdad del nuevo continente,

sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la ciúdad de México. Cita la Escuela de minas dirigida por el sabio Elhuyar, el Jardin botánico y la Academia de pintura y escultura, conocida con el nombre de Academia de las nobles artes. Ésta debe su existencia al patriotismo de varios particulares méxicanos y á la protección del ministro Gálvez. El sabio alemán al enumerar los progresos que ya en esa época (1803) había hecho el cultivo de las ciencias en la colonia, afirmaba que el Manual de Orictognosía de Don Andrés del Río, impreso en México, era la mejor obra mineralógica escrita en castellano; que en la capital del vireinato se había publicado la primera traducción española de los Elementos de Química de Lavoisier, y que los nombres de Velasquez de Léon, Gama y Alzate, distinguidos astrónomos y matemáticos méxicanos que florecieron á fines del pasado siglo, pudieran honrar á las más cultas naciones.

Así el gobierno español, y muy especialmente bajo el reinado de Cárlos III., al plantear tantos y tan magníficos establecimientos científicos en la más importante de sus colonias, favorecía sus progresos y su ilustración, é igualando en derechos á los españoles de ambos mundos, levantaba á los criollos al nivel de sus progenitores y les daba los medios de prosperar y progresar.

Tenía la Nueva España en 1810 una extensión de 118,478 leguas con 6,122,354 habitantes, correspondiendo á la provincia del Nuevo México 5,709 leguas cuadradas con 34,205 habitantes, según el eminente estadístico Orozco y Berra.

Por muy limitado que es el espacio de este libro es preciso dedicar algunas pocas líneas á los sucesos que á principios del siglo XIX. tuvieron lugar en España por su suma influencia sobre México de la que era parte integrante el Nuevo México, y usaremos como ya hemos hecho con anterioridad, las palabras inspiradas de aquellos grandes historiadores que levantaron la obra monumental de la Historia de México: "México á

traves de los siglos," con las abreviaciones que son precisas en un trabajo tan reducido como el presente.

En los momentos de estallar la revolución francesa subió Cárlos IV. al solio de León y Castilla. Hondas miserias é inmerecida ignominia estaban reservadas á la noble nación española bajo el reinado de este soberano. Pariente de Luís XVI., interpónese Cárlos IV. á su favor ante la airada Convención, y recibe en cambio altivas repulsas, y preciso es que sufra aquel desventurado el último suplicio para que España declare la guerra á la República francesa, y que la terminé á poco firmando la desventajosa paz de Basilea. Los enemigos de la vispera se convierten en aliados, los tratados de San Ildefonso unen en liga defensiva y ofensiva á la joven república con la vieja monarquía de San Fernando, costándole á ésta la pérdida de magnífica escuadra en el cabo de San Vicente, y la de la riquisima isla Trinidad, y más tarde la tremenda rota de Trafalgar.

Alma de esta política tan ruinosa para España y árbitro de los destinos de patria tan heróica fué un favorito á cuyo valimiento no se encuentra uno igual en la historia. Godoy había subido desde simple guarda de la guardia real á los primeros puestos del Estado, acumularónse en su cabeza honores y dignidades sin cuenta; fué dueño de la voluntad del monarca como lo fué del gobierno de España por muchos años, y cuando ambicionó ceñir corona ajustó con el hombre que era en aquellos días árbitro de Europa, Napoleón I. emperador de los franceses, el célebre tratado de Fontainebleau por el que se dividía Portugal en tres pedazos, de los cuales uno dábase á Godoy con el título de principe soberano de los Algarves.

Un ejército francés entra en España para llevar á cabo ostensiblemente el pacto ajustado en Fontainebleau, pero en realidad para dominar por el engaño y la sorpresa al esforzado pueblo que en aquellos momentos se aprestaba á sacudir el yugo del odioso favorito.

Y, en presencia de los soldados de Napoleón. dueños ya de

las principales plazas de guerra, sin que sospecharan de su omipotente aliado ni el rey, ni el privado, ni la corte, ni el pueblo; en frente de Murat que ya tocaba á las puertas de Mádrid, y que seguía con ávida y torva mirada todas las peripecias de aquel drama, un levantamiento popular derribo en Aranjuez el encumbrado y valioso valido; Cárlos IV. quien quizas le amaba más que al trono, abdica por salvarle, ciñe su hijo Fernando la ambionada corona, y entra éste en la capital de la monarquía en medio del universal entusiasmo; siguen luego traiciones y miserias sin número; Cárlos y Fernando eligen á Napoleón árbitro supremo de sus diferencias; éste atrae á Bayona, una tras otro, á todos los miembros de la familia real española; el hijo par su órden devuelve al padre el cetro que casí acaba de arrebatarle de los manos, y ambos lo ponen humildes á los piés del emperador de los franceses, quien trasfiere el trono de Isabel I., y de Felipe II., de Fernando VI. y de Cárlos III. á su hermano José, Rey de las dos Sicilías por voluntad de Napoleón.

Repele la noble nación española con honor, dignidad, firmeza y patriotismo la alevosa invasión extranjera; el 2 de Mayo de 1808 lanzóse en Mádrid el primer grito de guerra, y corre la sangre en sus calles y en sus plazas; levántase el pueblo español en defensa de la patria y la península, es un campamento desde Galicia á Cataluña, desde Pamplona hasta Cádiz, y lucharon sus hijos sin tregua ní respiro; á falta de dirección y pasado el primer momento de estupor erigíanse *juntas* en casí todas las provincias, á falta de ejercitos, se organizaron guerillas; ancha tumba fué España en la que se hundían, uno en pos de otro los ejercitos vencedores de la Europa; Gerona y Saragosa renovaran los portentos de Sagunto y Numancia, y tras algunos años de heróica resistencia, gloria fué de España debilitar al coloso que quiso sojuzgarla, libertar á Europa del yugo que éste le imponía con su espada.

Estableciόse en la capital de Andalucía la Junta Suprema

Central de Sevilla, representando á Felipe VII. y que en su nombre ejercía la autoridad y sostenía la guerra contra el invasor. Las provincias de Ultramar mandaron crecidas cantidades para sufragar los gastos; la Nueva España en 1808 envió abordo del navío *San Justo* ocho millones do pesos, dos procedentes de donativos particulares, y otros tres millones que se remitieron en dos fragatas de guerra inglesas, y en 1809, cuatro millones más.

El avance de las tropas francesas sobre Andalucía obligo á la Junta Suprema Central salir precipidamente de Sevilla con dirección á Cádiz. Reunidos en la isla de León los dispersos individuos de la Junta, resolvieron desprenderse del mando y trasmitir el gobierno superior de la nación á una nueva autoridad, que con el título de Supremo Consejo de la Nación se instaló en 29 de Enero de 1810.

En 7 de Mayo del mismo año fué publicado en México el decreto de la Regencia mandando, que en los vireinados y capitanías generales de la América se eligieran diputados á las Córtes extraordinarias del reino. Fijábase que cada capital de provincia había de elegir un diputado, y conforme á éste decreto, como hemos dicho, representó en ellas el señor Pino al Nuevo México; y abriéronse con gran pompa en 24 de Septiembre de 1810. El trabajo más importante y meritorio que acometieron y llevaron á efecto aquellas célebres Córtes fué el de formar y discutir el código político que había de regir la monarquía, cuya discusión comenzó en Agosto de 1811 y terminó en Marzo de 1812. Concluida y aprobada que fué la constitución, decretaron las Córtes se promulgase el 19 de Marzo de 1812.

Miéntras que las Córtes, primero en la isla de León y luego en Cádiz se dedicaban de lleno á sus patrióticas tareas hasta llevarlas á cabo, las armas españolas habían resistido con admirable constancia á las del emperador francés, y ya en 1813 los notables ventajas alcanzadas por los ejercitos anglo-españoles y los desastres que sufrieron las tropas francesas en

el centro de Alemania, inclinaban á Napoleón á retirar de España los soldados franceses que aún conservaba allí.

El 13 de Marzo de 1814 salió el Rey Felipe VII. de Valencey en Francia, fué recibido el día 24 por el general español, Don Francisco Copóns, en el pueblo de Bascará, y el 13 de Mayo del mismo año hizo su entrada en Mádrid. Negóse Fernando VII. absolutamente á jurar ó hacer respetar la Constitución, más lo declara nulo, y aún no contento con esto persiguió y desterró muchos de los diputados á Córtes, dío mal tratamiento á los ilustres miembros de la Regencia, y como rey absoluto ejerció actos de tirania sobre los que durante casí seis años habían sostenido sus derechos de él y la independencia de la patria española contra el invasor. El proceder ingrato é impolítico del Rey fué una de las causas principales de la desintegración de la monarquía española, y que se erígiesen en naciones independientes y soberanas las colonias de Ultramar, cansadas de sufrir las exigencias de un tirano injusto é ingrato á la vez.

Después de esta digresión algo larga pero necesaria para poder juzgar la independencia, de México, nos ocuparemos exclusivamente del Nuevo México.

Seguían su curso tranquilo los pueblos de indios, administrados por sus alcaldes, y dirigidos por los padres franciscanos. Había en cada pueblo una iglesia donde el religioso decía la misa, predicaba é instruía á todos en la doctrina cristiana. Los misioneros no eran como en California sujeto á las rentas y diezmos, sino que el Rey y las provincias evangélicas sufragaban sus gastos, y no obstante de la pequeña retribución pecuniaria que por sus trabajos ardúos percibían, su bolsa, escasa siempre de fondos, estaba sin embargo abierta para auxiliar y ayudar á sus feligreses pobres. Respetaban y amaban los indios á su misionero, y con gusto cultivaban el pequeño pedazo de tierra ó la reducida huerta, propiedad de la misión.

Las poblaciones españolas de Santa Fé, La Cañada, Alburquerque y El Paso tenían por párrocos á clerigos seculares, sostenidos por diezmos y otras rentas.

Las industrias principales del Nuevo México eran la agricultura y la cria de animales; el comercio consistía en el cambio de efectos pues hubo suma escasez de moneda acuñada en aquella época. Dábase á este cambio, el nombre de "cambalache." Tenía lugar una gran fería todos los años en los meses de Julio ó Agosto en Taos. Juntábase allí mucha gente de la provincia é indios de los llanos trayendo cueros de cíbolo, pieles de venado, que cambiaron por cuchillos, navajas, herramiento, y canutillos y cuentas de vidrio.

Al fin del año se reunía una caravana, compuesta algunas veces de más de quinientas personas para tomar parte en la gran fería de Enero en Chihuahua, donde se cambiaban indios cautivos, cueros, vinos del Paso, frazadas y cobijas por telas, generos, chocolate, café, armas y los otros mil artículos necesarios. La salida y la vuelta de esta expedición eran los grandes acontecimientos del año, y estos viages anuales constituían casí el único intercurso que la mayoría de los neo-méxicanos tuvo con el resto del mundo.

Además de este comercio, había pequeños partidos que se internaban á Sonora, de donde se proveían de azúcar blanco y de piloncillo. Los indios Moquis con frecuencia visitaban las plazas de aquella provincía que les eran más inmediatas, que aque las de Chihuahua.

La minería poco ó nada se había desarrollado en toda aquella época. Suponíase la existencía de ricos depositos de metales, pero por varias causas, siendo la principal el constante peligro de indios bárbaros, no se explotaba ninguna mina en forma. Ya los neo-méxicanos de entónces tenían conocimiento de la abundancia de cobre y carbón vegetal en su provincia, y de algunos depositos de metales argentíferos, siendo el principal, la mina de Santa Rita, en la cual tal véz antes de 1822 se abrieron algunos labores.

La autoridad política y militar estaba á cargo del gobernador que percibía un sueldo de cuatro mil pesos al año. Los alcaldes de los pueblos, ó los regidores del cabildo de Santa Fé ejercían funciones judiciales, representaban al gobernador, daban en su nombre posesión de tierras, y en muchos casos á falta de capitán á guerra mandaban como comandantes militares á los vecinos de sus poblaciones en las guerras contra los indios. Cada vecino estaba obligado de tener armas propias y de estar expedito para emprender campaña; á los que se rehusaban sin justa causa se les ponía en el cepo hasta la vuelta de la expedición.

Las villas españolas en Nuevo México eran en 1820 : Santa Fé, la capital, con 6,038 habitantes y una guarnición de ochenta soldados, tenía tres iglesias con dos sacerdotes.

La villa de San Felipe Neri de Alburquerque, incluso los ranchos cercanos de Alameda y Atrisco con 2564 vecinos y una pequeña guarnición.

Paso del Norte con 8384 habitantes de los cuales eran : 161 casados, 2267 solteros, 3173 solteras, 305 viudos, 417 viudas, 2072 labradores, 681 artesanos, 269 peones, 8 maestros de escuela, 2 sacerdotes, 5 comerciantos, 6 soldados jubilados, 6 fabricantes y 2 empleados del gobierno.

La Cañada con 2633 almas; San Juan de los Caballeros con 2125; Taos con 1252; Abiquiú con 2182; Belen con 2103; Santa Clara con 1116; y, Socorro con 1580.

Los pueblos principales de indios eran el mismo año : Isleta con 2324 habitantes; Picurí con 1041; Taos con 750; San Ildefonso con 527; Cochití con 653; Santa Ana con 527; Laguna con 950; Ácoma con 829, y Zuñi con 1597 habitantes.

1823—1845.

EL DEPARTAMENTO DE NUEVO MÉXICO.

HABÍA llegado la época en que el hijo enrobustecido abandónase el hogar paterno, para establecer uno propio suyo. México emprendió entónces su carrera dificílisima de nación independiente, incurriendo al principio en muchos errores, como todo jóven que por véz primera se establece en negocio suyo. Las naciones, lo mismo como los individuos necesitan de la experiencia, y ella se adquiere con la edad, con los años, é injusticia mayor no puede haber que dar á los errores de la juventud, el carácter de crímenes, y repetir infinitamente los equívocos de aquella edad bulliciosa, deducir de ellos conclusiones falsas, y quererlas neciamente aplicar á los actos de la madurez.

La independencía de las colonias de Ultramar de España era imprescindible, preparóse desde tiempo, pero precipitáronla los sucesos en la península durante los años de 1807 á 1812, y consumóla la conducta absurda, impolítica de Felipe VII. La lucha en España contra los invasores fué lá que hizó conocer á las Américas su poderío, su fuerza; la ausencia del Rey les inició en el arte de gobernar, sorprendidas se vieron al notar que podían regirse por sí solas; los continuos auxilios pedidos por la madre patria para poder sostener la guerra, les dieron á entender el valor que tenían en sí mismo; y, la representación en las Córtes hizóles conocer que la nación española, no el Rey, sí exigía de ellas obligaciones á la vez les concedía derechos, derechos que siempre se les había negado.

Sí en lugar de Felipe VII., un rey que por la desgracia

suya y la de España en el destierro nada olvidó y nada aprendió, hubiera regido á Castilla un Cárlos III., el cambio político tal véz se hubíera efectuado paulatinamente y no tendríamos ahora que lamentar las vidas preciosas que entónces se inmolaron por las dos partes, y los graves errores en que se ha incurrido.

En México, lo mismo como en toda nación jóven, había dos partidos extremos, y como los hay también en muy viejas, el uno obcecado á las necesitades del siglo actual, aferrado al pasado; el otro ciego entusiasta para todo lo moderno, que de un solo golpe quería destruir para siempre las institutiones de siglos, cambiar en un momento lo existente; entre estos había un grupo de hombres pensadores, que sí reconocían los errores del pasado, también veían lo impracticable, lo no-adoptable de muchas de las ídeas modernas; como en todas las grandes luchas de la humanidad, los extremos se tocaron, ahogaron los intermedios, y se destrozaron mútuamente hasta caer el uno inerte, y el otro, el vencedor, entónces, ponía en práctica las ídeas por las cuáles tanto había combatido, sufrido.

Estableciόse en México, alcanzada la independencía y libertad, un gobierno el más liberal posible, adoptáronse en el las ideas más avanzadas, pero hay que confesarlo, aúnque con mucho pesar y pena, la inmensa mayoría de la nación, no estaba en aptidudes para gobernarse á sí mismo, sin restricción alguna; tres siglos de gobierno absoluto en que el pueblo poca parte tomaba no pudieron cambiarse en un día en gobierno demócrata, en que dominan las masas. Más de cinco decadas se necesitaban para cimentar sólidamente estos principios, sobre los que ahora glorioso y fuerte se alza el magnífico, resplandeciente edificio de la República Méxicana.

En 15 de Septiembre de 1810, el heróico cura párroco del pueblo de Dolores, Doctor Don Miguél Hidalgo y Costilla levantó el estandarte de la independencía que tras once años de sangrienta lucha ostentábase al fin gloriosamente en todas

las astas del Anáhuac, habiéndose consumada la independencía el 27 de Septiembre, 1821.

En Nuevo México afortunadamente no se presenciaron ningunas de aquellas luchas encarnizadas, heróicas, en que abunda la epopeya nacional de México; no existían aquí las causas que podían producirlas, no había la animosidad, el odio de partidos, y la larga distancia del teatro en que tuvieron lugar indudablemente influía también en gran grado, que aqui se conservase íntegramente la paz y la tranquilidad. Sin embargo de no haber tomado parte activa, los neo-méxicanos, no eran menos entusiastas partidarios, ni menos buenos méxicanos que sus hermanos en el Sur.

En 11 de Septiembre los hijos del Nuevo México, amantes de su país y religión juraron en Santa Fé la independencia; y el diá 26 de Diciembre de 1821 se recibió la nueva gloriosa de la entrada de Iturbide en México, y apoderóse de Santa Fé el entusiasmo y la alegría más grande. Vivas resonaban en todos partes, discursos patrióticos se escuchaban doquier, nunca había imperado alegría y contento igual. El patriota Melgares pronunció en aquella ocasión unas pocas palabras, que más que nada nos demuestran los nobles sentimentos que profesaban los ilustres hijos del país: "¡Neo-méxicanos," decia el orador inspirado, "es ésta la oportunidad para demostrar el patriotismo heróico que nos consume; sepá el mundo entero nuestros sentimientos de libertad y gratitud; demostremonos á los tiranos, que, aúnque vivimos en la extremidad de la América Septentrional amamos la Santa Religión de nuestros padres; que mantendremos y protegeremos la unión deseada entre los españoles de ambos hemisferios, y que con nuestra última gota de sangre sostendremos la sagrada independencia del Imperio Méxicano!"

Grande y espléndida era la celebración oficial de la Independencia que tuvo lugar en 6 de Enero de 1822. Santa Fé estaba de gala, anunciaban salvas de artillería el amanecer de aquel día feliz, memorable; procesiones recorrían la ciúdad

en todas direcciones; siendo la mayor y principal la á cuya cabeza iba el alcalde Don Pedro Armendáriz. Tuvo lugar una gran loa de las tres garantias, representando el alférez, Santiago Arbreu á la independencia, el señor cura y vicario, Don Juan Terrazas á la religión, y el señor capellán, Don Francisco Osio á la unión. Concluieron las festividades con un baile de gala en el palacio, prolongándose las danzas alegres hasta entrado el día siete.

Ya establecido un nuevo gobierno en México, efectuáronse también cambios políticos en el Nuevo México. Desde 1823 á 1837 se hallaba investido con la primera autoridad un jefe político, cuyo título se cambió desde aquel año hasta él de 1846 en gobernador. Hasta 1824 Nuevo México fué parte de las Provincias Internas del Norte, siendo incorporado el 31 de Enero de aquel año á las provincias de Chihuahua y Durango que formaban el Estado Interno del Norte, pero erigiéndose ambos á poco tiempo en estados separados, el Nuevo México en Julio 6 del mismo año fué declarado territorio de la República, pasando el distrito de Paso del Norte al después nuevo estado libre, soberano é independiente de Chihuahua. Promulgóse en 1836 una nueva constitución en México, conforme á la cuál el territorio pasó á ser departamento.

Tenía Nuevo México su diputado en el Congreso de la Unión, y la representación popular en la provincia consistía al principio en una diputación provincial, en 1824 diputación territorial, llamábase junta departamental en 1837, y de 1844–46 asamblea, que se reunía y deliberaba en Santa Fé.

Santa Fé, Cañada y Taos tuvieron ayuntamientos, y los demás pueblos alcaldes.

La administración de la justicia ofrecía grandes dificultades por no haber en todo el departamento un solo juez letrado, y las causas civiles tenían que llevarse ante los tribunales superiores de Chihuahua, Durango y hasta Zacatecas, lo que ocasionaba gastos crecidos.

En 1844, la asamblea decretó la división política de Nuevo México en tres distritos y siete partidos.

Las misiones continuaban, pero debido á la falta de recursos pecuniarios, su existencia era precaria, y los franciscanos encargados de ellas desempeñaron por lo general los curatos de las poblaciones españolas, pues únicamente cinco pueblos tenían en 1832 curas párrocos propietarios. No obstante de varios decretos expedidos por el Congreso de la Unión en 1823 y en 1830 para el establecimiento de un obispado en Nuevo México, nada se hizo, seguía formando parte de la diócesis de Durango, y débese á esto el desaliento en asuntos religiosos notable en aquella época, y que solo se remedió en años después por los afanes infatigables del Illmo. Señor obispo Lamy, el misionero en el siglo XIX. de Nuevo México. La distancia entre Durango y este departamento era tan grande que imposibilitaba frecuentes visitas pastorales, tan necesarias para el bien de los feligreses como para él de los sacerdotes, haciéndose una sola durante todos aquellos veinticinco años.

La industría minera se principiaba á desarrollar lentamente. Á treinta millas al Suroeste se descubieron en 1823 unos placeres de oro, que producían de 1832 á 1835 la cantidad considerable de sesenta á ochenta mil pesos por año. Catorce años después (1839) se encontraron ricos depositos del precioso metal en la misma dirección, llamarónse los Placeres Nuevos. Sin embargo de la escasez de agua en aquella localidad, de lo muy fino del oro, y de la falta de aparatos, progresó este nuevo campo rapidamente, levantóse allí el pueblo del Tuerto, que en 1845 contenía veintidos comercios, rindiéndo los dos placeres doscientos cincuenta mil pesos aquel año.

Con el establecimiento del gobierno republicano en México, se abrogaban las antiguos leyes fiscales de España, que cuál un circulo de hierro rodeaban á sus provincias de Ultramar, prohibiendo todo comercio con otra nación que no fuera la española. Abrióse entónces ancho campo para todas las empresas mercantiles, que sin embargo del elevado arrancel

aduanal dejaban ganancias pingües á los que á ellas se dedicaban. La nación limítrofa norte-americana no tardó en extender su comercio al Nuevo México, y ya en 1823 llegó procedente de Franklin, estado de Misuri, el primer atajo de mulas, cargadas con efectos anglo-americanos. En 1824 á las mulas de carga las sustituían los carros, tirados al principio por caballos, y después por mulas; en 1829 se empleaban por vez primera en este tráfico los servicios de los bueyes. Al comenzarse estas expediciones, reuníanse los comerciantes en Franklin y desde 1831 en Independence. Los efectos principales eran telas de algodon y lana, pero importábanse también sedas, paños, ferreteria, drogueria, cristaleria y mil otros artículos, siendo la carga de un carro por lo general de cinco mil libras más ó menos. Seguían estas caravanas un camino casí en línea derecha oeste suroeste por ochocientas millas hasta San Miguél del Vado y de allá al noroeste para Santa Fé, llegando á este punto en Julio. Gran algazarra causaba la llegada de estas caravanas que era el principal acontecimiento del año. Visitaban los comerciantes del departamento entero la capital con el fin de proveerse de mercancias para todo un año, comprábase y vendíase, arreglábanse las cuentas, saldábanse las viejas y abríanse nuevas. Fué aquel comercio de una ventaja inmensa para Nuevo México, facilitábele la venta de sus productos domésticos, la adquisición de foranéos, abrióle el intercurso con otra nación, intercurso que paulatinamente mejoraba sus industrías y el cultivo de sus campos, introduciendo innovaciones benéficas. Tanto méxicanos como anglo-americanos reconocían su suma importancia y sus beneficios mútuos, y en 1825 fué enviado por el gobierno del estado de Chihuahua á Washington, Don Manuel Simón Escudero para tratar con el gobierno norte-americano acerca del desarrollo de este comercio, y de la construcción de una vía de comunicación.

Debido á la larga distancia, á lo malo y expuesto del camino, se vendían las mercancias al doble de su costo. Los derechos

En 1844, la asamblea decretó la división política de Nuevo México en tres distritos y siete partidos.

Las misiones continuaban, pero debido á la falta de recursos pecuniarios, su existencia era precaria, y los franciscanos encargados de ellas desempeñaron por lo general los curatos de las poblaciones españolas, pues únicamente cinco pueblos tenían en 1832 curas párrocos propietarios. No obstante de varios decretos expedidos por el Congreso de la Unión en 1823 y en 1830 para el establecimiento de un obispado en Nuevo México, nada se hizo, seguía formando parte de la diócesis de Durango, y débese á esto el desaliento en asuntos religiosos notable en aquella época, y que solo se remedió en años después por los afanes infatigables del Illmo. Señor obispo Lamy, el misionero en el siglo XIX. de Nuevo México. La distancia entre Durango y este departamento era tan grande que imposibilitaba frecuentes visitas pastorales, tan necesarias para el bien de los feligreses como para él de los sacerdotes, haciéndose una sola durante todos aquellos veinticinco años.

La industría minera se principiaba á desarrollar lentamente. Á treinta millas al Suroeste se descubieron en 1823 unos placeres de oro, que producían de 1832 á 1835 la cantidad considerable de sesenta á ochenta mil pesos por año. Catorce años después (1839) se encontraron ricos depositos del precioso metal en la misma dirección, llamarónse los Placeres Nuevos. Sin embargo de la escasez de agua en aquella localidad, de lo muy fino del oro, y de la falta de aparatos, progresó este nuevo campo rapidamente, levantóse allí el pueblo del Tuerto, que en 1845 contenía veintidos comercios, rindiéndo los dos placeres doscientos cincuenta mil pesos aquel año.

Con el establecimiento del gobierno republicano en México, se abrogaban las antiguos leyes fiscales de España, que cuál un circulo de hierro rodeaban á sus provincias de Ultramar, prohibiendo todo comercio con otra nación que no fuera la española. Abrióse entónces ancho campo para todas las empresas mercantiles, que sin embargo del elevado arrancel

aduanal dejaban ganancias pingües á los que á ellas se dedicaban. La nación limítrofa norte-americana no tardó en extender su comercio al Nuevo México, y ya en 1823 llegó procedente de Franklin, estado de Misuri, el primer atajo de mulas, cargadas con efectos anglo-americanos. En 1824 á las mulas de carga las sustituían los carros, tirados al principio por caballos, y después por mulas; en 1829 se empleaban por vez primera en este tráfico los servicios de los bueyes. Al comenzarse estas expediciones, reuníanse los comerciantes en Franklin y desde 1831 en Independence. Los efectos principales eran telas de algodon y lana, pero importábanse también sedas, paños, ferreteria, drogueria, cristaleria y mil otros artículos, siendo la carga de un carro por lo general de cinco mil libras más ó menos. Seguían estas caravanas un camino casí en línea derecha oeste suroeste por ochocientas millas hasta San Miguél del Vado y de allá al noroeste para Santa Fé, llegando á este punto en Julio. Gran algazarra causaba la llegada de estas caravanas que era el principal acontecimiento del año. Visitaban los comerciantes del departamento entero la capital con el fin de proveerse de mercancias para todo un año, comprábase y vendíase, arreglábanse las cuentas, saldábanse las viejas y abríanse nuevas. Fué aquel comercio de una ventaja inmensa para Nuevo México, facilitábele la venta de sus productos domésticos, la adquisición de foranéos, abrióle el intercurso con otra nación, intercurso que paulatinamente mejoraba sus industrías y el cultivo de sus campos, introduciendo innovaciones benéficas. Tanto méxicanos como anglo-americanos reconocían su suma importancia y sus beneficios mútuos, y en 1825 fué enviado por el gobierno del estado de Chihuahua á Washington, Don Manuel Simón Escudero para tratar con el gobierno norte-americano acerca del desarrollo de este comercio, y de la construcción de una vía de comunicación.

Debido á la larga distancia, á lo malo y expuesto del camino, se vendían las mercancias al doble de su costo. Los derechos

publicó por el padre Martinez en Taos el primer periódico de Nuevo México, llamado "El Crepusculo."

Don Pedro Muñoz, tenía á su cargo provisionalmente el gobierno de 1837 á 1838; y al mismo tiempo proclamóse gobernador el gefe revolucionario, Don José Gonzales. En este tiempo estalló el tifo, que seguida de las viruelas causó muchísimos muertes.

Don Manuel Armijo tomó posesión del gobierno en Enero de 1838 hasta 1846. Durante su administración desempeñaron temporalmente el empleo los señores; Antonio Sandoval en 1841; Mariano Martinez de Lejanza 1844 á 1845; José Chávez de Septiembre á Diciembre de 1845 y Juan Bautista Vigil y Alarid en Agosto de 1846; siguierónse las controversias políticas, pronunciándose Don Manuel Armijo en 1845 á favor del eterno perturbador Santa Ana. Santa Fé sufrió grandes perdidas de un incendio que ocurrió en 1844; en 1839, y de nuevo en 1840 había dificultades entre el gobernador y los americanos, la primera causada por el homicidio en la persona de un anglo-americano de nombre Daley, y la segunda por el asesinato injustificable de un méxicano, cometido por subditos norte-americanos.

Los nuevos principios puestos en práctica en las constituciones que se seguían con demasiada rapídez, los continúos pronunciamientos y contrapronunciamientos en el resto de México, no pudieron menos que ejercer su influencia malévola también en Nuevo México; abrieron ellos vía ancha á la mesquina ambición individual, y no faltaba tampoco aquí quien se aprovechará de la oportunidad para elevarse al poder, y sacar de él los beneficios pecuniarios que estuvieran á su alcance. La unión de antes de entre las familias había desaparecido por el nuevo órden de cosas, y las disenciones políticas penetraron hasta el hogar mismo. Desde aquel tiempo nótase ya la falta de unión y empezábase á olvidar aquella maxima tan importante para toda congregación de personas, ya sea familia, estado ó nación: que LA UNIÓN ES LA FUERZA, que

el egoismo individual conduce irremediablemente á la destrucción, al desmembramiento de toda nacionalidad, y que las ruines aspiraciones ambiciosas, políticas, si redundan en beneficio de un individuo determinado son la ruina completa de la raza á que de este modo villano se explota.

Difícil es averiguar las causas verdaderas del movimiento político verificado en Nuevo México en los años de 1837 y 1838; dirigíase aparentemente en contra del centralismo y de las contribuciones directas, pero parece que la ambición individual tomó una parte importante en este asunto desagradable. En 3 de Agosto de 1837 se dió á luz un "plan" revolucionario en La Cañada; dirigióse á este punto el gobernador Pérez con 150 milicias y algunos indios de Santo Domingo y San Juan, para sofocar la sublevación, pasóse allí la mayoria de sus tropas á las filas de los pronunciados, y el gobernador con los veinticinco hombres que le quedaban emprendió la retirada á Santa Fé, que en breve tuvo que abandonar. Á los pocos días se derramó en la primera lucha fratricidia la sangre de hermanos, pues dispersos el gobernador y sus compañeros fueron matados, siendo los nombres de las víctimas: el coronel Albino Pérez; Santiago Abréu, anterior jefe político; José María Alarid, secretario de gobernación; Ramón Abréu; los tenientes Miguél Serna, Joaquin Hurtado, y Madrigal; el sargento Diègo Sais; Marcelino Abréu, Loreto Romero, Escoto, y Ortega.

En Agosto 10 los pronunciados se apoderaron de Santa Fé, confiscaron las propiedades de sus victimas y nombraron gobernador á José Gonzales, un indio del pueblo de Taos. Gonzales convocó una junta de alcaldes y de los vecinos más prominentes del Norte, y esta junta lo reconció como gobernador y aprobaba lo hecho.

Miéntras tanto, Manuel Armijo, anteriomente jefe político y administrador de Aduana, se pronunció en contra de Gonzales, el 8 de Septiembre, en Tomé, y ayudado por el padre Madariaga levantó una fuerza y avanzó sobre la capital con el fin de sofocar el pronunciamiento de Gonzales, el cuál se

retiró con sus partidarios río por arriba. En Santa Fé se reconoció á Armijo por gobernador y comandante general, y de allí remitió su informe al Gobierno Central, pidiéndo auxilio de tropas; llegaron éstas en número de 300 bajo el mando del general Justiniani antes que finalízase el año. Emprendióse la campaña contra los pronunciados, y derrotarónse en 27 de Enero de 1838 tomándose muchos presos, de los cuáles fueron pasados por las armas José Gonzales, los hermanos Desiderio y Antonio A. Montoya, y el alcalde Esquivel.

Á Don Manuel Armijo concedió el Gobierno el grado de coronel, confirmándole á la vez por ocho años en el empleo de gobernador y comandante general del departamento de Nuevo México.

Téxas después de haberse sublevado contra México se declaró república, y mal definidas las fronteras del Este del Nuevo México, los tejanos reclamaron como límite de su territorio el Río Grande. Bien conocidas eran sus pretensiones absurdas en la capital de México, y repetidas veces había el Gobierno Supremo prevenido á las autoridades del territorio de ejercer la mayor vigilancia para sofocar en el acto toda intentona de invasión. En la primavera de 1841 el titulado presidente tejano, Lamar, organizó una expedición que al mando de un cierto Hugh McLeod debía invadir á Nuevo México. Salieron de Austin en Junio, y llegaron á la frontera de este departamento en Septiembre. El día 16 de aquel mes salió el gobernador Armijo con las fuerzas á su encuentro, el mismo día tomó preso á la vanguardia del enemigo, el día siguiente el titulado coronel Cooke y el titulado capitán Sutton se rindieron con 94 tejanos, y el 5 de Octubre, el que se decía gefe, McLeod, con los restantes doscientos se dió preso á Archuleta en Laguna Colorada. Todos estos filibusteros fueron remitidos con fuertes escoltas en diferentes partidas á la ciúdad de México, donde todos se encontraban reunidos á principios de 1842; después de estar por algun

tiempo en las prisiones fueron indultados por Santa Ana en 13 de Junio de 1842.

Viendo los Tejanos lo inútil de toda tentativa de invasión en Nuevo México concentráron sus esfuerzos á interrumpir el comercio, atacando y asaltando los trenes de mercancias. Un cierto individuo, John McDaniel, que se decía ser capitán tejano, atacó en 1843 á Don José Antonio Chávez, sacqueó el tren y asesinó traidoramente al señor Chávez. Pero al llegar estos asesinos y salteadores de camino real á Misuri fueron apresados y condenados unos á la horca y otros á presidio. Otro titulado coronel Wakefield sorprendió y tomó á Mora, asesinó alevosamente á cinco méxicanos y robó algunos caballos. En Junio 13 de 1843 otra partida bajo el mando de un cierto coronel Snively atacó á Armijo que había salido con fuerza al encuentro de la gran caravana, que venía escoltada por tropas norte-americanas al mando del ameritado capitán Cook. Fué le posible al aventurero tejano interceptar y apresar la vanguardia de las fuerzas méxicanas, pero al adelantarse una partida de ochenta aventureros en reconocimiento de la caravana, presentóse á los pocos días la fuerza anglo-americana, desarmó á los filibusteros por estar en terreno de los Estados Unidos, y les obligó á devolverse á Téxas.

Eran los indios la amenaza constante de Nuevo México, ahora de paz mañana de guerra, imposible era tener les confianza. Los más feroces y alvesos fueron los Apachés, los que más daño causaron y que ningun tratado respetaron. Otro de los enemigos más temibles eran los Navajós, que casí estaban constantemente en guerra desde 1823 hasta 1846. Con los Comanchés algunas veces estaba Nuevo México de aliado, y otras devastaban sus campos. Sín embargo de no haber guerra en forma, las escaramuzas eran frecuentes, las victimas muchas y mayor la inseguridad general en los ranchos y poblaciones retiradas, que á fines y principios del siglo. Debíase ésto en gran parte á lo poco que las autoridades

respetaban los tratados de paz con los indios, perdiendo éstos completamente la confianza, sobre todo los Navajós, por repetidas traiciones. Refiérese que unos Navajós, convocados á Cochití con el fin de celebrar un tratado fueron alevosamente acuchillados. Semejante tratamiento unido al carácter indomable y vengativo del indio no podían traer sino tristísimos resultados cuyas consequencias fátales recaían sobre todo el departamento.

EL TERRITORIO DE NUEVO MÉXICO.

1846—1850.

En 1821 Moíses Austin del estado de Connecticut obtuvó del gobierno méxicano una concesión para la colonización de cierta parte de Téxas; llegó su hijo Estebán á los dos años con varios colonos, que viendo el brillante éxito que su trabajo les producía en aquellos campos fértiles, aumentaron rapidamente en números; creciendo sus fuerzas, y convenciéndose más y más del valor de los terrenos tan generosamente cedidos, y á la vez aprovechándose de las dificultades políticas que constantemente surgían en México, se sublevaron en contra de la nación que los había acogido con benevolencia, y proclamarónse república independiente en 1835; y, en 1844 Téxas fué admitido á la Unión Norte Americana, tomando su lugar en ella como estado, el año de 1845. Principiáronse entónces dificultades serias entre México y los Estados Unidos referente á los límites de aquel nuevo estado, que imposibles de arreglarse fueron una de las causas principales de la guerra que se suscitó entre ambas repúblicas hermanas, y á la conclusión de la cuál Nuevo México llegó á formar parte de los Estados Unidos de America.

Encontrábanse entónces los Estados Unidos divididos en estados donde no se permitía la esclavitud y en otros en que existía. Se había convenido en establecer un equilibrio entre los dos, y marcado como línea que no debía pasar la institución de servidumbre involuntaria, todo lo que quedaba al Norte de los 36° 30′. Este compromiso político se celebró al admitirse Misuri como estado en 1821, progresando y poblándose rápidamente la región libre septentrional, miéntras los estados meridionales, los estados de la esclavidud, no aumentaban en población. Temiendo los sureños que este equilibrio ficticioso se destruyera, insistieron en la anexación de Téxas, y viendo que ni con este auxílio podían conservar la igualdad del número de senadores procuraban á todo costo á adquerir territorio para formar nuevos estados con la esclavitud. El Norte se encontraba herméticamente sellado contra esta maldición de la humanidad, su único recurso estaba en el Sur, y allí se encontraba México debilitado por guerras y disenciones intestinas, ofreciendo la cuestión de límites con Téxas, magnífica oportunidad para emprender una guerra, cuyo resultado sería la adquisición de un país, donde podía trasplantarse el instituto ignominoso de la esclavitud. Con dos ó tres estados nuevos que allí se formarían, el partido sureño no conservaría solamente aquel equilibrio en que tanto insistía, sino que tendría la mayoria. Que este calculo era erróneo todos ahora lo sabemos, pero en 1846 fué la causa de que se declárase en 13 de Mayo de 1846 la guerra, no obstante de los esfuerzos hechos por los estados libres del Norte, y que se derrámase en torrentes la sangre de hermanos, hasta el tratado en Guadalupe Hidalgo en 2 de Febrero de 1848, que cedió á los Estados Unidos de América lo que son hoy Nuevo México, Arizona, California, Nevada, y parte de Utah y Colorado, proclamándose la paz por el Presidente Polk, el 4 de Julio de 1848.

En Junio de 1846, el coronel Estevân W. Kearny emprendió desde el fuerte Leavenworth la marcha contra Nuevo México, siendo su objeto la ocupación de todo el territorio

que se extendía hasta California. Componíase la expedición de dos divisiones. La vanguardía consistía en el primer regimiento de dragones con tres cientas plazas al mando del mayor Edwin V. Sumner; un regimiento de voluntarios de Misuri á caballo, con su jefe el coronel Alejandro W. Doniphan, y cinco compañias más de voluntarios incluiendo una de infantería y dos de artillería ligera, que formaron un total de casí 1700 plazas. La segunda división ó sea la reserva, la componía otro regimiento de voluntarios de Misuri bajo las ordenes del coronel Sterling Price; un batallón de cuatro compañias, mandado por el teniente coronel Willock; y un batallon de Mormones, en junto 1800 hombres. Accompañaban á esta fuerza mil mulas de carga. En Agosto se encontraba el ejercito acampado en la orilla del Arkansas, en un lugar que se llamaba el fuerte Bent, y de allí salió á un reconocimiento hasta Taos, el teniente De Courcey, que de vuelta informó que se debía esperar resistencia en todas partes. Del mismo lugar también partió el capitán Cook al mando de veinte hombres escogidos, escoltando á un emisario secreto, un señor Santiago Magoffin, á Santa Fé. Tenía Magoffin instrucciones de conferenciar con el gobernador Armijo acerca de la ocupación pacífica del país, y parece que consiguió su fin, porque el ejercito anglo-americano, que el día 2 de Agosto se pusó en marcha del fuerte Bent, pasando el 14, 15 y 16 por Las Vegas, Tecolote y San Miguél del Vado, entró á las seis de la tarde del 18 de Agosto de 1846 á Santa Fé, sin que una sola gota de sangre se derrámase, habiéndose retirado Armijo á Paso del Norte.

Recibió el gobernador provisional, Juan B. Vigil, atentamente al ejercito norte-americano, la bandera de los Estados Unidos se izó á la puesta del sol y fué saludado con trece cañonazos, los únicos que en toda la campaña se habían escuchado, retiróse el general Kearny al palacio y la tropa se acampó en las lomas vecinas.

El día siguiente el gobernador, Vigil; el secretario de gober-

nación ; los miembros del ayuntamiento ; y, varios otros empleados prestaron el juramento de fidelidad al gobierno norteamericano, y tres días después, Agosto 22, el general Kearny expidió una proclamación en que absolvió á los neo-mexicanos de las obligaciones hácia México, declarándolos súbditos de los Estados Unidos de Norte América, amenazando de tratar como traidores á los que tomaran las armas en defensa de su patria, y encargándose al mismo tiempo del gobierno.

Á principios de Septiembre se levantó una asta bandera, el 19 del mismo mes el capitán Emory escogió un lugar para construir un fuerte, y el día 23 se dió principio á la construcción del fuerte Marcy en la cumbre de una loma cercana. Desde el 2 hasta el 13 de aquel mes, el general Kearny hizo un reconocimiento á las poblaciones situados en el valle del Río Grande, llegando hasta Tomé y encontrando en ninguna parte la menor resistencia. De vuelta en Santa Fé se ocupó en la organización política del territorio, publicándose el 22 de Septiembre el Código, que lleva su nombre, y que por muchos años rigió á Nuevo México, siendo sus autores el coronel Doniphan y Willard P. Hall, y sus bases las leyes de Misuri y Téxas.

El 25 de Septiembre el general Kearny á la cabeza de sus trescientos dragones salió para California, y en 1° de Octubre á su llegada á Santa Fé con el 2° Regimiento de Voluntarios, se encargó de la comandancía militar el coronel Sterling Price.

Hicierónse por diferentes destacamentos del ejercito norteamericano reconocimientos á diversas partes del territorio y visitáronse algunas tribus bárbaras, celebrándose tratados de paz con varias de ellas, cuyos resultados fueron los de siempre, es decir : ningunos.

El ejercito del coronel Doniphan, después de practicar también varias exploraciones, salió el 14 de Diciembre de 1847 de Valverde, divididos sus novecientos hombres en tres divisiones, para unirse con las fuerzas del general Wood en Chihuahua. Encontróse la tarde de la Navidad en un lugar

llamado "El Brazito" con una corta fuerza méxicana al mando de Ponce de León, que después de una resistencia valiente y tenaz, y faltándole el parque se retiró en buen órden, siguiendo el ejercito norte-americano su marcha.

No todos veían con indiferencia lo que pasaba, y formóse á mediados de Diciembre un plan para reunir los neo-méxicanos. Tomaron parte en esta empresa patriótica los nobles hijos del país: Don Tomás Ortiz, Don Diego Archuleta, los señores Nicolás y Miguél Pino, Don Santiago Armijo, Don Manuel Chávez, los presbíteros Don Juan Felipe Ortiz, Don José Manuel Gallegos, Don Domingo Vaca, Don Pablo Domínguez, Don Juan López y Don Blas Ortega. El movimiento debía tener lugar en Noche Buena, pero una mujer, Tules Barcelo, reveló á las autoridades militares el secreto, y sin que jamas se pudíera averiguar el objeto verdadero de aquellos patriotas, y sin que existíera prueba positiva alguna de que conspirasen en contra de las leyes, la sociedad fué disuelta y algunos de sus miembros encausados.

El día 19 de Enero 1847 se alzaron en armas los indios del pueblo de Taos y mataron al gobernador Bent, al alguacil Lee, al abogado Leal, al prefecto Cornelio Vigil, á Narciso Beaubien y á Pablo Jaramillo, hermano político de Bent. El movimiento se extendía rápidamente tomando parte en él muchos méxicanos; atacáronse á varios anglo-americanos en la fabrica de licores cerca de río Hondó, á otros en el río Colorado y en Mora. El día 23 salió el coronel Price con 353 hombres de Santa Fé para sofocar el movimiento. Encontróse con el enemigo á las ordenes de Don Jesús Tafoya cerca de La Cañada el 24, retirándose éste después de haber perdido treintiseis hombres y las tropas norte-americanas dos soldados. El día 29, Tafoya se vió obligado á evacuar sus posiciones fortificados en "El Embudo" y tuvo que replegarse á Taos, presentándose allí las tropas norte-americanas el 3 de Febrero. Emprendióse al amanecer del día 4 la lucha, defendíase y atacabase la población con igual valor, y entrada la noche los

soldados extranjeros ocuparon la iglesia y aquella parte del pueblo que queda al Norte del río, rindiéndose la plaza en la manaña siguiente. Veinte de los prisioneros fueron juzgados por un consejo de guerra, condenados á muerte y sin compasión ajusticiados.

Manuel Cortés á la cabeza de trescientos ó cuatrocientos neo-méxicanos y indios continuaba en Mora luchando, pero sufrió grandes perdidas y derrotas á manos de los capitánes Isaac R. Hendley, Morin, y del mayor Edmonson; y después del mes de Julio todo movimiento contrario cesó.

Los voluntarios norte-americanos poco ó nada acostumbrados á la disciplina militar cometieron abusos sin número, por que en mucho alteraron los buenas relaciones existentes entre los neo-méxicanos y americanos; pero habiendo afortunadamente cumplido su tiempo de enganche, y llegando más tarde tropa nueva, fueron dados de baja.

Después de la muerte del gobernador Bent, se encargó Vigil provisionalmente del gobierno civil, fué confirmado en Enero de 1847 por el general Price, y continuó ejercitando éste cargo nominalmente hasta 1848, pues la autoridad verdadera era la militar.

En Enero de 1847 se reunió la asamblea legislativa en Santa Fé, siendo su presidente Don Antonio Sandoval.

Ratificado en Mayo 30 de 1848 el tratado de Guadalupe Hidalgo, Nuevo México llegó á formar parte integrante de los Estados Unidos de América; concluyó la ocupación militar; y, entró Nuevo México en una nueva era de paz y prosperidad protegido por la bandera estrellada de la Unión Norte Americana, á la que siempre fué fiel, y en defensa de la cuál más tarde derramaron muchos neo-méxicanos su sangre, magnanimamente perdonando y olvidando lo pasado.

El gobernador Vigil convocó una convención que reunido en Octubre 10 presentó una solicitud al Congreso de la Unión, pidiéndo la pronta organización de un gobierno territorial civil, y protestó al mismo tiempo en contra de la desintegra-

ción de Nuevo México á favor de Texas, y en contra de la introducción de la esclavitud en el país.

Aúnque había una administración nominalmente civil, la autoridad realmente lo ejercía el comandante militar; y no habiendo fondos con que cubrir los gastos, decretó el general Price en Febrero de 1848 una contribución de un 6 por ciento sobre todas las mercancias importadas de los Estados Unidos; protestó enérgicamento el comercio, pero negóse el general á anular la órden, hasta que el gobierno de Washington ordenó la devolución de todo lo que por este impuesto se había pagado desde el 30 de Mayo.

En Septiembre de 1849 tuvo lugar otra convención, á que asistieron diez y nuevo delegados, que elegieron á Hugh N. Smith como representante al Congreso de la Unión, pero no habiéndose aún admitido á Nuevo México en calidad de territorio, Smith no fué reconocido por aquel cuerpo.

En Abril de 1850 expidió el gobernador Monroe una proclamación, convocando á otra convención que el 15 de Mayo formuló una constitución para el estado de Nuevo México. Adoptóse esta constitución en la elección de Junio 20 con un voto de 8371 contra 39; elegióse por gobernador á Henry Connelly, por teniente gobernador á Manuel Álvarado y por diputado al Congreso á William S. Messervy. La legislatura electa conforme á esta constitución renuníase, al principio de Julio nombrando senadores de los Estados Unidos á Francis A. Cunningham y á Richard H. Weightman; expidiéronse los credenciales, y fijabáse el mes de Agosto para las elecciones locales. El comandante y gobernador militar no reconocía, ni la constitución, ni las autoridades constituidas por ella, sino seguía administrando el país.

En Septiembre 9 de 1850 el Senado aprobó la acta del establecimiento del territorio de Nuevo México, junto con otro que, mediante el pago de cinco millones de pesos á Téxas, puso fin á la cuestión de límites con aquel estado; y, el 25 de Noviembre de 1850 se promulgó la acta, organizándose el territorio. In-

cluía entónces Nuevo México á Arizona y á una pequeña parte del Colorado.

Durante los años de 1848, 1849 y 1850 los indios bárbaros eran peor que nunca, y ésto se debía en gran parte á los resultados inevitables de la guerra, á la presencia, y á los hechos de los voluntarios misurianos, y á la falta de un número suficiente de tropa. Los Navajós y Apachés eran el terror del Nuevo México, vivían del robo; era el asesinato su placer mayor, y devastaban el país por todas partes. Las fuerzas del gobierno eran completamente inadecuadas para poner un dique á sus atrocidades, y los pueblos sufrían horrorosamente. Los varios tratados que se celebraron con estas dos naciones no tenían absolutamente, ni utilidad, ni resultado alguno.

1851—1860.

La acta orgánica estableciendo el territorio requería: el nombramiento por el presidente de un gobernador, de un secretario, fiscal, alguacil y tres jueces del tribunal supremo, que debían desempeñar sus empleos por el término de cuatro años; además una asamblea territorial, dividida en un consejo de trece, y un congreso de veintiseis representantes, que debían estar en sesión durante 40 días cada año; y, la elección por el pueblo de un delegado á cada Congreso de la Unión.

Los primeros oficiales nombrados por el presidente en 1851 eran: James S. Calhoun, gobernador; William S. Allen, secretario de gobernación; Craften Baker, John S. Watts y Horace Morver, jueces del tribunal supremo; Elias P. West, procurador, y John G. Jones, alguacil. Calhoun tomó posesión del gobierno en 3 de Marzo de 1851.

La primera asamblea territorial se reunió en Santa Fé el 2 de Junio de 1851, componíanla en su mayor parte neo-méxi-

canos, todos los debates y procedimientos tuvieron lugar en español, y las leyes y decretos expedidos se traducían al inglés. Nombróse á Santa Fé, capital, y divididóse á Nuevo México en nueve condados: San Miguél, Santa Ana, Taos, Río Arriba, Bernalillo, Valencia, Socorro y Doña Ana, de los que se formaron tres distritos judiciales.

En Diciembre 30 de 1854, James Gadson, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de Norte America acerca del gobierno Méxicano hizo un tratado con éste, conforme al cuál el gobierno norte-americano, mediante el pago de diez millones de pesos, recibió todo la parte del moderno Arizona al Sur del río Gila y el valle de Mesilla en Nuevo México, que más tarde formó parte del Condado de Doña Ana. Este tratado con algunas modificaciones se ratificó primero en México, y después, en Junio 28 de 1854, en Washington. La parte de Arizona así adquirida, fué formado en 1859 á 1860 en un condado que se llamaba de Arizona, teniendo por cabecera, primero á Tubac y poco después á Tucsón. En 1861 á 1862 se constituió Arizona en territorio, separándose por lo tanto de Nuevo México. En 1860 tuvo lugar la organización del condado de Mora.

Los gobernadores de Nuevo México desde 1851 hasta 1861 fueron: James S. Calhoun, 1851–2; Coronel, E. V. Sumner, comandante militar y gobernador interino durante algunos meses de 1852; el mismo año desempeño provisionalmente el gobierno por dos meses, el secretario de gobernación, John Greiner; Wm. Carr Lane, 1852–3; Wm. S. Messervy, secretario de gobernación y gobernador interino por cuatro meses, 1853–4; David Meriwether, 1854–7; el secretario de gobernación, W. H. H. Davis, desempeño las funciones de gobernador por once meses 1854–7; Abraham Rencher, 1857–61; y 1861, Henry Connelly.

En 1860 tenía Nuevo México, sin los indios, una población de 80,567 almas; de los cuales 73,856 eran originarios del territorio, 1168 nativos de otras partes de los Estados Unidos

y 5479 extranjeros. El valor de propiedad era de cerca de veintiun millones de pesos ó cuatro veces mayor que en 1850. Las contribuciones totales sumaron 29,790 pesos, y la deuda territorial montó en aquel año á 3673 pesos.

El ramo de enseñanza se encontraba muy atrasado, y lo que se había hecho, se debía en su mayor parte al Ilmo Sr. Arzobispo, el Muy Reverendo Juan B. Lamy, natural de Francia, que llegó á Santa Fé en 1853, y se dedicó hasta el fin de su vida á elevar moral y materialmente á sus feligreses. Fué el más gran bienhechor, que el moderno Nuevo México tuvo, y sus hechos están inscritos con letras indelebles en los anales de la historia. Fundó colegios y academias, traía como profesores para los jóvenes neo-méxicanos á los renombrados maestros de enseñanza, los Hermanos Cristianos, y encargáronse de la educación de las niñas, las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto, no menos célebres por su ilustración, como por su dulzura y su bello trato. De las aulas de estas dos comunidades religiosas salieron jóvenes y señoritas que son hoy el orgullo del Nuevo México. El señor arzobispo Lamy era el amigo de las letras y el protector de la agricultura; todavía existe en Santa Fé, el hermoso jardin y huerta que él estableció y cultivó, y estos árboles son y serán siempre testigos vivos de su amor á la naturaleza y al trabajo. Despertó de nuevo el aliento religioso algo decaido, introducía reformas sanas y benéficas. Á su llegada á Nuevo México en 1853 como Vicario General encontró únicamente veinte clerigos, y las iglesias en un estado arruinado; en 1865 tenía treintisiete sacerdotes y seis eclesiásticos en ordenes menores, había construido cuarenta y cinco iglesias y reparado diez y ocho ó veinte. El pueblo no solo respetaba, sino que amaba, adoraba á este Apóstol del Nuevo México, que en medio de él falleció en el año de 1888, pero quedando siempre vivo su recuerdo.

Tampoco la asamblea territorial no descuidaba la enseñanza é hízo lo que le era posible; en 1854–5 se pasó un acta estableciéndo escuelas públicas, y otra en 1859. El censo de 1860

dá 17 escuelas públicas con 33 preceptores, y un presupuesto de 13,149 pesos.

El primer delegado al Congreso era Weightman, en 1853 fué electo el Padre José Manuel Gallegos, y desde 1855–63 representó los intéreses del territorio en Washington, el señor Miguél Antonio Otero.

Conforme al tratado de Guadalupe Hidalgo los Estados Unidos se obligaron al saneamiento de los títulos de propiedad, expedidos por los gobiernos españoles y méxicanos, y á los que se daba el nombre de mercedes. Poco ó nada se hizo en asunto tan importante, y de consequencias trascendentales. Nombróse por el gobierno supremo en 1854 á un oficial, titulado agrimensor general, que debía examinar estos títulos, tanto de particulares como de pueblos, y rendir su informe al Congreso, que estaba facultado para aprobar ó deshecharlos. No contaba el mencionado empleado con los recursos necesarios para obra tan magna, y decretándose además en 1863 una ley, que obligaba á los dueños de títulos á sufragar los costos del exámen y deslinde, esos se dilataron por algun tiempo á presentarlos para su exámen al agrimensor general según lo requería el decreto de 1854. Hasta 1861 se habían examinado cuarentiocho títulos y de éstos aprobó el congreso treintiocho, en su mayoría fundos legales de pueblos de los naturales.

Una vez cedido Nuevo México á los Estados Unidos, el gobierno supremo se dedicó á explorarlo. Llevarónse á cabo estas exploraciones por Sitgreaves en 1851, Major J. H. Carleton 1853; Whipple 1853–4; Captain Pope 1854, Parke 1854–5, Beale 1857 y Ives 1858.

En aquella decada empezóse por el gobierno de la Unión en el territorio, la inauguración del sistema de agencias para pacificar á los indios, el cuál no dió los resultados esperados y deseados. Seguían su vida acostumbrada los Apachés sacqueando y asesinando, pero los que más dificultades ocasionaban eran los Navajós, cosa de díez mil en número. Habían rotó los tratados de 1849, 1852 y 1858; y eran continuas las

reyertas y escaramuzas entre las fuerzas del gobierno y esta nación, pero poco se adelanto en dominarla, hasta que el coronel Kit Carson al principio de 1864 marchó á la Barranca de Chelly, donde después de un combate se rindieron doscientos, poco después otras partidas se presentaron, y á fines del año, más de siete mil vivían en su reservación en Bosque Redondo.

1861—1870.

Habíendose declarado la guerra entre los Estados del Norte y los del Sur, los neo-méxicanos con muy pocas y contadas excepciones, se adherían y sostenían la causa de la libertad y justicía, la de la Unión.

El gobierno de la Confederación creyéndolo fácil apoderarse del territorio y de sus recursos, y de abrirse al mismo tiempo camino para California, decidió enviar fuerzas. El teniente coronel Juan R. Baylor, que con anterioridad había tonrado el Fuerte Bliss cerca de El Paso, Texas, invadió á Nuevo México y ocupó á Mesilla el 25 de Julio de 1861, y el 27 del mismo mes el mayor Unionista rindió el fuerte Fillmore junto con setecientos soldados. Las guarniciones de los fuertes Buchanan y Breckenridge al tener conocimiento de este hecho, después de destruir todo el material de guerra y lo que podía ser útil al enemigo, se replegaron al fuerte Craig.

Miéntras tanto el coronel Canby, jefe Unionista, desplegaba una actividad asombrosa en organizar la defensa. Voluntarios se presentaron en gran número, la legislatura autorizó al gobernador para llamar á las armas toda la fuerza del territorio con el fin de resistir á la invasión. Al principio de 1862 Canby tenía en el fuerte Craig reunido cerca de cuatro mil hombres, de los cuales únicamente mil eran tropa de línea, y los otros aún reclutas más ó menos, miéntras el general confederado tenía á su disposición 2500 Téjanos aguerridos.

El 18 de Febrero de 1862 se presentó el ejercito confederado al mando del brigadier H. H. Sibley, ante el fuerte Craig, no con la intención de atacarlo sino para asegurarse el paso del río, que efectuaron en el vado del Panadero, algunas millas más abajo del fuerte. Á los dos días siguientes tuvieron lugar varias escaramuzas ligeras, y como la intención manifiesta de los Téjanos no era atacar el fuerte, durante la noche las tropas unionistas lo abandonaron, y el mayor Roberts con la infantería y dos baterias de artillería ocupó el vado de Valverde, distante siete millas río arriba. Allí el 21, después de cruzar Roberts el río y de poner en posición sus baterias, rechazó al enemigo. Cerca del medio día llegó Canby, la artillería y las fuerzas avanzaron, y se emprendió la batalla, empeñóse una lucha encarnizada, pero los reclutas Unionistas no podían conseguir ventajas, y Canby se retiró con el ejercito.

Los confederados, abierto el camino, tomaron á Socorro, Alburquerque, Santa Fé, y el fuerte Unión.

Pero miéntras tanto vinieron fuerzas de Colorado en auxilio de Nuevo México. Salieron las tropas de Denver en Febrero de 1862, ocuparon del 11 al 13 el fuerte Unión, y de allí salió el día 22 del mismo mes el ejercito, compuesto de 1342 hombres al mando del coronel Slough, camino á Santa Fé. El 26 á las dos de la tarde se encontró la vanguardia de 400 soldados á las ordenes del mayor Chivington en la boca de la barranca "Apaché" con una batería téjana, que abrió fuego sobre ella, y retirándose al poco tiempo á corta distancia. Dió entónces Chivington la órden de asalto, tomóse la bateria, abandonaron los confederados el campo, y la batalla del "Cañon de Apaché" estaba ganada por las fuerzas de la Unión.

En la noche del veintisiete se reunió con la vanguardia el grueso del ejercito. En Marzo 28, Slough siguió avanzando y destacó 400 hombres al mando de Chivington y del teniente coronel Don Manuel Chávez para atacar á la retaguardía del enemigo. Encontróse á la fuerza enemiga á las nueve de la

mañana cerca del rancho de un frances, Alexandro Valle, y empeñóse el combate. Tuvo que replegarse varias veces el grueso del ejercito Unionista, pero la fuerza al mando de Chivington y Chávez atacó con intrepidez la retaguardia del enemigo, inutilizando sus cañones, matando sus mulas, quemando dos cientos y cuatro carros, y destruiendo todos los pertrechos de guerra y víveres del enemigo. Scurry, el jefe Téjano, mandó un parlamentario pidiéndo una cesión de hostilidades para enterrar á sus muertos y curar á sus heridos. Fuéle concedido y aprovechó esta oportunidad para replegarase á Santa Fé, de donde en breve se retiró al valle del Río Grande, habíendo con la batalla de Pigeon, como se llamaba el rancho, concluido la campaña, gracias únicamente á Chivington y sobre todo á Chávez, el primero de Colorado y el otro uno de los hijos más ilustre del Nuevo México, y á quienes la Nación entera debe no solamente la conservación de este territorio, sino que también se malógrase la invasión de California por los confederados.

El trece de Abril se unieron en Tijeras las fuerzas del coronel Paul, que por renuncia hecha de Chivington lo había reemplazado, con los del general Canby, y el ejercito unido emprendió la marcha contra Peralta, ocupado por los confederados que habían abadonado ya también á Alburquerque. El 15 fué apresado por los Unionistas un tren de carros de la Confederación, tomarónse varios prisioneros, un cañon, setenta mulas y quince caballos. Los Téjanos, atrincherados en Peralta aprovecharónse de la noche tempestuosa del 15 al 16 para evacuar silenciosamente la plaza, vadear el río, y emprender la retirada al Fuerte Bliss cerca del Paso, Téxas, á donde arribaron el 18 de Mayo de 1862, habiendo perdido entre muertos, heridos y presos la mitad de su gente, y Nuevo México se vió libre de la invasión, debiéndose resultado tan glorioso á la valiosa ayuda y al acrisolado patriotismo de su hijos, y al eficaz aúxilio de Colorado.

De 1861 á 1870 Nuevo México tuvo por gobernadores:

Henry Connelly 1861–5; W. F. M. Arny, que desempeñó provisionalmente este puesto 1865–6; Robert B. Mitchell 1866–9; y Wm. A. Pile 1869–71.

Fueron sus delegados al Congreso: Francisco Perea 1863–4 y José Francisco Chávez 1865–70.

La asamblea de 1867–8 organizó el condado de Grant, y la siguiente de 1868–9 él de Lincoln y Colfax. Hasta 1870 la asamblea se reunió todos los años, pero de aquella fecha en adelante solo cada dos años.

En 1864 el territorio tenía en caja 5416 pesos, y sin deber nada; y en 1871, después de pagar por muchas mejoras, la deuda montaba únicamente á setenta mil pesos; siendo el valor de la propiedad 18 millones de pesos, no obstante de haberse separado á Arizona, y á una parte de Colorado del territorio.

Desde 1861 es hicieron varias tentativas para conseguir la admisión de Nuevo México como estado á la Unión, pero fueron inútiles no obstante de todos los esfuerzos que se desplegaron hácia este fin. En 1866 se autorizó al gobernador para convocar una convención que debía reunirse en Santa Fé en Abril, para formular una constitución, y en 1869–70 se trataba de dar al nuevo estado el nombre de Lincoln; pero todos estos actos no pasaron de ser proyectos, y los que llegaron hasta el Congreso encontraron descanso allá en los archivos.

El territorio tenía en 1870, exceptuando los indios, 90,573 habitantes, de los cuales eran neo-méxicanos 82,193, ciúdadanos de otros partes de los Estados Unidos 2760; méxicanos 3903 y otros extrangeros 1717.

Los indios durante estos diez años habían en algo disminuido en ferocidad; sin embargo en 1864–5 tuvieron lugar varios alzamientos de los Navajós, y en 1868 fueron cambiados de la reservación establecida en el Pecos á sus tierras anteriores, formándose provisionalmente en 23 de Julio de aquel año, una agencia en el Fuerte Wingate; y desde entónces los Navajós cesaron de ser una amenaza para el Nuevo México.

Los Comanchés, Kiohuas y demás tríbus de los llanos moles-

taban durante 1864 á 1866 los trenes de carros que tenían que atravesar sus terrenos, pero debido á las expediciones militares de Carson, McCleave y otros las hostilidades cesaron.

Los Jicarillas, Yutés y Mescaleros, aúnque reducidos hasta cierto grado á reservaciones, seguían en sus costumbres de robar todo lo que podían, y no faltaban tampoco asesinatos cometidos por ellos.

Los Apachés Mimbreños y Mogollones eran los peores de todos; aúnque tenían agentes, éstos ninguna influencia ejercían, y su autoridad era en los más casos menospreciada por aquellos indios. Desde 1864–9 casi todos estos indios se mantuvieron alzados, en 1870–1 deseando descansar de sus fatigas y prepárarse para nuevas atrocidades se acogieron 1800 de ellos al Fuerte Craig. Ya el año entrante 1300 de ellos de nuevo tomaron las armas, y los restantes quinientos pasaron á la reservación de Tularosa, de allí en 1874 á Ojo Caliente, y en 1877 á San Cárlos en Arizona. De 1877–82 los anales de la historia del Sur de Nuevo México están empapados con sangre derramada por estos salvajes, y al fin en 1886 esta plaga cesó de molestar á Nuevo México.

Los indios pueblos, dóciles é industriosos, olvidados por el gobierno, seguían sus trabajos agrícolos ; estableciéronse en sus pueblos algunas escuelas, y fueron reconocidos la mayor parte de sus propiedades raíces. En 1867 una decisión del supremo tribunal territorial declaró, que los indios pueblos tenían los derechos de la ciúdadania.

En estos diez años la minería empezaba á desarrollarse rapidamente. Organizáronse compañias mineras, y explotábanse minas en muchos partes del territorio. Trabajáronse los metales de la Sierra de los Organos, ocupáronse dos á tres mil mineros en Pinos Altos. En 1866 se descubrieron las minas de Moreno en el condado de Colfax, y minas de cobre cerca del fuerte de Unión. En 1867 Pinos Altos tenía una hacienda de beneficio y mil operarios ; se encontraban placeres de oro cerca de Taos ; y, descubriéronse más de cincuenta minas de

metal de plata en la Sierra de los Organos. Los placeres de Moreno en 1868 producían más de dos cientos mil pesos. En 1869 empezóse á trabajar minas de carbón en los Placeres ; lavábase oro cerca de Abiquiú ; y, descubrióse una veta muy rica de metal de plata en la Sierra de Manzano. Vetas riquísimas y númerosas se descubrieron en 1870 en Ralston y Ciénega en el Condado de Grant, y también en la Sierra del Burro. La cantidad de oro y plata producida en Nuevo México en 1870 se calcula en un medio millon de pesos.

En 1865 el obispado de Nuevo México fué elevado en Arzobispado, y tenía en 1870, ciento cincuenta y dos iglesias con una propiedad avaluada en 313,321 pesos. Tenía cuatro ordenes religiosas : la Sociedad de Jesús, Hermanos Cristianos, Hermanas de Loreto, y Hermanas de la Caridad.

Ya finalizada la guerra y calmado los ánimos empezó una era de prosperidad y progreso para todo el país, y Nuevo México, lo mismo como los otras partes de los Estados Unidos, se dedicó á cultivar sus campos, explotar sus minas, fomentar sus industrías y dar á conocer al mundo entero sus recursos. El indio bárbaro había casi desaparecido, y el agrícultor podía sin miedo seguir su arado, el pastor cuidar de su rebaño, y el "gambuzino" recorrer las sierras en busca de los metales preciosos.

1871—1895.

Entrado Nuevo México en un era de paz, libre de los peligros con que el indio bárbaro lo amenazaba, extinguidos los odios engendrados por la guerra cívil, en comunicación rápida con el resto del vasto territorio de los Estados Unidos, estos últimos veinticinco años no tíenen hechos sorprendentes, actos de heroismo militar, ni grandes batallas, ni gloriosas conquistas, el pueblo había abandonado la espada y el fusil, y se dedicó únicamente á cultivar sus campos, á fomentar sus

industrias. Las costumbres de antaño van alejándose, otras y nuevas ídeas se introducen, y pasa el territorio por un cambio, que sin embargo de ser lento, es completo. Nuevas necesidades se crían cada día, nuevos elementos se presentan á cada instante. El siglo diez y nueve es el siglo de la lucha, y el vencido no encuentra piedad. No es el combate á mano armada, sino él de las inteligencias, el más ignorante sucumbirá, y es por lo tanto la enseñanza de las masas una necesidad precisa, asunto de tanta importancia como ningun otro. La asamblea territorial siempre alerta para el progreso, desde 1871 hasta la fecha ha elaborado un sistema de enseñanza que sin embargo de no ser perfecto, ya ha producido grandes y benéficos resultados. Tiene hoy en el día, Nuevo México quinientas sesenta y siete escuelas con setecientos setenticinco preceptores, y por término medio casí veinte mil pupilos asisten á ellas, siendo los gastos de este ramo cerca de tres cientos mil pesos el año pasado. Además existe una Universidad, un colegio agricólo, una escuela de minas y un colegio para sordos y mudos.

La Academia de Loreto, fundada en 1853 en Santa Fé, continúa sus trabajos aún con brillante éxito, habiendo establecido esta orden escuela y colegios en varias partes del Territorio.

El colegio de San Miguél, la alma mater del Nuevo México, sigue siendo uno de los más famosos institutos del territorio.

El gobierno de los Estados Unidos tiene en Alburquerque una magnífica escuela de indios, otra en Santa Fé, y sostiene preceptores en varios de los pueblos.

Tanto los Medótistas, como Presbiterianos y otras denominaciones religiosos sostienen planteles de enseñanza.

De 17 escuelas en 1860 á 567 en 1895, grande es la diferencia, y á paso gigantesco ha adelantado el territorio.

Los años de 1878 á 1885 fueron los de la construcción de las vías férreas, que sin embargo de haber sido realmente construidas con el objeto de facilitar el tráfico entre los grandes

centros del Este y la costa del Pacífico y México, no por esto han dejado de ser sumamente benéficas para el país, facilitando las comunicaciones y el desarollo de las industrias.

El primer tren de pasageros de la Compañia Atchison, Topeka y Santa Fé entró en el territorio en Febrero de 1879, la vía llegó á Las Vegas el mismo año, á Santa Fé en 1880, y en 1881 á Deming y á El Paso.

La construcción de la vía del Atlántico y Pacífico se empezó en 1880.

Tienen estas compañias 849 millas en Nuevo México, además atraviesan partes del territorio: el Sur Pacífico con 232 millas y el Denver y Río Grande con 164 millas.

Hace poco que llegó una vía férrea á Eddy, y hay otras varias proyectadas.

Los gobernadores durante estos últimos veinticinco años fueron:

1871–1875	Marsh Giddings,
1875	Wm. G. Ritch (interino),
1875–1878	Samuel B. Axtell,
1878–1881	Lewis Wallace,
1881–1885	Lionel A. Sheldon,
1885–1889	Edmund G. Ross,
1889–1893	Bradford L. Prince, y
1893–	Wm. T. Thornton.

Representaron á Nuevo México en el Congreso de la Unión en

1871–1872	el Padre José Manuel Gallegos,
1873–1876	Stephen B. Elkins,
1877–1878	Trinidad Romero,
1879–1880	Mariano S. Otero,
1881–1882	Tranquilino Luna,
1885–1895	Antonio Joseph, y fué electo en
1895–	Thomas B. Catron.

En 1884 se recopilaron las leyes, trabajo importantísimo, y de suma utilidad para el territorio.

No existe condado en todo el territorio que no tiene en su seno minerales de metal precioso, y solamente pocos se han explotado en forma, siendo los principales: los condados de Grant, Sierra, Socorro, Río Arriba, Mora, Valencia y San Miguél. Debido al precio bajo de la plata, del cobre y del plomo, muchas de estas minas están sin explotarse, y toda la energía de los mineros se ha concentrado á buscar metales con ley de oro, los que tampoco no escasean en el país. Ya desde el tiempo del gobierno méxicano en 1823 háse principiado el trabajo de los extensos placeres auríferos, siendo su única desventaja la escasez ó falta absoluta de agua, inconveniente que los aparatos modernos harán desaparecer.

En 1893 se estableció un tribunal para examinar y dictar definitivamente la válidez ó inválidez de los títulos de propiedades, llamadas mercedes, paso que es un deber imperioso, y que si se hubiera dado cuarenta años antes, hubiera evidado muchísmios males.

El progreso agrícolo ha sido lento, debiendóse esto á la falta de capitales crecidos para la construcción de grandes obras de regadio, que requieren cantidades cuantiosas para poderse llevar á efecto. Pero trátase actualmente que el gobierno de la Unión emprenda estas obras por cuenta propia, por redundar sus beneficios en favor de toda la República. En los años de 1875–1885 se desarrölló en gran escala, la industria ganadera, pero bajando las reses mucho en precio, y debido á algunos años secos, disminuyó en algo, reemplazándola la cría de ovejas, que cuenta con más oportunidades que ninguna otro ramo en este territorio.

Durante la construcción de las vías férreas empezaron á levántarse y á crecer varias poblaciones nuevas, siendo las más importantes: la ciúdad de Alburquerque, East Las Vegas, Silver City, Eddy, además de muchismias otras villas y villorios.

En Santa Fé en 1870 se principió á construir una catedral nueva, que con la excepción de las torres se concluyó en 1894.

La sed arzobispal de Santa Fé la desempeñó, según se ha dicho al principio, el Illmo. Sr. Lamy hasta 1885, en que ya de edad avanzada llegó á prestarle su valiosa ayuda el Muy Rev° Sr. A. B. Salpointe, que funcionó como Coadyudor y Vicario General hasta Enero 7 de 1888; en este año, falleciendo el Illmo. Sr. Lamy, tomó la mitra y gobernó con mucho acierto la sed, estimado por su gran saber en materias sacras y vulgares, y querido por su bellísimo trato social, hasta Enero 7 de 1894. En 1891 fué nombrado Coadyudor y Vicario General, el Muy Rev° Sr. L. P. Chapelle, uno de los teólogos de conocimientos más profundos y sólidos en todos los Estados Unidos, que uné á una ilustración poco comun, una afababilidad extraordinaria; y, siendo nombrado arzobispo de Tomé I. P. I. el Illmo. Sr. Salpointe, fué investido con la mitra Su Senoria el Illmo. Sr. Chapelle en 1894, el cuál lo mismo como hicieron sus ilustres predecesores dedica todas su afanes al progreso moral y material de sus feligreses, quienes, para demostrarle su cariño y alto respeto asistieron, en número enorme á la investidura de su jefe espiritual con el palium en 15 de Octubre del presente año.

Concluiremos esta obra con un resúmen breve de los diferentes condados del territorio.

Bernalillo tiene una area total de 5,024,136 acres con 20,649 habitantes. Su cabecera es la Villa de Alburquerque, distante de la ciúdad moderna del mismo nombre una milla y media.

Chávez con 6,635,660 acres y 3310 habitantes. Cabecera Roswell.

Colfax, uno de los condados más antiguos tiene una area de 3,658,073 acres, y una populación de 10,655, y es su cabecera Springer.

Doña Ana, es el condado que colinda con México, contiene 6,251,900 acres con 10,000 almas, siendo su cabecera Las Cruces.

Eddy con 4,562,290 acres, tiene una población de 7000

almas, de los cuales 3000 habitan en la cabecera del mismo nombre.

Guadalupe, fué organizado como condado en Febrero 26 de 1891, tiene una area de 3,124,160 acres, con 3050 habitantes, y es su cabecera Puerto de Luna.

Grant, area total 5,736,920 acres con 11,000 habitantes. Su cabecera es Silver City.

Lincoln, con su cabecera del mismo nombre tiene 4210 habitantes y una area de 5,483,320 acres.

Mora con 1,618,600 acres tiene 10,500 almas y es su cabecera la pequeña población de Mora.

San Juan tiene una area de 3,542,000 acres y conforme al censo de 1890, 1890 habitantes. La cabecera es la villa de Aztec.

San Miguél, uno de los condados más importantes, tiene una area de 4,122,000 acres con 16,000 habitantes, y es su cabecera la ciúdad de Las Vegas.

Santa Fé. La area total de este condado es de 1,498,600 acres con 15,000 habitantes. Es su cabecera y la capital del territorio, la ciúdad de Santa Fé.

Sierra tiene una area de 5,735,900 acres, y es su cabecera Hillsborough.

Socorro tiene 8,939,520 acres y 10,875 habitantes. Cabecera Socorro.

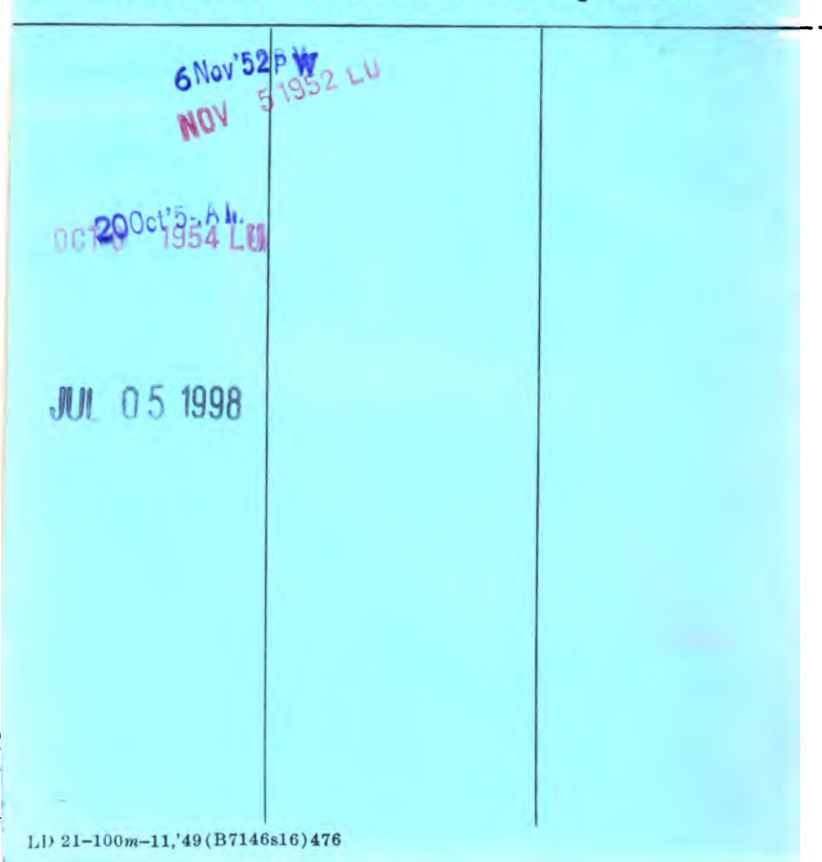
Taos, tiene una area total de 1,751,975 acres con 10,841 habitantes. Taos, uno de los pueblos más antiguos del Territorio es su cabecera.

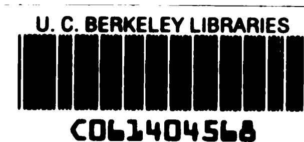
Unión, fué organizado en condado en Febrero 27 de 1893, tiene una area de 4,210,000 acres, y es cu cabecera la villa de Clayton.

Valencia, famoso por su uva y vino, tiene una area de 5,621,760 acres y 13,876 habitantes. Su cabecera es la villa de Los Lunas.

FINIS.




6Nov'52PW
NOV 5 1952 LU
20Oct'54AL
OCT 1954 LU
JUL 05 1998


U. C. BERKELEY LIBRARIES
C061404568




F796
T4
Thomas
192883

